

LA  
VUELTA AL MUNDO  
EN OCHENTA DÍAS

PRIMERA PARTE

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS

SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES  
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10  
MADRID



C-2791

JULIO VERNE

---

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS



LA  
VUELTA AL MUNDO  
EN OCHENTA DÍAS

---

PRIMERA PARTE

---

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

**JULIO VERNE**

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID  
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS  
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10  
EDITORES

*Es propiedad de los Editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.*



Phileas Fogg.

# LA VUELTA AL MUNDO

## EN OCHENTA DIAS.

### PRIMERA PARTE.

#### I.

DE CÓMO PHILEAS FOGG Y PICAPORTE SE RECIVEN MUTUAMENTE EN CALIDAD DE AMO EL UNO, Y EN CALIDAD DE CRIADO EL OTRO.

El año 1872, la casa número 7 de Saville-row, Burlington Gardens,—en la cual murió Sheridan en 1814,—estaba habitada por Phileas Fogg, esq. (1), quien á pesar de que parecía haber tomado el partido de no hacer nada que pudiese llamar la atención,

(1) Abreviatura de *esquire*, que significa esoudero.

PRIMERA PARTE.

era uno de los miembros mas notables y singulares del Reform-Club de Lóndres.

Por consiguiente, Phileas Fogg, personaje enigmático, y del cual solo se sabia que era un hombre muy galante y de los mas cumplidos gentleman de la alta sociedad inglesa, sucedia á uno de los mas grandes oradores que honran á Inglaterra.

Decíase que se daba un aire á Byron,—su cabeza, se entiende, porque en cuanto á los piés no tenia defecto alguno;—pero á un Byron de bigote y patillas, á un Byron impasible, que hubiera vivido mil años sin envejecer.

Phileas Fogg era inglés de seguro, pero quizás no había nacido en Londres. Jamás se le había visto en la Bolsa ni en el Banco, ni en ninguno de los despachos mercantiles de la Cité. Ni las dársenas ni los docks de Londres habían recibido nunca un navío cuyo armador fuese Phileas Fogg. Este gentleman no figuraba en ningún comité de administración. Su nombre nunca se había oído en un colegio de abogados, ni en el Temple, ni en Lincoln's-inn, ni en Gray's-inn. Nunca informó en la Audiencia del Canciller, ni en el Banco de la Reina, ni en el Echequier, ni en los Tribunales eclesiásticos. No era ni industrial ni negociante, ni mercader ni agricultor. No formaba parte ni del *Instituto Real de la Gran Bretaña*, ni del *Instituto de Londres*, ni del *Instituto de los Artistas*, ni del *Instituto Russel*, ni del *Instituto literario del Oeste*, ni del *Instituto de Derecho*, ni de ese *Instituto de las Ciencias y las Artes reunidas* que está colocado bajo la protección de Su Graciosa Majestad. En fin, no pertenecía á ninguna de las numerosas Sociedades que populan en la capital de Inglaterra, desde la *Sociedad de la Armónica* hasta la *Sociedad entomológica*, fundada principalmente con el fin de destruir los insectos nocivos.

Phileas Fogg era miembro del Reform-Club, y nada más.

Al que hubiese estrañado que un gentleman tan misterioso alternase con los miembros de esta digna asociación, se le podría haber respondido que entró en ella recomendado por los señores Baring hermanos. De aquí cierta reputación debida á la regularidad con que sus talones eran pagados á la vista por el saldo de su cuenta corriente, invariablemente á su favor.

¿Era rico Phileas Fogg? Indudablemente. Cómo había realizado su fortuna, es lo que los mejor informados no podían decir, y para saberlo, el último á quien convenia dirigirse era á mister Fogg. En todo caso, aun cuando no prodigaba mucho, no era tampoco avaro, porque en cualquier parte donde faltase auxilio para una cosa noble, útil ó generosa, solia prestarlo con sigilo y hasta con el velo del anonimato.

En suma, encontrar algo que fuese menos comunicativo que este gentleman, era cosa difícil. Hablaba lo menos posible, y parecia tanto mas misterioso cuanto silencioso era. Llevaba su vida al día; pero lo que hacia era siempre lo mismo, de tan matemático modo, que la imaginación descontenta buscaba algo mas allá.

¿Había viajado? Era probable, porque poseia el mapa-mundi mejor que nadie. No habia sitio, por oculto que pudiera hallarse, del que no pareciese tener un especial conocimiento. A veces, pero siempre en pocas, breves y claras palabras, rectificaba los mil propósitos falsos que solian circular en el club acerca de viajeros perdidos ó estraiviados, indicaba las probabilidades que tenian mayores visos de realidad, y á menudo sus palabras parecian haberse inspirado en una doble vista; de tal manera el suceso acababa siempre por justificarlas. Era un hombre que debia haber viajado por todas partes, á lo menos de memoria.

Lo cierto era que desde hacia largos años Phileas Fogg no habia dejado á Londres. Los que tenian el honor de conocerle mas á fondo que los demás, atestiguaban que,—escepcion hecha del camino diariamente recorrido por él desde su casa al club,—nadie podia pretender haberle visto en otra parte. Era su único pasatiempo leer los periódicos y jugar al whist. Podia ganar á este silencioso juego, tan apropiado á su natural, pero sus beneficios nunca entraban en su bolsillo, y figuraban por una suma respetable en su presupuesto de caridad. Por lo demás,—bueno es consignarlo,—mister Fogg, evidentemente jugaba

por jugar, no por ganar. Para él, el juego era un combate, una lucha contra una dificultad; pero lucha sin movimiento y sin fatigas, condiciones ambas que convenia mucho á su caracter.

Nadie sabia que tuviese mujer ni hijos.—cosa que puede suceder á la persona mas decente del mundo,—ni parientes ni amigos,—lo cual en verdad es algo mas estraño. Phileas Fogg vivia sólo en su casa de Saville-row, donde nadie penetraba. Se ocupaba poco de las interioridades de su casa. Un criado único le bastaba para su servicio. Almorzando y comiendo en el club á horas económicamente determinadas, en el mismo comedor, en la misma mesa, sin tratarse nunca con sus colegas, sin convidar jamás á ningún estraño, solo volvia á su casa para acostarse á la media noche exacta, sin hacer uso en ninguna ocasion de los cómodos dormitorios que el Reform-Club pone á disposición de los miembros del círculo. De las veinticuatro horas del día, pasaba diez en su casa, que dedicaba al sueño ó al locador. Cuando paseaba, era invariablemente y con paso igual, por el vestibulo que tenia mosaicos de madera en el pavimento, ó por la galería circular coronada por una media naranja con vidrieras azules que sostenian veinte columnas jónicas de pórfido rosa. Cuando almorzaba ó comía, las cocinas, la repostería, la despensa, la pescadería y la lechería del club eran las que con sus succulentas reservas proveian su mesa; los camareros del club, graves personajes vestidos de negro y calzados con zapatos de suela de fieltro, eran quienes le servian en una vajilla especial y sobre admirables manteles de lienzo sajón; la cristalería ó mo de perdido del club era la que contenia su sherry, su Oporto ó su clarete mezclado con canela, capilaria ó cinomomo; en fin, el hielo del club,—hielo traído de los lagos de América á costa de grandes desembolsos,—conservaba sus bebidas en un satisfactorio estado de frialdad.

Si vivir en semejantes condiciones es lo que se llama ser escéntrico, preciso es convenir que algo tiene de bueno la escentricidad.

La casa de Saville-row, sin ser suntuosa, se recomendaba por su gran comodidad. Por lo demás, con los hábitos invariables del inquilino el servicio no era penoso. Sin embargo, Phileas Fogg exigia de su único criado una regularidad y una puntualidad estraordinarias. Aquel mismo día, 2 de octubre, Phileas Fogg habia despedido á James Forster,—por el enorme delito de haberle llevado el agua para afeitarse á 84 grados Fabrenheit en vez de 86,—y esperaba á su sucesor, que debia presentarse entre once y once y media.

Phileas Fogg, rectamente sentado en su butaca, los piés juntos como los de los soldados en formacion, las manos sobre las rodillas, el cuerpo derecho, la cabeza erguida, veia girar el minutero del reloj, complicado aparato que señalaba las horas, los minutos, los segundos, los días y los años. Al dar las once y media, mister Fogg, segun su costumbre cotidiana, debia abandonar su casa para ir al Reform-Club.

En aquel momento llamaron á la puerta de la habitacion que ocupaba Phileas Fogg.

El despedido James Forster apareció y dijo:

—El nuevo criado.

Un mozo de unos 30 años se dejó ver y saludó.

—¿Sois francés y os llamais John?—le preguntó Phileas Fogg.

—Juan, si el señor no lo lleva á mal,—respondió el recién venido; Juan Picaporte, apodo que me ha quedado y que justificaba mi natural aptitud para salir de todo apuro. Creo ser honrado, aunque á decir verdad he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, he sido artista de un circo donde daba el salto como Leotard y bailaba en la cuerda como

Blondin; luego, á fin de hacer mas útiles mis servicios, he llegado á profesor de gimnasia, y por último, era sargento de bomberos en París, y aun tengo en mi hoja de servicios algunos incendios notables. Pero hace cinco años que he abandonado la Francia, y queriendo experimentar la vida doméstica soy ayuda de cámara en Inglaterra. Y hallándome desacomodado y habiendo sabido que el señor Phileas Fogg era el hombre mas exacto y sedentario del Reino Unido, me he presentado en casa del señor, esperando vivir con alguna tranquilidad y olvidar hasta el apodo de Picaporte.

—Picaporte me conviene,—respondió el gentleman.—Me habeis sido recomendado. Tengo buenos informes sobre vuestra conducta. ¿Conoceis mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué hora teneis?

—Las once y veintidos,—respondió Picaporte sacando de las profundidades del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata.

—Vais atrasado.

—Perdóneme el señor, pero es imposible.

—Vais cuatro minutos atrasado. No importa. Basta con hacer constar la diferencia. Con que desde este momento, las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles 2 de octubre de 1872, entráis á mi servicio.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, lo colocó en su cabeza mediante un movimiento automático, y desapareció sin añadir una palabra mas.

Picaporte oyó por primera vez el ruido de la puerta que se cerraba: era su nuevo amo que salía; luego escuchó por segunda vez el mismo ruido; era James Forster que se marchaba tambien.

Picaporte se quedó solo en la casa de Saville-row.

## II.

### DE CÓMO PICAPORTE SE CONVENCE QUE AL FIN HA ENCONTRADO SU IDEAL.

—A fe mía,—decía para sí Picaporte algo aturdido al principio,—he conocido en casa de madame Tussaud personajes de tanta vida como mi nuevo amo.

Conviene admitir que los personajes de madame Tussaud son unas figuras de cera muy visitadas, y á las cuales verdaderamente no les falta mas que hablar.

Durante los cortos instantes en que pudo entrever á Phileas Fogg, Picaporte habia examinado rápida pero cuidadosamente á su amo futuro. Era un hombre que podia tener unos cuarenta años, de figura noble y arrogante, alto de estatura, sin que le afease cierta ligera obesidad, de pelo rubio, frente tersa y sin señal de arrugas en las sienas, rostro mas bien pálido que sonrosado, dentadura magnífica. Parecia poseer en el mas alto grado eso que los fisonomistas llaman «el reposo en la accion,» facultad comun á todos los que hacen mas trabajo que ruido. Sereno, flemático, pura la mirada, inmóvil el párpado, era el tipo acabado de esos ingleses de sangre fria que suelen encontrarse á menudo en el Reino Unido, y cuya actitud algo académica ha sido tan maravillosamente reproducida por el pincel de Angélica Kauffmann. Visto en los diferentes actos de su existencia, este gentleman despertaba la idea de un sér bien equilibrado en todas sus partes, proporcionado con precision, y tan exacto como un cronómetro de Leroy ó de Earnshaw. Porque, en efecto, Phileas Fogg era la exactitud personificada, lo que se veia claramente en la expresion de sus pies y de sus manos, pues que en el hombre, así como en los animales, los miembros mismos son órganos expresivos de las pasiones.

Phileas Fogg era de aquellas personas matemáticamente exactas, que nunca precipitadas y siempre dispuestas economizan sus pasos y sus movimientos. Atajando siempre, nunca daba un paso demás. No perdía una mirada dirigiéndola al techo. No se permitía ningun gesto supérfluo. Jamás se le vió ni conmovido ni alterado. Era el hombre menos apresurado del mundo, pero siempre llegaba á tiempo. Pero desde luego se comprenderá que tenia que vivir solo y por decirlo así aislado de toda relacion social. Sabia que en la vida hay que dedicar mucho al rozamiento, y como el rozamiento entorpece no se rozaba con nadie.

En cuanto á Juan, alias Picaporte, verdadero parisiense de París, durante los cinco años que habia habitado en Inglaterra desempeñando la profesion de ayuda de cámara, en vano habia tratado de hallar un amo á quien poder tomar cariño.

Picaporte no era, por cierto, uno de esos Frontines ó Mascarillos (1) que, altos los hombros y la cabeza, descarado y seco al mirar, no son mas que unos bellacos insolentes; no. Picaporte era un guapo chico, de amable fisonomía y labios salientes, dispuestos siempre á saborear ó á acariciar; un sér apacible y servicial, con una de esas cabezas redondas y bonachonas que siempre gusta encontrar en los hombros de un amigo. Tenia azules los ojos, animado el color, la cara suficientemente gruesa para que pudiera verse sus mismos pómulos, ancho el pecho, fuertes las caderas, vigorosa la musculatura, y con una fuerza hercúlea que los ejercicios de su juventud habian desarrollado admirablemente. Sus cabellos castaños estaban algo enredados. Si los antiguos escultores conocian diez y ocho modos distintos de arreglar la cabeza de Minerva, Picaporte, para com omer la suya, solo conocia uno: con tres pases de batidor estaba peinado.

Decir si el genio expansivo de este muchacho podria avenirse con el de Phileas Fogg, es cosa que prohibe la prudencia mas elemental. ¿Seria Picaporte ese criado exacto hasta la precision que convenia á su dueño? La práctica lo demostraria. Despues de haber tenido, como ya es sabido, una juventud algo vaga y vaga, aspiraba al reposo. Habia oido ensalzar el metodismo inglés y la proverbial frialdad de los gentleman, y se fué á buscar fortuna á Inglaterra. Pero hasta entonces la fortuna le habia sido adversa. En ninguna parte pudo echar raices. Estuvo en diez casas, y en todas ellas los amos eran caprichosos, desiguales amigos de correr aventuras ó de recorrer países, cosas todas ellas que ya no podian convenir á Picaporte. Su último señor, el jóven lord Longserry, miembro del Parlamento, despues de pasar las noches en los «oystersrooms» (2) de Hay-Marquet, volvia á su casa muy á menudo sobre los hombros de los policemen. Queriendo Picaporte ante todo respetar á su amo, arriesgó algunas observaciones respetuosas que fueron mal recibidas, y rompió. Supo en el ínterin que Phileas Fogg, esq., buscaba criado y tomó informes acerca de este caballero. Un personaje cuya existencia era tan regular, que no dormia fuera de casa, que no viajaba, que nunca, ni un dia siquiera, se ausentaba, no podia sino convenirle. Se presentó y fue admitido en las circunstancias ya conocidas.

Picaporte, á las once y media dadas, se hallaba solo en la casa de Saville-row. En el acto empezó á considerarla recorriendo desde la cueva al tejado; y esta casa limpia, arreglada, severa puritana, bien organizada para el servicio, le gustó. Le produjo la

(1) *Frontin*. Personaje del antiguo teatro francés. Era un criado audaz, insolente y repicón, que dirigia los placeres y aventuras de su amo. Este papel ha desaparecido ya de la escena.

*Mascarillo*. Tipo análogo al anterior de la comedia italiana.

(2) Lugares llamados así, donde se sirven ostras principal



Juan Picaporte

impresion de una cáscara de caracol alumbrada y calentada con gas, porque el hidrógeno carburado bastaba para todas las necesidades de luz y calor. Picaporte halló sin gran trabajo en el piso segundo el cuarto que le estaba destinado. Le convino. Timbres eléctricos y tubos acústicos le ponian en comunicacion con los aposentos del entresuelo y del principal. Encima de la chimenea habia un reloj eléctrico en correspondencia con el que tenia Phileas Fogg en su dormitorio, y de esta manera ambos aparatos marcaban el mismo segundo en igual momento.

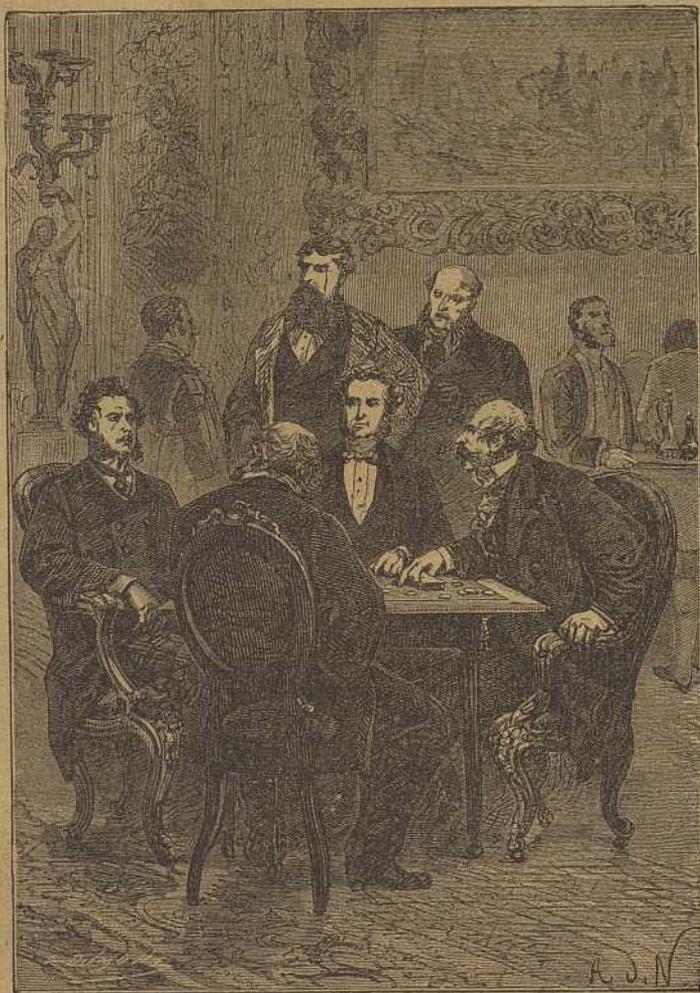
—No me disgusta, no me disgusta,—decia para sí Picaporte.

Advirtió además en su cuarto una nota colocada encima del reloj. Era el programa del servicio diario. Comprendia,—desde las ocho de la mañana, hora reglamentaria en que se levantaba Phileas Fogg, hasta las once y media en que dejaba su casa para ir á almorzar al Reform-Club,—todas las minuciosidades del servicio, el té y los picatostes de las ocho y veintitres, el agua caliente para afeitarse de las nueve y treinta y siete, el peinado de las diez menos veinte,

etcétera. A continuacion, desde las once y media de la mañana hasta las doce de la noche,—instante en que se acostaba el metódico gentleman,—todo estaba anotado, previsto, regularizado. Picaporte pasó un rato feliz meditando este programa y grabando en su espíritu los diversos artículos que contenia.

En cuanto al guarda-ropa del señor, estaba perfectamente arreglado y maravillosamente comprendido. Cada panta'on, levita ó chaleco tenia su número de órden, reproducido en un libro de entrada y salida, que indicaba la fecha en que segun la estacion cada prenda debia ser llevada; reglamentacion que se hacia estensiva al calzado.

Finalmente, anunciaba un apacible ósahago en esta casa de Saville-row,—casa que debia haber sido el templo del desórden en la época del ilustre pero crapuloso Sheridan,—la delicadeza con que estaba amueblada. No habia ni biblioteca ni libros, que hubieran sido inútiles para mister Fogg, puesto que el Reform-Club ponia á su disposicion dos bibliotecas, consagradas una á la literatura, y otra al derecho y á la política. En el dormitorio habia una arca de hier



Pues bien, mister Fogg, apuesto 4,000 libras.

ro de tamaño regular, cuya especial construcción la ponía fuera del alcance de los peligros de incendio y robo. No se veía en la casa ni armas ni otros utensilios de caza ni de guerra. Todo indicaba los hábitos más pacíficos.

Después de haber examinado esta vivienda detenidamente, Picaporte se frotó las manos, su cara redonda se ensanchó, y repitió con alegría:

—¡No me disgusta! ¡Ya dí con lo que me conviene! Nos entenderemos perfectamente mister Fogg y yo. ¡Un hombre casero y arreglado! ¡Una verdadera máquina! No me desagrada servir á una máquina.

### III.

DE CÓMO SE EMPENÓ UNA CONVERSACION QUE PODRIA COSTAR CARA Á PHILEAS FOGG.

Phileas Fogg habia dejado su casa de Saville-row á las once y media, y después de haber colocado quinientas setenta y cinco veces el pie derecho delante

del izquierdo y quinientas setenta y seis el izquierdo delante del derecho, llegó al Reform-Club, vasto edificio levantado en Pall-Mall, cuyo coste de construcción no ha bajado de tres millones.

Phileas Fogg pasó inmediatamente al comedor, con sus nueve ventanas que daban á un jardín con árboles ya dorados por el otoño. Tomó asiento en la mesa de costumbre puesta ya para él. Su almuerzo se componía de un ordubre, un pescado cocido sazonado por una *reading sauce* de primera elección, de un *rosbif* escarlata salpicado de condimentos *musheron* (1), de una torta rellena con tallos de rubarbo y grosellas verdes, y de un pedazo de Chester, rociado todo por algunas tazas de ese excelente té, que especialmente se cosecha para el servicio del Reform-Club.

A las doce y cuarenta y siete de la mañana, este gentleman se levantó y se dirigió al gran salón, suntuoso aposento, adornado con pinturas colocadas en lujosos marcos. Allí, un criado le entregó el *Times*

(1) *Sotol*.

con las hojas sin cortar, y Phileas Fogg se dedicó a desplegarlo con una seguridad tal, que denotaba desde luego la práctica mas estremada en esta difícil operacion. La lectura del periódico ocupó á Phileas Fogg hasta las tres y cuarenta y cinco, y la del *Standard*, que sucedió á aquel, duró hasta la hora de la comida, que se llevó á efecto en iguales condiciones que el almuerzo, si bien con la añadidura de *royal british sauce*.

A las seis menos veinte, el gentleman apareció de nuevo en el gran salon y se absorbió con la lectura del *Morning Chronicle*.

Media hora mas tarde, varios miembros del Reform-Club iban entrando y se acercaban á la chimenea encendida con carbon de piedra. Eran los compañeros habituales de juego de Mr. Phileas Fogg, decididamente aficionados á whist como él: el ingeniero Andrés Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Fallentin, el fabricante de cervezas Tomás Flanagan, y Gualterio Ralph, uno de los administradores del Banco de Inglaterra, personajes ricos y considerados en aquel mismo club, que cuenta entre sus miembros las mayores notabilidades de la industria y de la banca.

—Decidme, Ralph,—preguntó Tomás Flanagan,—¿qué altura se encuentra ese robo?

—Pues bien,—respondió Andrés Stuart,—el Banco perderá su dinero.

—Al contrario,—dijo Gualterio Ralph,—espero que se logrará echar la mano al autor del robo. Se han enviado inspectores de policía de los mas hábiles á todos los principales puertos de embarque y desembarque de América y Europa, y le será muy difícil á ese caballero poder escapar.

—Pero qué, ¿se conoce la filiacion del ladron?—preguntó Andrés Stuart.

—Ante todo, no es un ladron,—respondió Gualterio Ralph con la mayor formalidad.

—Cómo, ¿no es un ladron el individuo que sustrae cincuenta y cinco mil libras en billetes de Banco? (Un millon, trescientas setenta y cinco mil pesetas.)

—No,—respondió Gualterio Ralph.

—¿Es acaso un industrial?—dijo John Sullivan.

—El *Morning Chronicle* asegura que es un gentleman.

El que daba esta respuesta no era otro que Phileas Fogg cuya cabeza descollaba entonces entre aquel mar de papel amontonado á su alrededor. Al mismo tiempo, Phileas Fogg saludó á sus compañeros, que le devolvieron la cortesía.

El suceso de que se trataba, y sobre el cual los diferentes periódicos del Reino-Unido discutian acaloradamente, se habia realizado tres dias antes, el 29 de setiembre. Un legajo de billetes de Banco que formaba la enorme cantidad de cincuenta y cinco mil libras, habia sido sustraído de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

A los que se admiraban de que un robo tan considerable hubiera podido realizarse con esa facilidad, el subgobernador Gualterio Ralph se limitaba á responderles que en aquel mismo momento el cajero se ocupaba en el asiento de una entrada de tres chelines seis peniques, y que no se puede atender á todo.

Pero conviene hacer observar aquí,—y esto da mas fácil esplicacion al hecho,—que el Banco de Inglaterra parece que se desvive por demostrar al público la alta idea que tiene de su dignidad. Ni hay guardianes, ni ordenanzas, ni redes de alambre. El oro, la plata, los billetes, están espuestos libremente, y por decirlo así á disposicion del primero que llegue. En efecto seria, indigno sospechar lo mas mínimo acerca de la caballerosidad de cualquier transeunte. Tanto es así, que hasta se llega á referir el siguiente hecho por uno de los mas notables obser-

vadores de las costumbres inglesas: En una de las salas del Banco en que se encontraba un dia, tuvo curiosidad por ver de cerca una barra de oro de siete á ocho libras de peso que se encontraba espuesta en la mesa del cajero, y para satisfacer aquel deseo tomó la barra, la examinó, se la dió á su vecino, éste á otro, y así, pasando de mano en mano la barra llegó hasta el final de un pasillo oscuro, tardando media hora en volver á su sitio primitivo, sin que durante este tiempo el cajero hubiera levantado siquiera la cabeza.

Sin embargo, el 29 de setiembre las cosas no sucedieron completamente del mismo modo. El legajo de billetes de Banco no volvió, y cuando el magnífico reloj colocado encima del *drawig-office* dió las cinco, la hora en que debia cerrarse el despacho, el Banco de Inglaterra no tenia mas recurso que sentar cincuenta y cinco mil libras en la cuenta, de ganancias y pérdidas.

Una vez reconocido el robo con toda formalidad, agentes, *detectives* (1), elegidos entre los mas hábiles, se enviaron á los puertos principales, á Liverpool, á Glasgow, á Suez, á Brindisi, á Nueva-York, etc., bajo la promesa, en caso de éxito, de una prima de dos mil libras (50,000 pesetas) y el cinco por ciento de la suma que se recobrase. La mision de estos inspectores se reducía á observar escrupulosamente á todos los viajeros que se iban ó que llegaban, hasta adquirir las noticias que pudieran suministrar las indagaciones inmediatamente emprendidas.

Y precisamente, segun lo decia *Morning-Chronicle*, habia motivos para suponer que el autor del robo no formaba parte de ninguna de las sociedades de ladrones de Inglaterra. Se habia observado que durante aquel dia, 29 de setiembre, se paseaba por la sala de pagos, teatro del robo, un caballero bien portado, de buenos modales y aire distinguido. Las indagaciones habian permitido reunir con bastante exactitud las señas de ese caballero, que fueron al punto transmitidas á todos los *detectives* del Reino-Unido y del continente. Algunas buenas almas, y entre ellas Gualterio Ralph, se creian con fundamento para esperar que el ladron no se escaparia.

Como es fácil presumirlo, este suceso estaba á la órden del dia en Londres y en toda Inglaterra. Se discutia y se tomaba parte en pro y en contra de las probabilidades de éxito en la policía metropolitana. Nadie estrañará, pues, que los miembros del Reform-Club tratasen la misma cuestion, con tanto mas motivo cuanto que se hallaba entre ellos uno de los subgobernadores del Banco.

El honorable Gualterio Ralph no queria dudar del resultado de las investigaciones, creyendo que la prima ofrecida debia avivar estraordinariamente el celo y la inteligencia de los agentes. Pero su colega Andrés Stuart distaba mucho de abrigar igual confianza. La discusion continuó por consiguiente entre aquellos caballeros que se habian sentado en la mesa de whist, Stuart delante de Flanagan, Fallentin delante de Phileas Fogg. Durante el juego, los jugadores no hablaban, pero entre los robos, la conversacion interrumpida adquiria mas animacion.

—Sostengo,—dijo Andrés Stuart,—que la probabilidad está en favor del ladron, que no puede dejar de ser un hombre sagaz.

—¡Quita allá!—respondió Ralph;—solo hay un pais en donde pueda refugiarse.

—¿Tendria que ver!

—¿Y á dónde quereis que vaya?

—No lo sé,—respondió Andrés Stuart,—pero me parece que la tierra es muy grande.

—Antes sí lo era.....—dijo á media voz Phileas

(1) Investigadores.

Fogg; añadiendo despues y presentando las cartas á Tomás Flanagan.—A vos os toca cortar.

La discusion se suspendió durante el robo. Pero no tardó en proseguirla Andrés Stuart, diciendo:

—¿Cómo que antes! ¿Acaso la tierra ha disminuido?

—Sin duda que sí,—respondió Gualterio Ralph.—Opino como mister Fogg. La tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces mas aprisa que hace cien años. Y esto es lo que, en el caso de que nos ocupamos, hará que las pesquisas sean mas rápidas.

—Y que el ladron se escape con mas facilidad.

—Os toca jugar á vos,—dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al concluirse la partida.

Hay que reconocer que habeis encontrado un chistoso modo de decir que la tierra se ha empequeñecido. De modo que ahora se le da vuelta en tres meses.....

—En ochenta dias tan solo,—dijo Phileas Fogg.

—En efencto, señores,—añadió John Sullivan;—ochenta dias, desde que la seccion entre Rothal y Allahabad ha sido abierta en el *Great-Indian peninsular railway*, y hé aquí el cálculo establecido por el *Morning-Chronicle*.

	Dias
De Lóndres á Suez por el Monte Cenis y Brindisi, ferro-carril y vapores. . . . .	7
De Suez á Bombay, vapores. . . . .	13
De Bombay á Calcuta, ferro-carril. . . . .	3
De Calcuta á Hong-Kong (China), vapores. . . . .	13
De Hong-Kong á Yokohama (Japon), vapor. . . . .	6
De Yokohama á San Francisco, vapor. . . . .	22
De San Francisco á Nueva-York, carril-carretera. . . . .	7
De Nueva-York á Lóndres, vapor y ferro-carril. . . . .	9
<b>TOTAL. . . . .</b>	<b>80</b>

—¡Si, ochenta dias!—esclamó Andrés Stuart, quien por inadvertencia cortó una carta mayor;—pero eso sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

—Contando con todo,—respondió Phileas Fogg siguiendo su juego, porque ya no respetaba la discusion el whist.

—¡Pero si los indios ó los indostanes quitan los rails!—esclamó Andrés Stuart;—¡si detienen los trenes, saquean los furgones y hacen tajadas á los viajeros!

—Contando con todo,—respondió Phileas Fogg, que, tendiendo su juego, añadió:—Dos triunfos mayores.

Andrés Stuart, á quien tocaba dar, recogió las cartas, diciendo:

—Teóricamente teneis razon, señor Fogg; pero en la práctica.....

—En la práctica tambien,—señor Stuart.

—¿Quisiera verlo.

—Solo depende de vos. Partamos juntos.

—¡Libreme Dios! pero bien apostaria cuatro mil libras (400,000 pesetas) que semejante viaje, hecho con esas condiciones, es imposible.

—Muy posible, por el contrario,—respondió Fogg.

—Pues bien, hacedlo.

—¿La vuelta al mundo en ochenta dias?

—Sí.

—No hay inconveniente.

—¿Cuándo?

—En seguida. Os prevengo solamente que lo hare á vuestra costa.

—¡Es una locura!—esclamó Andrés Stuart, que

empezaba á resentirse por la insistencia de su compañero de juego.—Mas vale que sigamos jugando.

—Entonces, volved á dar, porque lo habeis hecho mal.

Andrés Stuart recogió otra vez las cartas con mano febril, y de repente, dejándolas sobre la mesa, dijo:

—Pues bien, sí, mister Fogg, apuesto cuatro mil libras.....

—Mi querido Stuart,—dijo Fallentin,—calmaos. Esto no es formal.

—Cuando dije que apuesto,—respondió Stuart,—es en formalidad.

—Aceptado,—dijo Fogg; y luego, volviéndose hácia sus compañeros, añadió:—Tengo veinte mil libras (500,000 pesetas) depositadas en casa de Baring hermanos. De buena gana las arriesgaria.

—¡Veinte mil libras!—esclamó Jhon Sullivan.—¡Veinte mil libras, que cualquiera tardanza imprevista os pueden hacer perder!

—No existe lo imprevisto,—respondió sencillamente Phileas Fogg.

—¡Pero mister Fogg, ese trascurso de ochenta dias solo está calculado como mínimun!

—Un mínimun bien empleado basta para todo.

—¡Pero á fin de aprovecharlo, es necesario saltar matemáticamente de los ferro-carriles á los vapores, y de los vapores á los ferro-carriles!

—Saltaré matemáticamente.

—¡Es una broma!

—Un buen inglés no se chancea nunca cuando se trata de cosa tan formal como una apuesta,—respondió Phileas Fogg.—Apuesto veinte mil libras contra quien quiera que yo dé la vuelta al mundo en ochenta dias, ó menos, sean mil novecientas horas, ó ciento quince mil doscientos minutos. ¿Acceptais?

—Aceptamos,—respondieron los señores Stuart, Fallentin, Sullivan, Flanagan y Ralph despues de haberse puesto de acuerdo.

—Bien,—dijo Fogg.—El tren de Douvres sale á las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

—¿Esta misma noche? preguntó Stuart.

—Esta misma noche,—respondió Phileas Fogg.—

Por consiguiente,—añadió consultando un calendario de bolsillo,—puesto que hoy es miércoles 2 de octubre, deberé estar de vuelta á Lóndres, en este mismo salon del Reform-Club, el sábado 21 de diciembre á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, sin lo cual las veinte mil libras depositadas actualmente en casa de Baring hermanos os pertenecerán de hecho y de derecho, señores. Hé aquí un talon de esa suma.

Se levantó acta de la apuesta, firmando los seis interesados. Phileas Fogg habia permanecido sereno. No habia ciertamente apostado para ganar, y no habia comprometido las veinte mil libras,—mitad de su fortuna,—sino porque preveia que tendria que gastar la otra mitad para llevar á buen fin ese difícil, por no decir inejecutable proyecto. En cuanto á sus adversarios, parecian conmovidos, no por el valor de la apuesta, sino porque tenia reparo en luchar con ventaja.

Daban entonces las siete. Se ofreció á mister Fogg la suspension del juego para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

—¡Yo siempre estoy preparado!—respondió el imposible gentleman; y dando las cartas, esclamó:—Vuelvo oros. A vos os toca salir, señor Stuart.

IV.

DONDE PHILEAS FOGG DEJA ESTUPEFACTO Á SU CRIADO PICAPORTE.

A las siete y veinticinco, Phileas Fogg, despues de haber ganado unas veinte guineas al whist, se



Una pobre mendiga.

despidió de sus honorables colegas y abandonó el Reform-Club. A las siete y cincuenta abrió la puerta de su casa y entraba.

Picaporte que había estudiado concienzudamente su programa, quedó sorprendido al ver á mister Fogg culpable de inexactitud acudir á tan inusitada hora, pues según la nota, el inquilino de Saville-row no debía volver sino á media noche.

Phileas Fogg había subido primero á su cuarto, y luego llamó:

—Picaporte.

Picaporte no respondió, porque no creyó que pudieran llamarle. No era la hora.

—Picaporte,—repuso mister Fogg sin gritar mas que antes.

Picaporte apareció.

—Es la segunda vez que os llamo, dijo el señor Fogg.

—Pero no son las doce,—respondió Picaporte sacando el reloj.

—Lo sé, y no os reconvengo. Partimos dentro de diez minutos para Douvres y Calais.

—Al rostro redondo del francés asomó una especie de mueca. Era evidente que había oído mal.

—¿El señor va á viajar?—preguntó.

—Sí,—respondió Phileas Fogg.—Vamos á dar la vuelta al mundo.

Picaporte, con los ojos excesivamente abiertos, el párpado y las cejas en alto, los brazos sueltos, el cuerpo abatido, ofrecía entonces todos los síntomas del asombro llevado hasta el estupor.

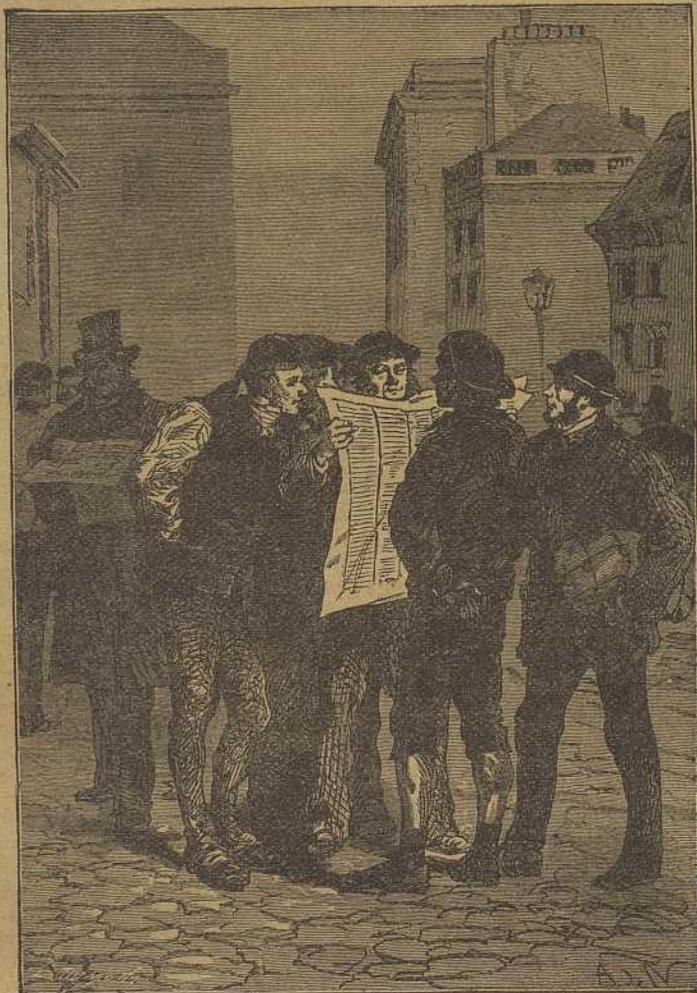
—¿La vuelta al mundo!—dijo entre dientes.

—En ochenta dias,—respondió mister Fogg.—No tenemos un momento que perder.

—¿Y el equipaje?...—dijo Picaporte, que mecía, sin saber lo que hacía, su cabeza de derecha á izquierda y viceversa.

—No hay equipaje. Solo un saco de noche. Dentro, dos camisas de lana, tres pares de medias, y lo mismo para vos. Ya compraremos por el camino. Bajareis mi *makintosh* y mi manta de viaje. Llevad buen calzado. Por lo demás, andaremos poco ó nada. Vamos.

Picaporte hubiera querido responder, pero no pudo.



Se leen con avida los periódicos....

Salió del cuarto de mister Fogg, subió al suyo, cayó sobre una silla, y empleando una frase vulgar de su país dijo para sí:

—¡Esta sí que es! ¡Yo que quería estar tranquilo!

Y maquinalmente hizo su preparativo de viaje. ¡La vuelta al mundo en ochenta días! ¿Estaba su amo loco? No... ¿Era broma? Si iban á Douvres, bien. A Calais, conforme. En suma, esto no podía contrariar al buen muchacho, que no había pisado el suelo de su patria en cinco años. Quizás se llegaría hasta París, y ciertamente que volvería á ver con gusto la gran capital, porque un gentleman tan economizador de sus pasos se detendría allí... Sí, indudablemente; ¡pero no era menos cierto que partía, que se movía ese gentleman, tan casero hasta entonces!

A las ocho, Picaporte había preparado el modesto saco que contenía su ropa y la de su amo; y después, perturbado todavía de espíritu, salió del cuarto, cerró cuidadosamente la puerta, y se reunió con mister Fogg.

Mister Fogg ya estaba listo. Llevaba debajo del

brazo el *Brads-haw's continental railway steam transit and general guide*, que debía suministrarle todas las indicaciones necesarias para el viaje. Tomó el saco de las manos de Picaporte, lo abrió, y deslizó en él un paquete de esos bellos billetes de Banco que corren en todos los países.

—¿No habeis olvidado nada?—preguntó.

—Nada, señor.

—¿Mi makintosh y mi manta?

—Aquí están.

—Bueno; tomad este saco.

Mister Fogg entregó el saco á Picaporte.

—Y cuidado, añadió.—Hay dentro veinte mil libras (500,000 pesetas.)

Por poco se escapó el saco de las manos de Picaporte, como si las veinte mil libras bubieran sido de oro y pesado considerablemente.

El amo y el criado bajaron entonces, y la puerta de la calle se cerró con doble vuelta.

A la estremidad de Savi le-row había un punto de coches. Phileas Fogg y su criado montaron en un cab, que se dirigió rápidamente á la estacion de

Charing-Cross, donde termina uno de los ramales del *South-Eastern-railway* (1).

A las ocho y veinte, el cab se detuvo ante la verja de la estación. Picaporte se apeó. Su amo le siguió y pagó al cochero.

En aquel momento, una pobre mendiga con un niño de la mano, con los pies descalzos en el lodo, y cubierta con un sombrero desvencijado, del cual colgaba una pluma lamentable, y con un chal hecho jirones sobre sus andrajos, se acercó á mister Fogg y le pidió limosna.

Mister Fogg sacó del bolsillo las veinte guineas que acababa de ganar al juego, y dándoselas á la mendiga, le dijo:

—Tomad, buena mujer, me alegro de haberos encontrado.

Y pasó de largo.

Picaporte tuvo como una sensación de humedad alrededor de sus pupilas. Su amo acababa de dar un paso dentro de su corazón.

Mister Fogg y él entraron en la gran sala de la estación. Allí, Phileas Fogg dió á Picaporte la orden de tomar dos billetes de primera para París, y después, al volverse, se encontró con sus cinco amigos del Reform-Club.

—Señores, me voy; y como he de visar mi pasaporte en diferentes puntos, eso os servirá para comprobar mi itinerario.

—¡Oh! mister Fogg,—respondió cortésmente Gualterio Ralph,—es inútil. ¡Nos bastará vuestro honor de caballero!

—Mas vale así,—dijo mister Fogg.

—No olvidéis que debéis estar de vuelta...—observó Andrés Stuart.

—Dentro de ochenta días,—respondió mister Fogg,—el sábado 21 de diciembre de 1872 á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. Hasta la vista, señores.

A las ocho y cuarenta, Phileas Fogg y su criado tomaron asiento en el mismo compartimiento. A las ocho y cuarenta y cinco resonó un silbido, y el tren se puso en marcha.

La noche estaba oscura. Caía una lluvia menuda. Phileas Fogg, arrellanado en su rincón, no hablaba. Picaporte, atolondrado todavía, oprimía maquinalmente sobre sí el saco de los billetes de Banco.

Pero el tren no había pasado aun de Sydenham cuando Picaporte dió un verdadero grito de desesperación.

—¿Qué es eso?—preguntó mister Fogg.

—Que... en mi precipitación... en mi turbación... he olvidado...

—¿Qué?

—¡Apagar el gas de mi cuarto!

—Pues bien, muchacho,—respondió friamente mister Fogg,—seguiré ardiendo por cuenta vuestra.

## V.

### DONDE APARECE UN VALOR NUEVO EN LA PLAZA DE LONDRES.

Phileas Fogg, al dejar á Londres, no sospechaba, sin duda, el ruido grande que su partida iba á provocar. La noticia de la apuesta se extendió primero en el Reform-Club y produjo una verdadera emoción entre los miembros de aquel respetable círculo. Luego, del club la emoción pasó á los periódicos por la vía de los *reporters* (2), y de los periódicos al público de Londres y de todo el Reino-Unido.

Esta cuestión de la vuelta al mundo se comentó, se discutió, se examinó con la misma pasión y el

mismo ardor que si se hubiese tratado de otro negocio del *Alabama*. Unos se hicieron partidarios de Phileas Fogg; otros,—que pronto formaron una considerable mayoría,—se pronunciaron en contra de él. Realizar esta vuelta al mundo de otra suerte que en teoría ó sobre el papel, en este mínimum de tiempo, con los actuales medios de comunicación, era no solamente imposible, era insensato.

El *Times*, el *Standard*, el *Evening-Star*, el *Morning-Chronicle* y veinte periódicos mas de los de mayor circulación se declararon contra el señor Fogg. Únicamente el *Daily-Telegraph* lo defendió hasta cierto punto. Phileas Fogg fue tratado como maniático y loco, y á sus colegas del Reform-Club se les criticó por haber aceptado esta apuesta, que acusaba debilidad en las facultades mentales de su autor.

Se publicaron acerca del asunto varios artículos estremadamente apasionados, pero lógicos. Todo el mundo sabe el interés que se dispensa en Inglaterra á todo lo que hace relación con la geografía. Así es que no había lector, cualquiera que fuese la clase á que perteneciese, que no devorase las columnas consagradas al caso de Phileas Fogg.

Durante los primeros días, algunos ánimos atrevidos,—las mujeres principalmente,—se decidieron por él, sobre todo cuando el *Illustrated-London-News* publicó su retrato, tomado de una fotografía depositada en los archivos del Reform-Club. Ciertos gentleman se atrevían á decir: «¿Y por qué no había de suceder? Cosas mas extraordinarias se han visto.» Estos solían ser los lectores del *Daily-Telegraph*. Pero pronto se advirtió que hasta este mismo periódico empezaba á enfriarse.

En efecto, un largo artículo publicado el 7 de octubre en el *Boletín de la gran Sociedad de geografía*, trató la cuestión bajo todos los aspectos y demostró claramente la locura de la empresa. Según este artículo, el viajero lo tenía todo en contra suya, obstáculos humanos, obstáculos naturales. Para que pudiese obtener éxito el proyecto era necesario admitir una concordancia maravillosa en las horas de llegada y de salida, concordancia que no existía ni podía existir. En Europa, donde las distancias son relativamente cortas, se puede en rigor contar con que los trenes llegarán á hora fija; pero cuando tardan tres días en atravesar la India y siete en cruzar los Estados-Unidos, ¿podían fundarse sobre su exactitud los elementos de semejante problema? ¿Y los contratiempos de máquinas, los descarrilamientos, los choques, los temporales, la acumulación de nieves? ¿No parecía presentarse todo contra Phileas Fogg? ¿Acaso en los vapores no podría encontrarse durante el invierno expuesto á los vientos ó á las brumas? ¿Es quizá cosa extraña que los mas rápidos andadores de las líneas trasoceánicas esperimenten retrasos de dos y tres días? Y bastaba con un solo retraso, con uno solo, para que la cadena de las comunicaciones sufriese una ruptura irreparable. Si Phileas Fogg faltaba, aunque tan solo fuese por algunas horas á la salida de algun vapor, se vería obligado á esperar el siguiente, y por este solo motivo su viaje se vería irrevocablemente comprometido.

Este artículo tuvo mucha boga. Casi todos los periódicos le reprodujeron, y las acciones de Phileas Fogg bajaron considerablemente.

Durante los primeros días que siguieron á la partida del gentleman, se habían empeñado importantes sumas sobre lo aleatorio de su empresa. Sabido es que el mundo de los apostadores de Inglaterra es mundo mas inteligente y mas elevado que el de los jugadores. Apostar es el temperamento inglés. Por eso, no tan solo fueron los individuos del Reform-Club quienes establecieron apuestas considerables en pró ó en contra de Phileas Fogg, sino que tambien

(1) Ferro-carril del Sureste.

(2) Redactores encargados de recoger noticias.

entró en ellas la masa del público. Phileas Fogg fue inscrito, como los caballos de carrera, en una especie de *stud-book* (1). Quedó convertido en valor de Bolsa, y se cotizó en la plaza de Londres. Se pedía y se ofrecía el Phileas Fogg en firme ó á plazo, y se hacían enormes negocios. Pero cinco días después de su salida, el artículo del *Boletín de la Sociedad de Geografía* hizo crecer las ofertas. El Phileas Fogg bajó y llegó á ser ofrecido por paquetes. Tomado primero á cinco, luego á diez, ya no se tomó luego sino á uno por veinte, por cincuenta y aun por ciento.

Solo conservó un partidario, el viejo paralítico lord Alhermale. El honorable gentleman, clavado en su butaca, hubiera dado su fortuna por poder hacer el mismo viaje aunque fuera en diez años, y apostó cuatro mil libras (100.000 pesetas) en favor de Phileas Fogg. Y cuando al propio tiempo le demostraban lo necio y lo inútil del proyecto, se limitaba á responder: «Si la cosa es factible, bueno será que sea inglés quien primero la haga.»

Entre tanto, los partidarios de Phileas Fogg se iban reduciendo en número; todo el mundo, y no sin razón se volvía contra él; ya no lo tomaban sino á uno por ciento cincuenta, y aun por doscientos, cuando siete días después de su marcha un incidente completamente inesperado hizo que ya no se quisiera á ningún precio.

En efecto, durante aquel día, á las nueve de la noche, el director de la policía metropolitana había recibido un despacho telegráfico así concebido:

«Suez á Londres.

Rowan, director policía, administración central,  
Scotland plaza.

Sigo al ladrón del Banco, Phileas Fogg. Enviad sin tardanza mandato de prisión á Bombay (India inglesa).

Fix detective.»

El efecto de este despacho fue inmediato. El honorable gentleman desapareció para dejar sitio al ladrón de billetes de Banco. Su fotografía, depositada en el Reform-Club con las de sus colegas, fue examinada. Reproducía rasgo por rasgo al hombre cuyas señas habían sido determinadas en el expediente de investigación. Todos recordaron lo que tenía de misteriosa la existencia de Phileas Fogg, su aislamiento, su partida repentina, y pareció evidente que este personaje, prestando un viaje alrededor del mundo y apoyándolo en una apuesta insensata, no tenía otro objeto que hacer perder la pista á los agentes de la policía inglesa.

## VI.

DONDE EL AGENTE FIX DEMUESTRA UNA IMPACIENCIA BIEN LEGÍTIMA.

Hé aquí las circunstancias que ocasionaron el envío del despacho concerniente al señor Phileas Fogg.

El miércoles 9 de octubre se aguardaba, para las once de la mañana, en Suez el paquete *Mongolia*, de la Compañía peninsular y oriental, vapor de hierro, de hélice y *spardeck* (2), que media dos mil ochocientas toneladas y poseía una fuerza nominal de quinientos caballos.

El *Mongolia* hacía sus viajes con regularidad desde Brindisi á Bombay por el canal de Suez. Era uno de los de mayor velocidad de la Compañía, habiendo sobrepujado siempre la marcha reglamentaria de diez millas por hora entre Brindisi y Suez, y de nueve millas cincuenta y tres centésimas entre Suez y Bombay.

(1) Cartel ó registro.  
(2) Entrepuesto.

Aguardando la llegada del *Mongolia*, dos hombres se paseaban en el muelle en medio de la multitud de indígenas y de extranjeros que afluyen á aquella ciudad, antes villorrio, y cuyo porvenir ha quedado asegurado por la grande obra del señor Lesseps.

Uno de aquellos hombres era el agente consular del Reino Unido, establecido en Suez, quien á despecho de los desgraciados pronósticos del gobierno británico y de las siniestras predicciones del ingenioso Stephenson, veía llegar todos los días navios ingleses que atraviesan el canal, abreviando así en la mitad, el antiguo camino de Inglaterra á las Indias por el cabo de Buena-Esperanza.

El otro era un hombrecillo flaco, de aspecto bastante inteligente, nervioso, que contraía con notable persistencia los músculos de sus párpados. A través de estos brillaba una mirada viva, pero cuyo ardor sabía amortiguar á voluntad. En aquel momento descubría cierta impaciencia, yendo, viniendo y no pudiendo estarse quieto.

Aquel hombre se llamaba Fix, y era uno de esos *detectives* ó agentes de policía inglesa que habían sido enviados á diferentes puertos después del robo perpetrado en el Banco de Inglaterra. Debía este Fix vigilar con el mayor cuidado á todos los viajeros que tomasen el camino de Suez, y si uno de ellos parecía sospechoso, seguirle, aguardando un mandato de prisión.

Precisamente hacia dos días que Fix había recibido del director de la policía metropolitana las señas del presunto autor del robo, ó sea de aquel personaje bien portado que había sido observado en la sala de pagos del Banco.

El *detective*, engolosinado sin duda por la fuerte prima prometida en el caso de éxito, aguardaba con una impaciencia fácil de comprender la llegada del *Mongolia*.

—¿Y decís, señor cónsul,—preguntó por décima vez,—que ese buque no puede tardar?

—No, señor Fix,—respondió el cónsul.—Ha sido visto ayer á la altura de Porto-Said, y los ciento sesenta kilómetros del canal, no son nada para un andador como ese. Os repito que el *Mongolia* ha ganado siempre la prima de veinticinco libras, que el gobierno concede por cada adelanto de veinticuatro horas sobre el tiempo reglamentario.

—¿Viene directamente de Brindisi?—preguntó Fix.

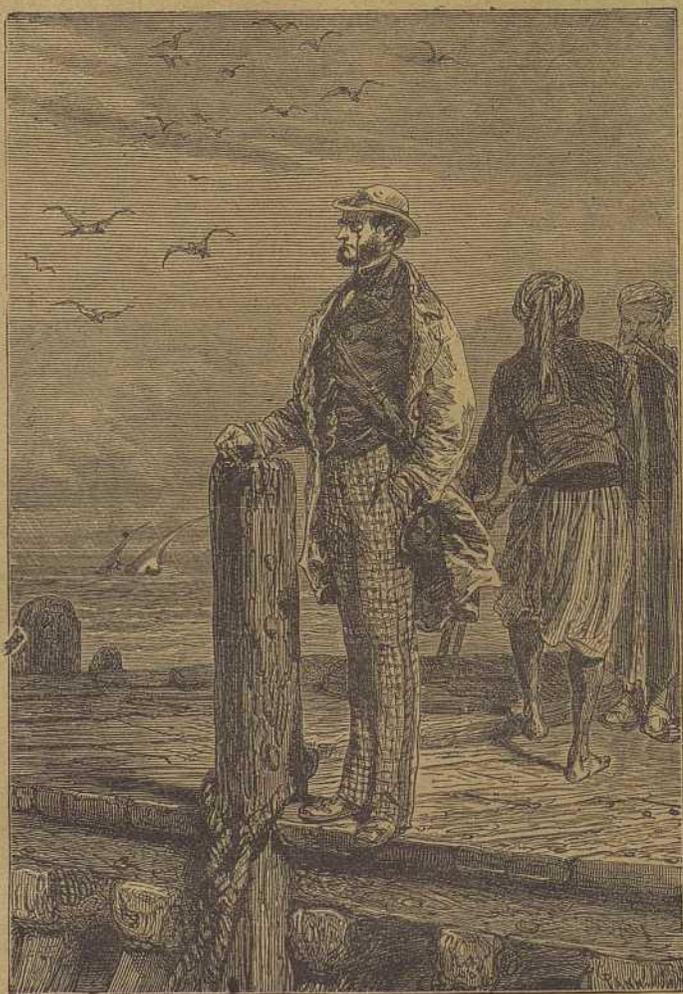
—Del mismo Brindisi, donde toma la mala de Indias, y de donde ha salido el sábado á las cinco de la tarde. Tened paciencia, pues, porque no puede tardar en llegar. Pero no sé cómo por las señas que habeis recibido podreis reconocer á vuestro hombre si está á bordo del *Mongolia*.

—Señor cónsul,—respondió Fix,—esas gentes las sentimos mas bien que las reconocemos. Hay que tener olfato, y ese olfato es un sentido especial nuestro, al cual concurren el oído, la vista y el olor. He cogido durante mi vida á mas de uno de esos caballeros, y con tal que mi ladrón esté á bordo, os respondo que no se me irá de las manos.

—Lo deseo, señor Fix, porque se trata de un robo importante.

—Un robo soberbio, respondió el agente entusiasmado.—¡Cincuenta y cinco mil libras! ¡No siempre tenemos semejantes ocasiones! ¡Los ladrones se van haciendo muy mezquinos! ¡La raza de los Shepard se va estinguiendo! ¡Ahora se hacen ahorcar tan solo por algunos chelines!

—Señor Fix,—respondió el cónsul,—hablais de tal manera que os deseo ardentemente buen éxito; pero os lo repito, lo creo difícil en las condiciones en que os encontráis. ¡Sabeis que con las señas que habeis recibido, ese ladrón se parece absolutamente á un hombre de bien!



El inspector de policía.

—Señor cónsul, respondió dogmáticamente el inspector de policía,—los grandes ladrones se parecen siempre á los hombres de bien. Ya comprenderéis que los que tienen traza de bribones no tienen mas que un recurso, que es el de ser probos, sin lo cual serían presos con facilidad. Las fisonomías honradas son las que con mas frecuencia hay que desenmascarar. Convengo en que este trabajo es dificultoso, siendo mas bien hijo del arte que del oficio.

Ya vemos que el referido Fix no carecia de cierta dosis de amor propio.

Entre tanto, el muelle se iba animando poco á poco. Marineros de diversas nacionalidades, comerciantes, corredores, mozos de cordel y fellahs afluían allí para esperar la llegada del vapor, que no debía estar muy lejos.

El tiempo era bastante bello, pero el aire frio, á consecuencia del viento que soplaba del Este. Algunos minaretes se destacaban sobre la poblacion bajo los pálidos rayos del sol. Hacia el Sur se prolongaba una escollera de dos mil metros, cual un brazo, sobre la rada de Suez. Por la superficie del Mar Rojo

circulaban varias lanchas pescadoras ó de cabotaje, algunas de las cuales han conservado el elegante gálibo (1) de la galera antigua.

Mientras andaba por entre toda aquella gente, Fix, por hábito de su profesion, estudiaba con rápida mirada el semblante de los transeuntes.

Eran entonces las diez y media.

—¡Pero no acabará de llegar ese vapor!—esclamó al oír dar la hora en el reloj del puerto.

—Ya no puede estar lejos,—respondió el cónsul.

—¿Cuánto tiempo ha de estacionarse en Suez?—preguntó Fix.

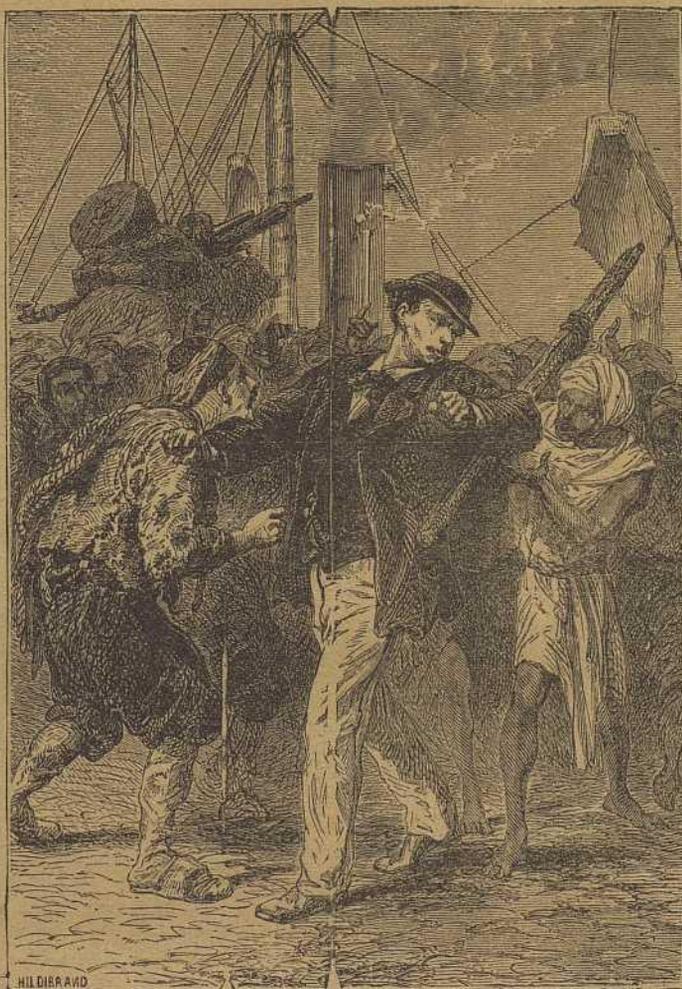
—Cuatro horas, el tiempo de embarcar su carbon. De Suez á Adem, á la salida del Mar Rojo, mil trescientas diez millas, y necesita proveerse de combustible.

—¿Y de Suez se marcha directamente á Bombay?

—Directamente y sin descarga.

—Pues bien,—dijo Fix,—si el ladron ha tomado pasaje en ese buque, tendrá el plan de desembarcar

(1) En lenguaje de marina, es la configuración, corte, plantilla de construcción de un buque.



Los viajeros desembarcaron en el puerto de Suez.

en Suez, á fin de llegar por otra vía á las posesiones holandesas ó francesas del Asia. Bien debe saber que no estaria seguro en la India, que es tierra inglesa.

—A no ser que sea muy entendido,—respondió el cónsul porque ya sabeis que un criminal inglés siempre está mejor escondido en Lóndres que en el extranjero.

Despues de esta reflexion, que dió mucho que pensar al agente, el cónsul regresó á su despacho, situado allí cerca. El inspector de policia se quedó solo, entregado á una impaciencia nerviosa y con el extraño presentimiento de que el ladron debía estar á bordo del *Mongolia*; y en verdad, si el tunante habia salido de Inglaterra con intencion de irse al Nuevo-Mundo, debía haber obtenido la preferencia el camino de las Indias, menos vigilado ó mas difícil de vigilar que el del Atlántico.

Fix no estuvo mucho tiempo entregado á sus reflexiones, porque la llegada del vapor fué anunciada por agudos silbidos. Todo el tropel de ganapanes y de fellahs se precipitó sobre el muelle en tumulto algo inquietante para los miembros y trages de los

pasajeros. Se destacaron de la orilla unas diez lanchas para ir al encuentro del *Mongolia*.

Pronto se apercibió el gigantesco casco de este buque que pasaba entre las márgenes del canal, y daban las once cuando vino á atracar en rda, mientras que el vapor se desprendía con estrepitoso ruido por los tubos de escape de la máquina.

Eran los pasajeros bastante numerosos á bordo. Algunos se quedaron en el entrante puente contemplando el pintoresco panorama de la ciudad, pero la mayor parte desembarcaron en las lanchas que se habian arrimado al *Mongolia*.

Fix examinaba escrupulosamente á todos los que desembarcaban.

En aquel momento se le acercó uno de ellos,—despues de haber repelido vigorosamente á los fellahs que le asediaban con sus ofertas de servicio,—le preguntó con mucha cortesía si podia indicarle el despacho del agente consular inglés. Y al mismo tiempo, este pasajero presentaba un pasaporte, sobre el cual deseaba que constase el visado británico.

Fix tomó instintivamente el pasaporte, y con ra-

pidá mirado lo leyó, escapándose por poco cierto movimiento involuntario. El papel templó en sus manos. Las señas que constaban en el pasaporte eran idénticas á las que habia recibido del director de la policia británica.

—Este pasaporte no es vuestro, —dijo Fix al pasajero.

—No, —respondió éste, —es el pasaporte de mi amo.

—¿Y vuestro amo?

—Se ha quedado á bordo.

—Pero, —repuso el agente, —es necesario que se presente en persona en el despacho del consulado á fin de identificarlo.

—¿Y eso es necesario?

—Indispensable.

—¿Y dónde está la oficina?

—Allí en la esquina de la plaza, —respondió el inspector indicando una casa que distaba unos doscientos pasos.

—Entonces, voy á buscar á mi amo, que no tendrá mucho gusto en molestarse.

Después de esto, el pasajero saludó á Fix y se volvió á bordo del vapor.

## VII.

### DONDE SE DEMUESTRA UNA VEZ MAS LA INUTILIDAD DE LOS PASAPORTES EN MATERIA DE POLICIA.

El inspector volvió al muelle y se dirigió con celeridad al despacho del cónsul; en seguida, por petición suya urgente, fue introducido á la presencia de dicho funcionario.

—Señor cónsul, —le dijo sin mas preámbulo, —tengo poderosas presunciones para creer que nuestro hombre ha tomado pasaje á bordo del *Mongolia*.

Y Fix refirió lo que habia pasado entre el criado y él con motivo del pasaporte.

—Bien, señor Fix, —respondió el cónsul, —no sentiria ver el rostro de ese bribon. Pero tal vez no se presentará si es lo que suponeis. Un ladron no procura dejar detrás de sí rastro de su paso, sobre todo no siendo obligatoria la formalidad del pasaporte.

—Señor cónsul, —respondió el agente, —si como debemos suponerlo es hombre entendido, vendrá.

—¿A hacer visar su pasaporte?

—Sí. Los pasaportes nunca sirven mas que para molestar á los hombres de bien y facilitar la fuga de los tunantes. Os aseguro que ese estará en regla, pero espero que no lo visareis....

—¿Y por qué no? si el pasaporte es regular, —respondió el cónsul, —no tengo derecho de negarme á visarlo.

—Sin embargo, señor cónsul, será necesario que yo detenga aquí á ese hombre hasta haber recibido de Londres un mandato de prision.

—¡Ah! Eso es cuenta vuestra, señor Fix, —respondió el cónsul; pero yo no puedo....

El cónsul no terminó su frase. En aquel momento llamaban á la puerta de su gabinete, y el ordenanza de la oficina introducía á dos extranjeros, uno de los cuales era precisamente el criado que habia conversado con el agente de policia.

Eran efectivamente amo y criado. El primero sacó el pasaporte, rogando lacónicamente al cónsul que se sirviera visarlo. Tomó éste el documento y lo leyó atentamente, mientras que Fix, en un rincón del gabinete, observaba ó mas bien devoraba al extranjero con sus ojos.

Cuando el cónsul terminó su lectura, dijo:

—¿Sois Phileas Fogg, esquire?

—Sí señor, —respondió el gentleman.

—¿Y ese hombre es vuestro criado?

—Sí. Un francés llamado Picaporte.

—¿Venís de Londres?

—Sí.

—¿Y vais á dónde?

—A Bombay.

—Bien. Ya sabeis que la formalidad del visado no es necesaria, y que ya no exigimos la presentación del pasaporte.

—Ya lo sé, señor, —respondió Phileas Fogg, —pero deseo que conste mi paso por Suez.

—Como gustéis.

Y el cónsul, después de haber firmado y fechado el pasaporte, lo selló. Mister Fogg pagó los derechos; y después de haber saludado con frialdad, salió seguido de su criado.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

—Y bien, —respondió el cónsul, —tiene trazas de un perfecto hombre de bien.

—Posible, —respondió Fix, —pero no se trata de esto. ¿No os parece, señor cónsul que ese flemático caballero se parece rasgo por rasgo al ladron cuyas señas tengo?

—Convengo en ello; pero lo sabeis, todas las señas....

—Ya estoy harto de saberlo, —respondió Fix. —El criado me parece menos impenetrable que el amo. Además, es francés y no podrá contenerse sin hablar. Hasta luego, señor cónsul.

Dicho esto, el agente salió y se fué en busca de Picaporte.

Entre tanto, mister Fogg, después de salir de la casa consular, se habia dirigido al muelle. Allí dió algunas órdenes al criado, y después se embarcó en una lancha y volvió á bordo del *Mongolia*, metiéndose en su camarote. Ternó allí su libro de apuntes, que llevaba las notas siguientes:

«Salido de Londres, el miércoles 2 de octubre á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

«Llegado á Paris, el jueves 3 de octubre á las siete y veinte de la mañana.

«Llegado por el Monte Cenís á Turin, el viernes 4 de octubre á las seis y treinta y cinco minutos de la mañana.

«Salido de Turin, el viernes á las siete y veinte minutos de la mañana.

«Llegado á Brindisi, el sábado 5 de octubre á las cuatro de la tarde.

«Embarcado en el *Mongolia*, el sábado á las cinco de la tarde.

«Llegado á Suez, el miércoles 9 de octubre á las once de la mañana.

«Total de horas transcurridas, ciento cincuenta y ocho y media, sean dias seis y medio.»

Mister Fogg escribió estas fechas en un itinerario dispuesto por columnas, que indicaba, desde el 2 de octubre hasta el 21 de diciembre, el día de la semana, el del mes, las llegadas reglamentarias y las efectivas en cada punto principal, Paris, Brindisi, Suez, Bombay, Calcutta, Singapore, Hon-Kong, Yokohama, San Francisco, Nueva-York, Liverpool, Londres, y que permitía calcular el adelanto obtenido ó el atraso experimentado en cada punto del trayecto.

Este metódico itinerario lo tenia de esta suerte en cuenta todo, y mister Fogg sabia siempre si adelantaba ó atrasaba.

Por consiguiente, inscribió tambien aquel día, miércoles 9 de octubre, su llegada á Suez, que cuadrando con la llegada reglamentaria no le daba ventaja ni desventaja.

Después se hizo servir de almorzar en su camarote. En cuanto á ver la poblacion, ni siquiera pensaba en ello, porque pertenecía á aquella raza de ingleses que hacen visitar por sus criados los países por donde viajan.

## VIII.

DONDE PICAPORTE HABLA TAL VEZ ALGO MAS DE LO QUE CONVENDRÍA.

Fix habia tropezado en pocos instantes con Picaporte, que todo lo examinaba y miraba, no creyéndose él obligado á no hacerlo.

—Pues bien, amigo mio,—le dijo Fix saliéndole al encuentro.—¿habeis visado el pasaporte?

—¡Ah! Sois vos,—respondió el francés.—Muchas gracias. Estamos perfectamente en regla.

—¿Y os estais enterando del país?

—Sí: pero andamos tan aprisa que me parece viajar en sueños. ¿Es cierto que estamos en Suez?

—En Suez.

—¿En Egipto?

—En Egipto, perfectamente.

—¿Y en Africa?

—En Africa.

—¿En Africa!—repitió Picaporte.—No puedo creerlo. ¡Figuraos, caballero, que yo me imaginaba no ir mas lejos que París, y me he tenido que contentar con ver á esa fumosa capital, desde las siete y veinte de la mañana hasta las ocho y cuarenta, entre la estacion del Norte y la de Lyon, al través de los cristales de un coche y lloviendo á chaparrones! ¡Lo siento! ¡Me hubiera gustado volver á ver el campamento del Padre Lachaise y el circo de los Campos Eliseos!

—¿Conque tanta prisa teneis?—preguntó el inspector de policia.

—Yo no, pero sí mi amo. A propósito; ¡tengo que comprar calcetines y camisas! Nos hemos marchado sin equipaje; tan solo con un saco de noche.

—Voy á llevaros á un bazar donde encontrareis todo lo que os hace falta.

—Sois bien complaciente,—respondió Picaporte.

Y ambos echaron á andar. Picaporte no cesaba de charlar.

—Sobre todo, es menester no faltar para la hora de salida del buque.

—Aun teneis tiempo,—respondió Fix,—no son mas que las doce.

Picaporte sacó su gran reloj.

—¿Las doce? ¡Vaya! ¡Si no son mas que las nueve y cincuenta y dos minutos!

—Vuestro reloj atrasa,—respondió Fix.

—¡Mi reloj! ¡Un reloj de familia que procede de mi bisabuelo! No discrepa ni cinco minutos al año. ¡Es un verdadero cronómetro!

—Ya veo lo que es,—respondió Fix.—Habeis conservado la hora de Lóndres, que va atrasada unas dos horas con la de Suez. Es preciso cuidar de poner vuestro reloj con el mediodia de cada país.

—¡Yo tocar á mi reloj!—esclamó Picaporte,—¡jamás!

—Entonces no marchará con el sol.

—¡Peor para el sol, caballero! No será él quien tenga razon.

Y el buen muchacho se metió el reloj en la faltriquera con soberbio ademan.

Algunos instantes despues, Fix le decia:

—¿Con que habeis salido de Lóndres con precipitacion?

—¡Ya lo creo! El miércoles último á las ocho de la noche, mister Fogg, contra su costumbre, volvió de su circulo, y tres cuartos de hora despues nos habiamos marchado.

—¿Pero á dónde va vuestro amo?

—Siempre adelante. ¡Está dando la vuelta al mundo!

—¿La vuelta al mundo?—esclamó Fix.

—Sí señor. ¡En ochenta dias! Dice que es una apuesta; pero, sea dicho entre nosotros, no lo creo.

Eso no tendria sentido comun. Debe haber algun otro motivo.

—¡Ah! es bien original ese mister Fogg.

—Ya lo creo.

—¿Luego es rico?

—¡Ciertamente, y lleva consigo una bonita suma en billetes del Banco nuevecitos! ¡Y no ahorra por cierto el dinero! ¡Como que ha prometido una prima magnífica al maquinista del *Mongolia* si llegamos á Bombay con buen adelanto!

—¿Y hace mucho tiempo que conoceis á vuestro amo?

—¡Yo!—respondió Picaporte.—He entrado á servirle precisamente el dia de nuestra marcha.

Imagínese el efecto que estas respuestas debian producir en el ánimo ya sobrescitado del inspector de policia.

Aquella salida precipitada de Lóndres poco despues del robo; aquella fuerte suma con que se hacia el viaje, aquella prisa de llegar á países remotos; aquel pretexto de una apuesta escéntrica, todo confirmaba y debia confirmar á Fix en sus ideas. Hizo hablar todavía mas al francés, y adquirió la conviccion de que ese mozo no conocia á su amo; que és e vivia aislado en Lóndres; que se le suponía rico sin saber el origen de su fortuna; que era un hombre impenetrable, etc. Pero al propio tiempo, Fix pudo cerciorarse de que Fogg no desembarcaba en Suez y se iba directamente á Bombay.

—¿Está lejos Bombay?—preguntó Picaporte.

—Bastante lejos,—respondió el agente.—Todavía necesitais unos doce dias por mar.

—¿Y dónde está Bombay?

—En la India.

—¿En Asia?

—Naturalmente.

—¡Diantre! Es que voy á deciros.....Hay una cosa que me trastorna....Mi mechero.

—¿Qué mechero?

—Mi mechero de gas que se me ha olvidado apagar y que está ardiendo por mi cuenta. He calculado que sale á dos chelines cada veinticuatro horas, justo seis peniques mas de lo que gano, y ya comprendeis que á poco que el viaje se prolongue.....

¡Comprendió Fix el negocio del gas! Es poco probable. Ya no escuchaba nada y estaba tomando una resolucion. El francés y él habian llegado al bazar. Fix dejó á su compañero que hiciera sus compras, le recomendó que no faltase á la salida del *Mongolia*, y volvió con premura al despacho del agente consular.

Fix, ahora firme en su conviccion, habia recobrado toda su serenidad.

—Señor,—dijo al cónsul.—Ya no abrigo duda ninguna. Tengo á mi hombre. Se hace pasar por un escéntrico que quiere dar la vuelta al mundo en ochenta dias.

—¿Entonces es un ladino que cuenta con volver á Lóndres despues de haber hecho perder su pista á todas las policías de ambos continentes!

—Eso lo veremos,—respondió Fix.

—¿Pero no os equivocais?—preguntó de nuevo el cónsul.

—No me equivoco.

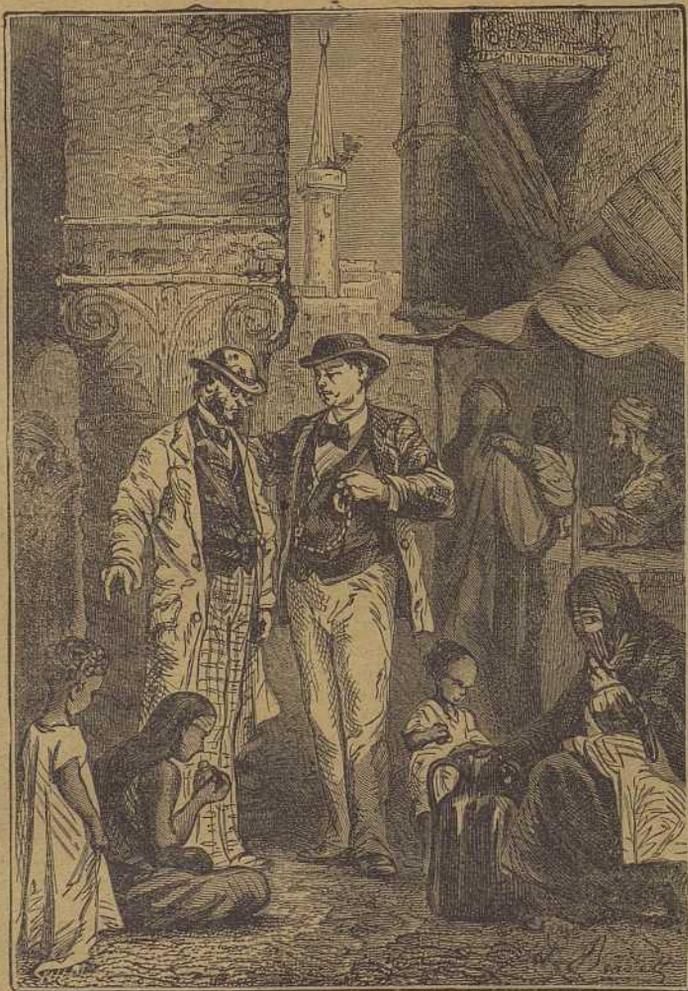
—Entonces, ¿por qué ha tenido ese ladron el empeño de hacer visar su pasaporte en Suez?

—¿Por qué?..... no lo sé, señor cónsul,—respondió el agente;—pero oidme.

Y en pocas palabras refirió lo mas importante de su conversacion con el criado del susodicho Fogg.

—En efecto,—dijo el cónsul,—todas las presunciones están contra él. ¿Y qué vais á hacer?

—Espedir un despacho á Lóndres con peticion urgente de un mandamiento de prision, embarcarme en el *Mongolia*, seguir al ladron hasta las Indias, y



— Mi reloj no discrepa ni cinco minutos al año, dijo Picaporte.

aquella tierra inglesa salirle al encuentro cor-  
rente con mi órden en una mano y la otra sobre  
hombro.

Despues de pronunciar estas palabras con frialdad,  
el agente se despidió del cónsul y se dirigió al telé-  
grafo, donde envió al director de la policia metropo-  
litana el despacho ya mencionado.

Un cuarto de hora mas tarde, Fix, con su ligero  
equipaje en la mano y bien provisto de dinero, se em-  
barcaba en el *Mongolia*, y muy luego el rápido buque  
surcaba á todo vapor las aguas del Mar Rojo.

#### IX.

DONDE EL MAR ROJO Y EL MAR DE LAS INDIAS SE MUES-  
TRAN PROPICIOS Á LOS DESEOS DE PHILEAS FOGG.

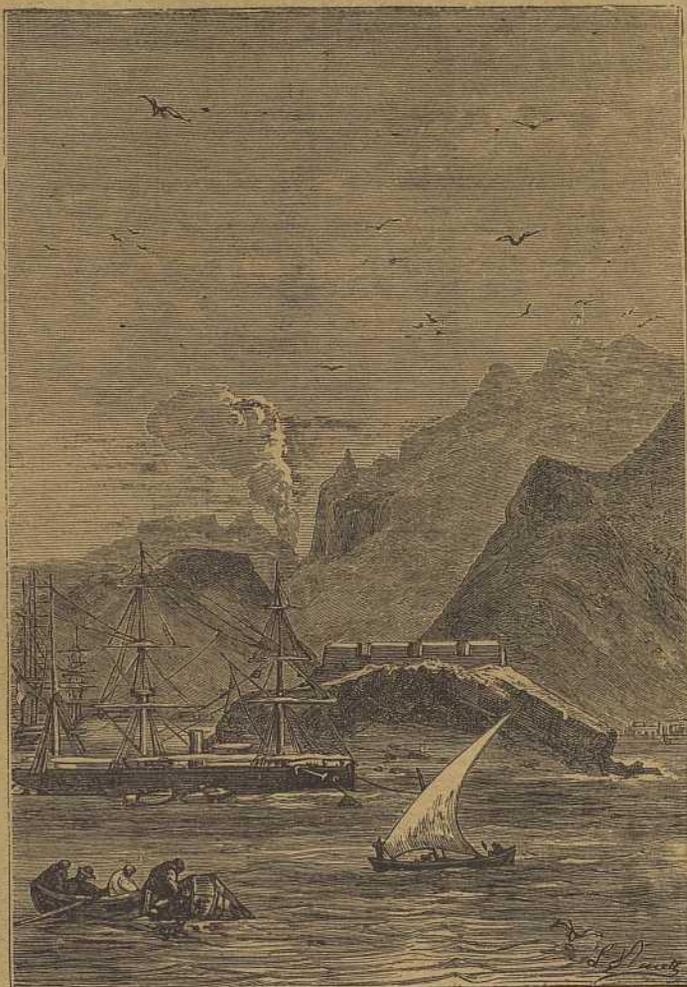
La distancia entre Suez y Aden es exactamente de  
mil trescientas diez millas, y el pliego de condicio-  
nes de la Compañía concede á sus vapores un tras-  
curso de ciento treinta y ocho horas para andarlo.  
El *Mongolia*, cuyos fuegos se activaban considera-

blemente, marchaba de modo que pudiese adelantar  
la llegada reglamentaria.

La mayor parte de los viajeros embarcados en  
Brindisi iban á la India. Unos se encaminaban á  
Bombay y otros á Calcutta, pero por la vía de Bom-  
bay, porque desde que un ferro-carril atraviesa en  
toda su anchura la península indiana, ya no es neces-  
sario doblar la punta de Ceylan.

Entre los pasajeros del *Mongolia* habia algunos  
funcionarios civiles y oficiales de toda graduacion. De  
estos pertenecian unos al ejército británico propia-  
mente dicho, otros mandaban tropas indigenas de ci-  
payos, todos con muy buenos sueldos, aun ahora  
despues que el gobierno se ha sustituido á los dere-  
chos y cargas de la antigua Compañía de las Indias.  
Los subtenientes tenian siete mil pesetas de paga,  
los brigadieres sesenta mil y los generales cien  
mil (1).

(1) La paga de los funcionarios civiles es aun mas subida. Los  
simples adjuntos, en el primer grado de la gerarquia, tienen doce  
mil pesetas; los jueces sesenta mil; los presidentes de tribunal doc-  
cientas cincuenta mil; los gobernadores trescientas mil, y el go-  
bernador general mas de seiscientas mil.

El *Mongolia* hizo esca a en Steamer-Punto.

Se vivía, por lo tanto, bien á bordo del *Mongolia* entre aquella sociedad de funcionarios, con los cuales alternaban algunos jóvenes ingleses, que con un millon en el bolsillo iban á fundar á lo lejos establecimientos de comercio. El *pu-ser*, hombre de confianza de la Compañía, igual al capitán á bordo, lo hacía todo con suntuosidad. En el almuerzo de la mañana, en el *lunch* de las dos, en la comida de las cinco y media, en la cena de las ocho, las mesas crujían bajo el peso de la carne fresca y de los entremeses que suministraban la carnicería y la repostería del vapor. Las pasajeras, de las cuales había algunas, mudaban de trage dos veces al día. Había música y hasta baile cuando el mar lo permitía.

Pero el Mar Rojo es muy caprichoso y con frecuencia proceloso, como todos los golfos largos y estrechos. Cuando el viento soplabá de la costa de Asia ó de la de Africa, el *Mongolia*, de casco fusiforme tomado de través, sufría espantosos vaivenes. Las damas desaparecían entonces; los pianos callaban; los cantos y las danzas cesaban á un tiempo. Y entre tanto, á pesar de la ráfaga y á pesar de las olas, el

vapor, impellido por su poderosa máquina, corría sin tardanza hácia el estrecho de Bab-el-Mandeb.

¿Qué hacía Phileas Fogg durante aquel tiempo? ¿Podiera creerse que siempre inquieto y ansioso se preocupaba de los cambios de viento perjudiciales á la marcha del buque, de los movimientos desordenados del oleaje que podían ocasionar un accidente á la máquina, en fin, de todas las averías posibles que obligando al *Mongolia* á arribar á algun puerto hubiesen comprometido el viaje?

De ningún modo; ó si pensaba en estas eventualidades, no lo dejaba cuando menos traslucir. Era siempre el hombre impasible, el miembro imperturbable del Reform-Club, á quien ningún incidente ó accidente podía sorprender. No parecía mucho mas conmovido que el cronómetro de bordo. Raras veces se le veía sobre el puente. Poco cuidado le daba el observar aquel Mar Rojo, tan fecundo en recuerdos y teatro de las primeras escenas históricas de la humanidad. No acudía á reconocer las curiosas poblaciones diseminadas por sus orillas y cuyos pintorescos perfiles se destacaban de vez en cuando en el

horizonte. Ni siquiera pensaba en los peligros de aquel golfo, de que siempre han hablado con espanto los antiguos historiadores de Estrabon, Arriano, Artemidoro, Edrisi, en el cual no se aventuraban los navegantes antiguamente sin haber consagrado su viaje con sacrificios propiciatorios.

¿Qué hacia entonces aquel hombre original encarcelado en el *Mongolia*? Hacia primeramente sus cuatro comidas diarias, sin que nunca el cabeceo ni los vaivenes pudieran desconcertar máquina tan maravillosamente organizada. Y despues jugaba al whist.

Habia encontrado compañeros para el juego tan rabiamente aficionados como él: un recaudador de impuestos que iba á Goa, un ministro, el reverendo Decimo Smith, que regresaba á Bombay, y un brigadier general del ejército inglés, que se iba á reunir con su cuerpo á Benares. Estos tres pasajeros tenían por el whist igual pasion que mister Fogg, y jugaban durante horas enteras con no menos silencio que él.

En cuanto á Picaporte, no le atacaba el mareo. Ocupaba un camarote de proa y comia concienzudamente. Debemos decir que este viaje, hecho con tales condiciones, no le disgustaba, y procuraba sacar partido de él. Bien mantenido, bien alojado, veia tierras, y por otra parte tenia la esperanza de que esta broma acabaria en Bombay.

Al dia siguiente de la salida de Suez, 29 de octubre, no dejó de darle gusto el encuentro que hizo en el puente del obsequioso personaje á quien se habia dirigido al desembarcar en Egipto.

—No me engaño,—le dijo al acercarse con amable sonrisa,—vos sois el caballero que fue tan complaciente en servirme de guia por las calles de Suez.

—En efecto,—respondió el agente.—¡Os reconozco! Sois el criado de ese inglés tan original...

—Precisamente, señor...

—Fix.

—Señor Fix,—respondió Picaporte.—Me alegro de veros á bordo. ¿Y á dónde vais?

—Lo mismo que vos, á Bombay.

—Mucho mejor. ¿Habeis hecho ya este viaje?

—Muchas veces,—respondió Fix.—Soy agente de la Compañia peninsular.

—¿Entonces conocéis la India?

—Pero... sí...—respondió Fix, que no queria aventurarse mucho.

—¿Y es curioso ese país?

—Muy curioso. Mezquitas, minaretes, templos, faquires, pagodas, tigres, serpientes, bayaderas. Pero debemos esperar que tendreis tiempo de visitarlo.

—Así lo espero, señor Fix. ¿Ya comprendereis que no es pernicioso á un hombre de entendimiento sano pasar la vida saltando de un vapor á un ferrocarril, y de un ferrocarril á un vapor, con el pretexto de dar la vuelta al mundo en ochenta dias! No. Toda esta gimnástica terminará en Bombay, no lo dudeis.

—¿Y está bueno mister Fogg?—Preguntó Fix con el acento mas natural.

—Muy bueno, señor Fix. Y yo tambien, por cierto. Cómo le mismo que un ogro en ayunas. Es el aire del mar.

—Pero nunca veo á vuestro amo sobre el puente.

—Nunca. No es curioso.

—¿Sabeis, señor Picaporte, que este preñado viaje en ochenta dias pudiera muy bien ocultar alguna mision secreta... una mision diplomática por ejemplo?

—A fe mia, señor Fix, que yo nada sé, os lo declaro, ni daria media corona por saberlo.

Desde este encuentro, Picaporte y Fix hablaron juntos con frecuencia. El inspector de policia tenia empeño en trabar intimidad con el criado de mister

Fogg. Esto podia darle útil en caso necesario. Le ofrecia á menudo en el bar-room (1) del *Mongolia* algunos vasos de whisky ó de pale-ale, que el buen muchacho aceptaba sin ceremonia, y hacia repetir para no ser menos, pareciéndole ese señor Fix un caballero muy honrado.

Entre tanto, el vapor marchaba con rapidez. El dia 13 se divisó la ciudad de Moka, que apareció dentro de su cintura de murallas ruinosas, sobre las cuales se destacaban algunas verdes palmeras. A lo lejos, en las montañas, se desarrollaban vastas campiñas de cafetales. Fue para Picaporte un encanto la vista de esa ciudad célebre, y aun le pareció que con sus murallas circulares y un fuerte desmantelado, que tenia la configuracion de una asa, se asemejaba á una enorme taza de café.

Durante la siguiente noche, el *Mongolia* cruzó el estrecho de Bab-el-Mandeb, cuyo nombre árabe significa la *Puerta de las lágrimas*; y al otro dia, 14, hacia escala en *Steamer-Punto* al Nordeste de la rada de Aden. Allí era donde debia reponerse de combustible.

Grave é importante asunto es esa alimentacion de la hornilla de los vapores á semejantes distancias de los centros de produccion. Solo para la Compañia peninsular es un gasto anual de ochocientas mil libras (20.000.000 de pesetas). Ha sido necesario establecer depósitos en varios puertos, saliendo el coste del carbon en tan remotos parajes á ochenta pesetas la tonelada.

El *Mongolia* tenia que recorrer todavía mil seiscientas cincuenta millas para llegar á Bombay, y debia estar tres horas en *Steamer-Punto* á fin de llenar sus bodegas.

—Pero esta tardanza no podia perjudicar de ningun modo el programa de Phileas Fogg. Estaba prevista. Además, el *Mongolia*, en lugar de llegar á Aden el 15 de octubre por la mañana, entraba el 14 por la tarde. Era un adelanto de quince horas.

Mister Fogg y su criado bajaron á tierra, porque aquel deseaba visar el pasaporte. Fix los siguió procurando no ser observado. Cumplidas las formalidades, Phileas Fogg volvió á bordo á proseguir su interrumpida partida de whist.

Pero Picaporte se estuvo, segun costumbre, callejeando en medio de aquella poblacion de somanlis, banianos, parsis, judíos, árabes, europeos, que componen los veinticinco mil habitantes de Aden. Admiró las fortificaciones que hacen de esa ciudad el Gibraltar del mar de las Indias, y unos magníficos aljibes en que trabajaban aun los ingenieros del rey Salomon.

—¡Qué curioso es eso, qué curioso!—decia Picaporte volviendo á bordo.—Me convenzo de que no es inútil viajar si se quiere ver cosas nuevas.

A las seis de la tarde, el *Mongolia* batia con las alas de su hélice las aguas de la rada de Aden y surcaba poco despues el mar de las Indias. Se concedian ciento sesenta y ocho horas para hacer la travesía entre Aden y Bombay. Por lo demás, el mar fue favorable. El viento era Noroeste y las velas pudieron ayudar al vapor.

El buque, mejor sostenido, cabeceó menos, y las pasajeras volvieron á aparecer sobre el puente recién compuestas, comenzando de nuevo los cantos y los bailes.

El viaje se hizo con las mejores condiciones, y Picaporte estaba muy gozoso de la amable compañía que la suerte le habia deparado con la persona del señor Fix.

El domingo 20 de octubre, á medio dia, se avistó la costa indiana. Dos horas mas tarde, el piloto montaba á bordo del *Mongolia*. En el horizonte, un fondo

(1) Cámara baja, especie de café-cantina.

de colinas se perfilaba armoniosamente sobre la bóveda celeste, y muy luego se destacaron vivamente las filas de palmeras que adornan la ciudad. El vapor penetró en la rada formada por las islas Salcette, Colaba, Elefanta, Butcher, y á las cuatro y media atracaba á los muelles de Bombay.

Phileas Fogg terminaba entonces la trigésima tercera partida del día, y su compañero y él, gracias á un manejo audaz, terminaron aquella bella travesía haciendo las trece bazas.

El *Mongolia* no debía llegar á Bombay hasta el 22 de octubre y arribaba el 20. Era, por consiguiente, una ventaja de dos días desde la salida de Londres. La cual fue inscrita metódicamente en la columna de beneficios del itinerario de Phileas Fogg.

## X.

DONDE PICAPORTE TIENE LA FORTUNA DE SALIR BIEN,  
PERDIENDO SU CALZADO.

Nadie ignora que la India,—ese gran triángulo inverso cuya base está al Norte y la punta al Sur,—comprende una superficie de un millón cuatrocientas mil millas cuadradas, sobre la cual se halla desigualmente esparcida una población de ciento ochenta millones de habitantes. El gobierno británico ejerce un dominio real sobre cierta parte de este inmenso país. Tiene un gobernador general en Calcutta, gobernadores en Madras, en Bombay, en el Bengala, y un teniente gobernador en Agra.

Pero la India inglesa, propiamente dicha, solo cuenta una superficie de setecientas mil millas cuadradas y una población de ciento á ciento diez millones de habitantes. Mucho decir es que una notable parte del territorio se haya librado hasta hoy de la autoridad de la reina; y en efecto, entre algunos rajahs del interior, fieros y terribles, la independencia india es todavía absoluta.

Desde 1756,—época en que se fundó el primer establecimiento inglés en el sitio ocupado hoy por la ciudad de Madras, hasta el año en que estalló la gran insurrección de los cipayos, la célebre Compañía de las Indias fue omnipotente. Iba agregando á sus dominios poco á poco las diversas provincias adictas á los rajahs por medio de rentas que no pagaba ó pagaba mal; nombraba un gobernador general y todos los empleados civiles y militares; pero ahora ya no existe, y las posesiones inglesas de la India dependen directamente de la Corona.

Por eso el aspecto, las costumbres, las divisiones etnográficas de la península tienden á modificarse diariamente. Antes se viajaba por todos los antiguos medios de trasporte, á pie, á caballo, en carro, en carretilla, en litera, á cuestras de otro, en coach, etc. Ahora unos barcos de vapor recorren á gran velocidad el Indus y el Ganges, y un ferro-carril, que atraviesa la India en toda su anchura ramificándose en su trayecto, pone Bombay á tres días tan solo de Calcutta.

El trazado de este ferro-carril no sigue la línea recta al través de la India. La distancia á vuelo de pájaro no es mas que de mil á mil cien millas, y los trenes, aun con la velocidad media, no emplearían tres días en el trayecto; pero esta distancia está aumentada en una tercera parte al menos por la curva que describe el camino elevándose hasta Allahabad al Norte de la península.

Hé aquí, en suma, el trazado del *Great Indian peninsular railway*. Partiendo de Bombay, atraviesa Salcette, salta al continente en frente de Tannah, cruza la sierra de los Ghatos Occidentales, corre al Nordeste hasta Burhampur, surca el territorio casi independiente de Buldekkund, se eleva hasta Allahabad, se inclina al Este, encuentra al Ganges en Be-

nares, se desvía ligeramente, y volviendo al Sureste por Burdivan y la ciudad francesa de Chandernagor, va á formar cabeza de línea en Calcutta.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando los pasajeros del *Mongolia* habian desembarcado en Bombay, y el tren de Calcutta salía á las ocho en punto.

Mister Fogg se despidió de sus compañeros, salió del vapor, dió á su criado el órden de hacer algunas compras, le recomendó espresamente que estuviera antes de las ocho en la estacion, y con su paso regular, que batía segundos como el péndulo de un reloj astronómico, se dirigió á la oficina de pasaportes.

Por consiguiente, nada pensaba ver de las maravillas de Bombay, ni la casa municipal, ni la magnífica biblioteca, ni los fuertes, ni los docks, ni el mercado de algodones, ni los bazares, ni las mequitas, ni las sinagogas, ni las iglesias armenias, ni la espléndida pagoda de Malebar-Hill, adornada con dos torres poligonales. No contemplaria ni las obras maestras de Elefanta, ni sus misteriosas hipogeos, ocultas al Sureste de la rada, ni las grutas kankurias de la isla de Salcette, esos admirables vestigios de la arquitectura budista.

¡No, nada! Al salir de la oficina de pasaportes, Phileas Fogg se fué sosegadamente á la estacion, y allí se hizo servir la comida. Entre otros manjares, el fondista creyó deberle recomendar cierto guisado de conejo del país, que le ponderó mucho.

Phileas Fogg aceptó el guisado y le probó conienzudamente, pero á pesar de la salsa lo halló detestable.

Llamó al fondista.

—Señor,—le dijo mirándole cara á cara,—¿es eso conejo?

—Sí, milord,—respondió descaradamente el perillan,—conejo de esta tierra.

—¿Y no ha mayado cuando le han muerto?

—¡Mayado! ¡Oh, milord! ¡Un conejo! Os juro...

—Señor fondista,—replicó con frialdad mister Fogg,—no jureis, y acordaos de esto: antiguamente en la India los gatos eran animales sagrados. Era el buen tiempo.

—¿Para los gatos, milord?

—Y tal vez tambien para los viajeros.

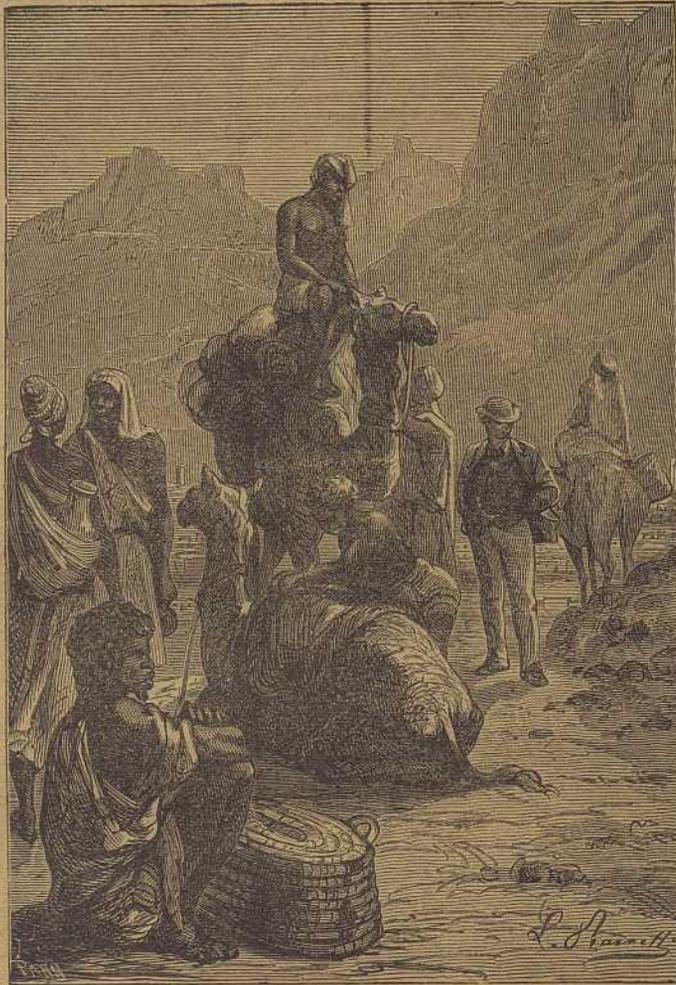
Despues de esta observacion, mister Fogg siguió comiendo con calma.

Algunos instantes despues de mister Fogg, el agente Fix habia desembarcado tambien del *Mongolia* y se habia ido corriendo á ver al director de la policía de Bombay. Le dió á conocer la mision de que estaba encargado y su situacion respecto del presunto autor del robo. ¿Se habia recibido de Londres una órden de prision?... No se habia recibido nada. Y en efecto, la órden no podia haber llegado todavía.

Fix quedó desconcertado. Quiso conseguir del director la órden, pero le fue negada. Era asunto que competia á la administracion metropolitana, siendo ella quien solo podia dar legalmente un mandato de prision. Esta severidad de principios, esta observancia rigurosa de ley se explica perfectamente por las costumbres inglesas, que en materia de libertad individual no admiten ninguna arbitrariedad.

Fix no insistió, y comprendió que debía resignarse á aguardar la órden; pero resolvió no perder de vista á su impenetrable bribon durante todo el tiempo que estuviera en Bombay. No tenia duda que allí permanecería algun tiempo Phileas Fogg, convencion de que participaba Picaporte, lo cual daría lugar á la llegada del mandato.

Pero desde las últimas órdenes que le habia dado su amo, Picaporte habia comprendido que sucederia en Bombay lo que en Suez y París, y que el viaje no terminaria allí y se proseguiría por lo menos hasta Calcutta y quizás mas lejos. Y empezó á pensar si l



Picaporte estuvo callejeando en medio de aquella poblacion de somanhs.....

apuesta seria cosa formal, y si la fatalidad no le llevaba á él, que queria vivir descansado, á dar la vuelta al mundo en ochenta dias.

Entre tanto, y despues de haber comprado algunas camisas y calcetines, se paseaba por las calles de Bombay. Habia gran concurrencia, y en medio de europeos de todas procedencias se veian persas con gorro puntiagudo, bunhyas con turbantes redondos, sindos con bonetes cuadrados, armenios con trage largo y parsis con mitra negra. Era precisamente una fiesta que celebraban los parsis ó gnebro, descendientes directos de los sectarios de Zoroastres, que son los mas industriosos, los mas civilizados, los mas inteligentes, los mas austeros de los indios, raza á que pertenecen hoy los comerciantes indigenas mas ricos de Bombay. Aquel dia celebraban una especie de carnaval religioso, con procesiones y festejos, en los cuales figuraban bayaderas vestidas de gasas recamadas de oro y plata, y que al son de gaitas y tam-tams danzaban maravillosamente, y por otra parte con perfecta decencia.

Supérfluo es insistir aquí en que Picaporte con-

templaba tan curiosas ceremonias, siendo todo ojos y oidos para ver y escuchar, y dando á su fisonomia la facha de *booby* (1) mas perfecto que imaginarse puede.

Desgraciadamente para el y para su amo, cuyo viaje por-poco comprometió, su curiosidad le llevó mas lejos de lo que convenia.

Despues de haber visto ese carnaval parsi, Picaporte se dirigia á la estacion, cuando al pasar por delante de la admirable pagoda de Malebar-Hill tuvo la desventurada idea de visitarla por dentro.

Ignoraba dos cosas; primero, que la entrada de ciertas pagodas indianas está formalmente prohibida á los cristianos, y segundo, que aun los mismos creyentes no pueden entrar sino dejando el calzado á la puerta. Hay que notar aquí, que por razones de sana política, el gobierno inglés, respetando y haciendo respetar hasta en sus mas insignificantes pormenores la religion del país, castiga con severidad á quien quiere que infrinja sus prácticas.

(1) Babiaca, papanatas.



Picaporte derribó de un puñetazo á dos de sus adversarios.

Picaporte entró dentro sin pensar en lo que hacía, como un simple viajero, y admiraba ese deslumbrador oropel de la ornamentación bramánica, cuando de repente fue derribado sobre las sagradas losas del pavimento. Tres sacerdotes con la mirada furiosa se arrojaron sobre él, arrancaron sus zapatos y calcetines y comenzaron á molerle á golpes, prorumpiendo en salvaje gritería.

El francés, vigoroso y ágil, se levantó con viveza. De un puñetazo y de un puntapié derribó á dos adversarios muy entorpecidos por su traje talar, y lanzándose fuera de la pagoda con toda la velocidad de sus piernas, dejó muy presto atrás al tercer indio, que había salido en su seguimiento amotinando á la multitud.

A las ocho menos cinco, algunos minutos antes marchar el tren, sin sombrero, descalzo y habiendo perdido su paquete de compras, Picaporte agaba al ferro-carril.

Allí en el andén estaba Fix, que había seguido á Fogg hasta la estación, comprendiendo que este tunante se iba de Bombay. Tomó la inmediata resolución de acompañarle hasta Calcutta, y mas lejos si preciso fuese. Picaporte no vió á Fix que estaba en

la sombra, pero Fix oyó la relación de las aventuras que Picaporte estaba brevemente haciendo á su amo.

—Espero que no os volverá á suceder, respondió simplemente Phileas Fogg tomando asiento en uno de los vagones del tren.

El pobre mozo, desconcertado y descalzo siguió á su amo sin hablar palabra.

Fix iba á subir en otro vagon, cuando le detuvo una idea que modificó súbitamente su proyecto de partida.

—No; me quedo,—dijo.—Un delito cometido en territorio indio... Ya tengo asegurado á mi hombre.

En aquel momento la locomotiva dió un vigoroso silbido, y el tren desapareció en la oscuridad.

## XI.

DONDE PHILEAS FOGG COMPRO UNA CABALGADURA POR UN PRECIO FABULOSO.

El tren había salido á la hora reglamentaria. Llevaba cierto número de viajeros, algunos oficiales, funcionarios civiles y comerciantes de opio y de añil á quienes llamaba su tráfico á la parte oriental de la península.

Picaporte ocupaba el mismo compartimiento que su amo. Un tercer viajero estaba en el rincón opuesto.

Era el brigadier general sir Francis Cromarty, uno de los compañeros de juego de mister Fogg durante la travesía de Suez á Bombay, que iba á reunirse con sus tropas acantonadas cerca de Benares.

Sir Francis Cromarty, alto, rubio, de cincuenta años de edad, que se había distinguido mucho en la guerra de los cipayos, hubiera verdaderamente merecido la calificación de indígena. Desde su j6ven edad habitaba la India y no había ido sino muy raras veces á su país natal. Era hombre instruido, que de buena gana hubiera dado informes sobre los usos, historia y organizacion del país indio si Phileas Fogg hubiese sido hombre capaz de pedirlos. Pero este caballero no pedía nada. No viajaba, sino que estaba describiendo una circunferencia. Era un cuerpo grave recorriendo una 6rbita alrededor del globo terrestre segun las leyes de la mecánica racional. En aquel momento rectificaba para sus adentros el cálculo de las horas empleadas desde su salida de Londres, y se hubiera dado un restregon de manos á no ser enemigo de movimientos inútiles.

No había dejado sir Francis Cromarty de reconocer la originalidad de su compañero de viaje, bien que no le hubiera estudiado sino con los naipes en la mano. Tenía, pues, fundamento para indagar si el corazón humano que latía bajo aquélla corteza, si Phileas Fogg poseía una alma sensible á las bellezas de la naturaleza y á las aspiraciones morales. Era esto para él cuestion á ventilár. De todos los seres originales que el brigadier general había encontrado, ninguno era comparable con ese producto de las ciencias exactas.

Phileas Fogg no había ocultado á sir Francis Cromarty su proyecto de viaje alrededor del mundo ni las condiciones con que lo verificaba. El brigadier general no vió en esta apuesta mas que una excentricidad sin objeto útil, y á la cual faltaba necesariamente el *transire benefaciendo* que debe guiar á todo hombre razonable. En el modo de proceder del extravagante gentleman, lo pasaria evidentemente sin hacer nada ni por sí mismo ni por sus semejantes.

Una hora despues de haber salido de Bombay, el tren, salvando los viaductos, había atravesado la isla Salcette y corria sobre el continente. En la estacion de Callyan dejó á la derecha el ramal que por Kandallah y Punah descendiendo al Suroeste de la India, y llegó á la estacion de Pauwell. Aquí entró en las montañas muy ramificadas de los Ghato Occidentales, sierra con base de trapp y basalto, cuyas altas cumbres están cubiertas de espeso monte.

De vez en cuando, sir Francis Cromarty y Phileas Fogg cruzaban algunas palabras, y en este momento el brigadier general, procurando animar una conversacion que con frecuencia languidecia, dijo:

—Hace algunos años, mister Fogg, que hubiérais tenido aquí un atraso que probablemente hubiera comprometido vuestro itinerario.

—¿Por qué, sir Francis?

—Porque el ferro-carril terminaba al pie de estas montañas, que era necesario atravesar en palanquin ó á caballo hasta la estacion de Kandallah, situada á la vertiente opuesta.

—Esa tardanza no hubiera de modo alguno descompuesto el plan de mi programa,—respondió mister Fogg.—No he dejado de prever la eventualidad de ciertos obstáculos.

—Sin embargo, mister Fogg,—repuso el brigadier general,—habeis estado á punto de cargar con muy mal negocio por la aventura de ese mozo.

Picaporte, con los pies envueltos en la manta de viaje, dormía profundamente sin soñar que se habla-

—El gobierno inglés es muy severo, y con razon, por ese género de delitos,—repuso sir Francis Cromarty.—Atiende mas que todo á que se respeten los usos religiosos de los indios, y si hubiesen cogido á vuestro criado....

—Y bien, cogiéndole, sir Francis,—respondió mister Fogg,—le habrian condenado, y despues de sufrir su pena hubiera vuelto tranquilamente á Europa. ¿No veo por qué ese asunto tendria que perjudicar á su amo!

Y con esto la conversacion se enfrió de nuevo. Durante la noche, el tren atravesó los Ghato, pasó por Nassik, y al dia siguiente, 21 de octubre, corria por un territorio casi llano formado por la comarca del Khandeish. La campiña, bien cultivada, estaba llena de villorrios, sobre los cuales el minarete de la pagoda reemplazaba al campanario de la iglesia europea. Esta region fértil estaba regada por numerosos arroyuelos, afluentes la mayor parte ó subafluentes del Godavery.

Picaporte, despierto ya, miraba y no podía creer que atravesaba el país de los indios en un tren del *Great-peninsular rail-way*. Esto le parecia inverosímil, y sin embargo nada mas positivo. La locomotiva, dirigida por el brazo de un maquinista inglés y caldeada con hulla inglesa, despedía el humo sobre las plantaciones de algod6n, café, moscada, clavillo y pimienta. El vapor se contorneaba en espirales alrededor de los grupos de palmeras, entre las cuales aparecian pintorescos burgalows y algunos viharis, especie de monasterios abandonados, y templos maravillosos enriquecidos por la inagotable ornamentacion de la arquitectura indiana. Despues habia inmensas extensiones de tierra que se dibujaban hasta perderse de vista, juncales donde no faltaban ni las serpientes ni los tigres espantados por los relinchos del tren; y por último, selvas perdidas por el trazado del camino, frecuentadas todavía por elefantes que miraban con ojo pensativo pasar el disparado conroy.

Durante aquella mañana, mas allá de la estacion de Malligaum, los viajeros atravesaron este territorio funesto tantas veces ensangrentado por los sectarios de la diosa Kali. No lejos se elevaba Elora con sus pagodas admirables, no lejos la célebre Aurungabad, la capital del indómito Aureng-Yeb, ahora simple capital de una de las provincias segregadas del reino de Nizam. En esta region era donde Feringhea, el jefe de los thugs, el rey de los estranguladores, ejercia su dominio. Estos asesinos, unidos por un lazo impalpable, estrangulaban, en honor de la diosa de la Muerte, víctimas de toda edad, sin derramar sangre nunca, y hubo un tiempo en que no se podia recorrer paraje alguno de aquel terreno sin hallar algun cadáver. El gobierno inglés ha podido impedir en gran porcion esos asesinatos; pero la espantosa asociacion sigue existiendo y funciona todavía.

A las doce y media, el tren se detuvo en la estacion de Burhampur, y Picaporte pudo procurarse á precio de oro un par de babuchas, adornadas con abalorios, que se puso con un sentimiento de evidente vanidad.

Los viajeros almorzaron con rapidez y salieron para la estacion de Assurghur, despues de haber costeadó el rio Taptý, que desagua en el golfo de Cambaya, cerca de Surate.

Es oportuno dar á conocer los pensamientos que ocupaban entonces el ánimo de Picaporte. Hasta su llegada á Bombay, había creído y podido creer que las cosas no pasarían de aquí. Pero ahora, desde que corria á todo vapor al través de la India, se había verificado un cambio en su ánimo. Sus inclinaciones naturales reaparecian con celeridad. Volvia á sus caprichosas ideas de la juventud, tomaba por lo serio los proyectos de su amo, creia en la realidad de la

apuesta, y por consiguiente en la vuelta al mundo y en el máximo de tiempo que no debía excederle. Se inquietaba ya por las tardanzas posibles y por los accidentes que podían sobrevenir en el camino. Se sentía como interesado en esta apuesta, y temblaba á la idea que tenía de haberla podido comprometer la víspera con su imperdonable estupidez. Por eso, siendo mucho menos fleumático que mister Fogg, estaba mucho más inquieto. Contaba y volvía á contar los días transcurridos, maldecía las paradas del tren, lo acusaba de lentitud y vituperaba *in pectore* á mister Fogg por no haber prometido una prima al maquinista. No sabía el buen muchacho que lo que era posible en un vapor no tenía aplicación en un ferrocarril, cuya velocidad era reglamentaria.

Por la tarde se cruzaron los desfiladeros de las montañas de Saptur, que separan el territorio de Khandeish del de Bundelkund.

Al siguiente día, 22 de octubre, respondiendo á una pregunta de sir Francis Cromarty, Picaporte, después de consultar su reloj, dijo que eran las tres de la mañana. Y en efecto, ese famoso reloj, siempre arreglado por el meridiano de Greenwich, que estaba á cerca de setenta grados al Oeste, debía atrasar, y atrasaba en efecto cuatro horas.

Sir Francis rectificó por consiguiente la hora dada por Picaporte, á quien hizo la misma observación que ya le tenía hecha Fix. Trató de hacerle comprender que debía arreglar su reloj por cada nuevo meridiano, y que caminando constantemente hacia el Este, es decir, al encuentro del sol, los días eran más cortos tantas veces cuatro minutos como grados se recorrian. Todo fue inútil. Hubiese ó no comprendido la observación del brigadier general, el obstinado Picaporte no quiso adelantar su reloj, conservando invariablemente la hora de Londres. Manía inocente, por otra parte, y que no hacía daño á nadie.

A las ocho de la mañana, y á quince millas antes de la estación de Rothal, el tren se detuvo en medio de un estenso claro del bosque, rodeado de *bungalows* y de cabinas de obreros. El conductor del tren pasó delante de la línea de los wagones diciendo:

—Los viajeros se apean aquí.

Phileas Fogg miró á sir Francis Cromarty, que pareció no comprender nada de esta detención en medio de un bosque de tamarindos y de khajoures.

Picaporte, no menos sorprendido, se lanzó á la vía y volvió casi al punto, exclamando:

—¿Señor, ya no hay ferrocarril!

—¿Qué quereis decir?—preguntó sir Francis Cromarty.

—Quiero decir que el tren no sigue.

El brigadier general descendió al instante del wagon. Phileas Fogg le siguió sin darse prisa. Ambos se dirigieron al conductor.

—¿Dónde estamos?—preguntó sir Francis Cromarty.

—En la aldea de Kholby,—respondió el conductor.

—¿Nos paramos aquí?

—Sin duda. El ferrocarril no está concluido...

—¿Cómo! ¿No está concluido?

—No. Falta un trozo de cincuenta millas entre este punto y Allahabad, donde se vuelve á tomar la vía.

—¿Sin embargo, los periódicos han anunciado la apertura completa del *rail-way*!

—¿Qué quereis! Los periódicos se han equivocado.

—¿Y dais billetes desde Bombay á Calcutta!—replicó sir Francis Cromarty que empezaba á acalorarse.

—Sin duda,—replicó el conductor;—pero los viajeros saben muy bien que deben hacerse trasladar de Kholby á Allahabad.

Sir Francis Cromarty estaba furioso. Picaporte

hubiera de buena gana acogotado al conductor que ya no podía más. No se atrevía á mirar á su amo.

—Sir Francis,—dijo sencillamente mister Fogg,—vamos á discurrir, si lo quereis, el medio de llegar á Allahabad.

—Mister Fogg, se trata aquí de una tardanza absolutamente perjudicial á vuestros intereses.

—No, sir Francis, ya estaba prevista.

—¿Cómo! ¿Sabiais que la vía?...

—De ningún modo; pero sabía que un obstáculo cualquiera surgiría tarde ó temprano en el camino. Ahora bien, no hay nada como netido. Tengo dos días de adelanto que sacrificar. Hay un vapor que sale de Calcutta para Hong Kong el 25 al medio día. Estamos á 22 y llegaremos á tiempo á Calcuta.

No había nada que decir ante una respuesta dada con tan completa seguridad.

Demasiado era cierto que los trabajos del ferrocarril terminaban allí. Los periódicos son como algunos relojes que tienen la manía de adelantar, y habían anunciado prematuramente la conclusión de la línea. La mayor parte de los viajeros conocían esa interrupción de la vía, y al apearse del tren se habían apoderado de los vehículos de todo género que había en el villorrio, *palkigharis* de cuatro ruedas, carretas arrastradas por unos zebus, especie de bueyes de jiba, carros de viaje semejantes á pagodas ambulantes, palanquines, caballos, etc. Así es que mister Fogg y sir Francis, después de haber registrado toda la aldea, se volvieron sin haber encontrado nada.

—Iré á pie,—dijo Phileas Fogg.

Picaporte, que entonces se reunía con su amo, hizo un ademán significativo al considerar sus magníficas babuchas. Por fortuna había ido también de descubierta por su parte, y titubeando un poco, dijo:

—Señor, me parece que he hallado un medio de transporte.

—¿Cuál?

—¡Un elefante! ¡Un elefante que pertenece á un indio que vive á cien pasos de aquí.

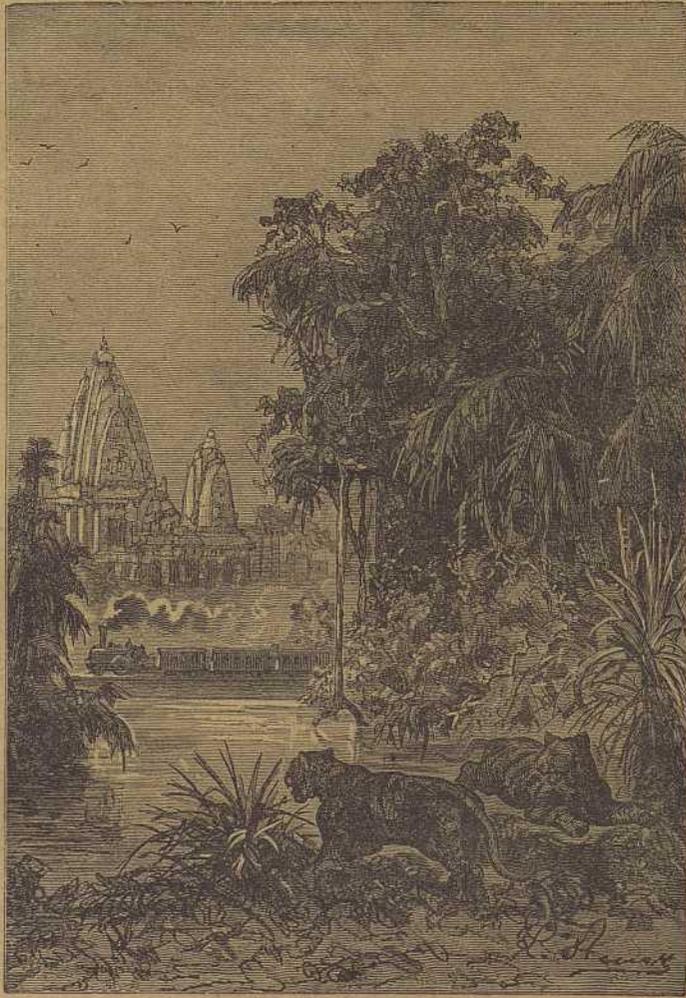
—Vamos á ver el elefante,—respondió mister Fogg.

Cinco minutos después, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Picaporte llegaban cerca de una choza adherida á una cerca formada por altas empalizadas. En la choza había un indio, y en la cerca un elefante. El indio introdujo á mister Fogg y á sus dos compañeros en la cerca.

Allí se encontraron en presencia de un animal medio domesticado, que su propietario domaba, no para hacerlo animal de carga, sino de combate. Con este fin había comenzado por modificar el carácter naturalmente apacible del elefante, procurando conducirle gradualmente á ese paroxismo de furor llamado *mutsh* en lengua india, y esto manteniéndolo durante tres meses con azúcar y manteca. Este tratamiento puede parecer poco á propósito para obtener semejante resultado, pero no deja de ser empleado con éxito por los criadores. Afortunadamente para Fogg, el elefante en cuestión llevaba poco tiempo de ese régimen, y el *mutsh* no se había declarado todavía.

Kiouni,—así se llama a el animal,—podía, como todos sus congéneres, hacer durante mucho tiempo una marcha rápida, y á falta de otra cabalgadura, Phileas Fogg resolvió utilizarlo.

Pero los elefantes son caros en la India, donde comienzan á escasear. Los machos que convienen para las luchas de los circos, son muy solicitados. Estos animales no se reproducen sino raras veces cuando están domesticados, de tal suerte, que solamente pueden obtenerlos cazándolos. Por eso están muy cuidados; y cuando mister Fogg preguntó al indio si quería alquilarle su elefante, el indio se negó á ello resueltamente.



El ferro-carril se contorneaba en espirales alrededor de un grupo de palmeras.

Fogg insistió y ofreció un precio excesivo por el animal, diez libras (250 pesetas) por hora. Denegación. ¿Veinte libras? Denegación también. ¿Cuarenta libras? Siempre la misma denegación. Picaporte brincaba á cada puja. Pero el indio no se dejaba tentar.

Era buena suma, sin embargo. Suponiendo que el elefante echase quince horas hasta Allahabad, eran seiscientas libras (15,000 pesetas) lo que producía para su dueño.

Phileas Fogg, sin acalorarse, propuso entonces la compra del animal y le ofreció mil libras (25,000 pesetas).

El indio no quería vender. Tal vez el perillan olfateaba un buen negocio.

Sir Francis Cromarty llevó á mister Fogg aparte y le recomendó que reflexionase antes de escudarse. Phileas Fogg respondió á su compañero que no tenía costumbre de obrar sin reflexión, que se trataba, en fin, de cuenta, de una apuesta de veinte mil libras, que ese elefante le era necesario, y que aun pagándolo veinte veces más de lo que valía lo poseería.

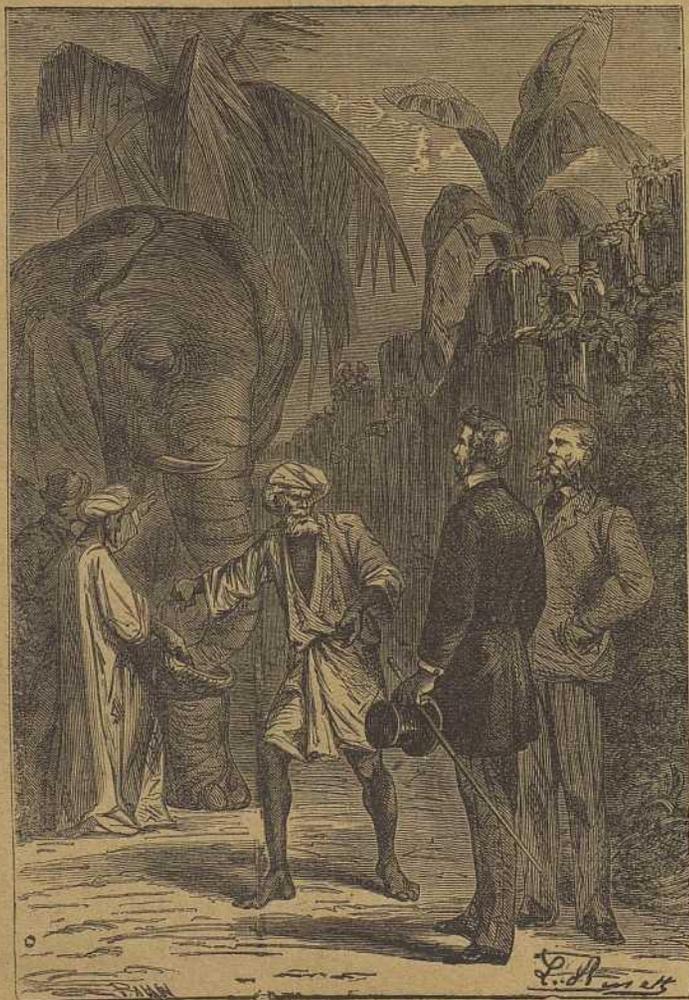
Mister Fogg se acercó de nuevo al indio, cuyos ojuelos encendidos por la codicia dejaban ver que no se trataba para él sino de una cuestión de precio. Phileas Fogg ofreció sucesivamente mil doscientas libras, después mil quinientas, en seguida mil ochocientas, y por último dos mil (50,000 pesetas). Picaporte, tan coloradote de ordinario, estaba pálido de emoción.

A las dos mil libras el indio se entregó.

— ¡Por mis habuchas, — exclamó Picaporte, — á buen precio hay quien pone la carne de elefante!

Arreglado el negocio, ya no faltaba más que guía, lo cual fue más fácil. Un joven parsi, de rostro inteligente, ofreció sus servicios. Mister Fogg aceptó y le prometió una gruesa remuneración, lo cual no podía menos de contribuir á redoblar su inteligencia. Sacaron y equiparon al elefante sin tardanza. El parsi conocía perfectamente el oficio de *mahul* ó *cornac*. Cubrió con una especie de hopalanda los lomos del elefante, y dispuso por cada lado dos especies de cuévanos bastante poco confortables.

Phileas Fogg pagó al indio en billetes de Banco,



A las dos mil libras el indio se entregó.

que estrajo del famoso saco. Parecía ciertamente que se sacaban de las entrañas de Picaporte. Después, mister Fogg ofreció á sir Francis Cromarty trasladarlo á la estación de Allahabad. El brigadier general aceptó. Un viajero mas no podia fatigar al gigantesco elefante.

Se compraron viveres en Kholby. Sir Francis Cromarty tomó asiento en uno de los cuévanos, y Phileas en otro. Picaporte montó á horcajadas sobre la hopalanda entre su amo y el brigadier general. El parsi se colocó sobre el cuello del elefante, y á las nueve salían del villorrio y penetraban por el camino mas corto en la frondosa selva de esas palmeras asiáticas llamadas lataneros.

## II.

**DONDE PHILEAS FOGG Y SUS COMPAÑEROS SE AVENTURAN POR LAS SELVAS DE LA INDIA, Y LO QUE DE ESTO SE SIGUE.**

A fin de abreviar la distancia, el guia dejó á la derecha el trazado de la via cuyos trabajos se esta-

ban ejecutando. El ferro-carril, á causa de los obstáculos que ofrecian las caprichosas ramificaciones de los montes Vindhias, no seguía el camino mas corto, que era el que importaba tomar. El parsi, muy familiarizado con las veredas de su país, pretendía ganar unas veinte millas atajando por la selva, y descansaron en esto.

Phileas Fogg y Francis Cromarty, metidos hasta el cuello en sus cuévanos, iban muy traqueteados por el rudo trote del elefante, á quien imprimía su conductor una marcha rápida. Pero soportaban la situación con la flemma mas británica, hablando por otra parte poco y viéndose apenas el uno al otro.

En cuanto á Picaporte, apostado sobre el lomo del animal y directamente sometido á los vaivenes, cuidaba muy bien, segun se lo habia recomendado su amo, de no tener la lengua entre los dientes, porque se le podria cortar rasa. El buen muchacho, ora despedido hácia el cuello del elefante, ora hácia las ancas, daba volteretas como un clown sobre el trampolín; pero en medio de sus saltos de carpa se reía y bromeaba, sacando de vez en cuando un terron

de azúcar, que el inteligente Kiouni tomaba con la trompa, sin inerrumpir un solo instante su trote regular.

Después de dos horas de marcha, el guía detuvo al elefante y le dió una hora de descanso. El animal devoró ramas y arbustos después de haber bebido en una charca inmediata. Sir Francis Cromarty no se quejó de esta parada, pues estaba molido. Mister Fogg parecía estar tan listo como si acabara de salir de su cama.

—¡Pero es de hierro!—dijo el brigadier general mirándole con admiración.

—De hierro forjado,—respondió Picaporte, que se ocupó en preparar un almuerzo breve.

A las doce dió el guía señal de marcha. El país tomó muy luego un aspecto muy agreste. A las grandes selvas sucedieron los bosques de tamarindos y de palmeras enanas, y luego estensas llanuras áridas, erizadas de árboles raquíuticos y sembradas de grandes pedriscos de sienita. Toda esta parte del alto Bundelbund, poco frecuentada por los viajeros, está habitada por una población fanática, endurecida en las prácticas más terribles de la religión india. La dominación de los ingleses no ha podido establecerse regularmente sobre un territorio sometido á la influencia de los rajahs, á quienes hubiera sido difícil alcanzar en sus inaccesibles retiros de los Vindhias.

Varias veces se vieron bandadas de indios feroces que hacían un ademán de cólera al observar el rápido paso del elefante. Por otra parte, el parsi los evitaba en lo posible, considerándolos como gente de mal encuentro. Se vieron pocos animales durante esta jornada, y apenas algunos monos que huían haciendo mil contorsiones y muecas que divertían mucho á Picaporte.

Entre otras ideas había una que inquietaba mucho á ese pobre muchacho. ¿Qué haría mister Fogg del elefante cuando hubiese llegado á la estación de Allahabad? ¿Se lo llevaría? ¿Imposible! El precio de transporte añadido al de compra, sería una ruina. ¿Lo vendería, ó lo daría libertad? Ese apreciable animal bien merecía que se le tuviese consideración. Si por casualidad mister Fogg se lo regalase, muy apurado se vería él, Picaporte, y esto no dejaba de preocuparle.

A las ocho de la noche ya quedaba traspuesta la principal cadena de los Vindhias, y los viajeros hicieron alto al pie de la falda septentrional en un bungalow ruinoso.

La distancia recorrida durante la jornada era de veinticinco millas, y restaba otro tanto camino para llegar á la estación de Allahabad.

La noche estaba fría. El parsi encendió dentro del bungalow una hoguera de ramas secas cuyo calor fue muy apreciado. La cena se compuso con las provisiones compradas en Kholby. Los viajeros comieron cual gente rendida y cansada. La conversación que empezó con algunas frases entrecortadas se terminó con sonoros ronquidos. El guía estuvo vigilante junto á Kiouni, que se durmió de pie, apoyado en el tronco de un árbol grande.

Ningun incidente ocurrió aquella noche. Algunos rugidos de lobos-tigres y de panteras perturbaron alguna vez el silencio, mezclados con los agudos chillidos de los monos. Pero los carnívoros se contentaron con gritar y no hicieron ninguna demostración hostil contra los huéspedes del bungalow.

Sir Francis Cromarty dormía pesadamente como un bravo militar curtido en las fatigas. Picaporte, durante un sueño agitado, repitió las volteretas de la víspera. En cuanto á mister Fogg, descansó tan apaciblemente como si se hubiera hallado en su tranquila casa de Saville row.

A las seis de la mañana se emprendió la marcha.

El guía esperaba llegar á la estación de Allahabad aquella misma tarde. De este modo, mister Fogg no perdería más que una parte de las cuarenta y ocho horas economizadas desde el principio del viaje.

Se bajaron las últimas cuevas de los Vindhias. Kiouni seguía su marcha rápida, y hacía medio día el guía dió vuelta al villorrio de Kallen-er, situado sobre el Cani, uno de los subafluentes del Ganges. Evitaba siempre los parajes habitados, creyéndose más seguro en el campo desierto donde se encuentran las primeras depresiones de la cuenca del gran río. La estación de Allahabad no estaba á doce millas al Nordeste. Se hizo alto bajo un bosquecillo de bananos, cuya fruta, tan sana como el pan y tan succulenta como la crema, dicen los viajeros, fue muy apreciada.

A las dos, el guía entró bajo la cubierta de una selva espesa, que debía atravesar por un espacio de muchas millas. Prefería bajar así á cubierto de los bosques. En todo caso, no había tenido hasta entonces ningun encuentro sensible, y el viaje debía cumplirse al parecer sin accidentes, cuando el elefante, dando algunas señales de inquietud, se paró de repente. Eran entonces las cuatro.

—¿Qué hay?—preguntó sir Francis Cromarty, quien sacó la cabeza fuera de su cuévano.

—No lo sé, respondió el parsi prestando oído á un murmullo confuso que pasaba por la espesa enramada.

Algunos instantes después el murmullo fue más perceptible. Parecía un concierto, distante aun, de voces humanas y de instrumentos de cobre.

Picaporte se volvía todo ojos y orejas. Mister Fogg aguardaba pacientemente sin pronunciar una sola palabra.

El parsi saltó á tierra, ató el elefante á un árbol y penetró en lo más espeso del bosque. Algunos minutos después volvió diciendo:

—Una procesión de brahmanes que vienen hacia aquí. Si es posible procuremos no ser vistos.

El guía desató el elefante y lo condujo á una espesura, recomendando á los viajeros que no se apeasen, mientras él mismo estaba preparado para montar rápidamente en el caso de hacerse necesaria la fuga. Creyó que la comitiva de fieles pasaría sin verle, porque lo tupido de la enramada lo ocultaba completamente.

El ruido discordante de las voces é instrumentos se acercaba. Unos cantos monótonos se mezclaban con el toque de tambores y timbales. Pronto apareció bajo los árboles la cabeza de la procesión, á unos cincuenta pasos del puesto ocupado por mister Fogg y sus compañeros. Distinguían con facilidad al través de las ramas el curioso personal de aquella ceremonia religiosa.

En primera línea avanzaban unos sacerdotes cubiertos de mitras y vestidos con largo y abigarrado traje. Estaban rodeados de hombres, mujeres, niños, que cantaban una especie de salmodia fúnebre, interrumpida en intervalos iguales por golpes de tamtam y de timbales. Detrás de ellos, sobre un carro de ruedas anchas, cuyos rayos figuraban con las llantas un ensortijamiento de serpientes, apareció una estatua horrorosa, tirada por dos pares de zebus ricamente enjaezados. Esta estatua tenía cuatro brazos, el cuerpo teñido de rojo sombrío, los ojos extraviados, el pelo enredado, la lengua colgante y los labios teñidos con henne y betel (1). En su cuello se arrojaba un collar de cabezas de muerto, y sobre su cadera había una cintura de manos cortadas. Estaba de pie sobre un gigante derribado que carecía de cabeza.

(1) El henne es un polvo cosmético que se saca de una planta de Arabia secando y triturando sus hojas. El betel es una planta que se masca para fortificar las encías.

Sir Francis Cromarty reconoció aquella estatua.

—La diosa Kali,—dijo en voz baja;—la diosa del amor y de la muerte.

—De la muerte, consiento,—dijo Picaporte;—pero del amor, nunca. ¡Vaya una mujer fea!

El parsi le hizo seña para que callara.

Alrededor de la estatua se movía y agitaba en convulsiones un grupo de viejos fakires, listados con bandas de ocre, cubiertos de incisiones cruciales que goteaban sangre, energúmenos estúpidos que en las ceremonias indias se precipitan aun bajo las ruedas del carro de Jaggernaut.

Detrás de ellos, algunos brahmanes, en toda la suntuosidad de su traje oriental, arrastraban una mujer que apenas se sostenía.

Esta mujer era joven y blanca como una europea. Su cabeza, su cuello, sus hombros, sus orejas, sus brazos, sus manos, sus pulgares estaban sobrecargados de joyas, collares, brazaletes, pendientes y sortijas. Una túnica recamada de oro y recubierta de una muselina ligera dibujaba los contornos de su talle.

Detrás de esa joven,—contraste violento á la vista,—unos guardias, armados de sables desnudos que llevaban en el cinto y largas pistolas adamasquinadas, conducían un cadáver sobre un palanquin.

Era el cuerpo de un anciano cubierto de sus opulentas vestiduras de rajahs, llevando como en vida el turbante bordado de perlas, el vestido tejido de seda y oro, la cintura de casimir adiamantado y sus magníficas armas de príncipe indiano.

Después, unos músicos y una retaguardia de fanáticos, cuyos gritos cubrían á veces el estrépito atornador de los instrumentos, cerraban el cortejo.

Sir Francis miraba toda esta pompa con aire singularmente triste, y volviéndose hacia el guía le dijo:

—¿Un suttý!

El parsi hizo una seña afirmativa y puso un dedo en sus labios. La targa procesion se desplegó lentamente bajo los árboles, y bien pronto desaparecieron en la profundidad de la selva.

Poco á poco los cantos se amortiguaron. Hubo todavía algunas ráfagas de lejanos gritos, y por último, á todo este tumulto sucedió un profundo silencio.

Phileas Fogg había oído la palabra pronunciada por sir Francis Cromarty, y tan luego como la procesion desapareció, preguntó:

—¿Qué es un suttý?

—Un suttý, mister Fogg,—respondió el brigadier general,—es un sacrificio humano, pero voluntario. Esa mujer que acabais de ver será quemada mañana en las primeras horas del día.

—¿Ah, pillos!—esclamo Picaporte, que no pudo contener este grito de indignacion.

—¿Y el cadáver? preguntó el señor Fogg.

—Es el del príncipe su marido,—respondió el guía,—un rajah independiente de Bundelkund.

—¿Cómo?—replicó Phileas Fogg, sin que su voz revelase la menor emocion,—¿esas bárbaras costumbres subsisten todavía en la India, y los ingleses no han podido destruirlas?

—En la mayor parte de la India,—respondió sir Francis Cromarty,—esos sacrificios no se cumplen ya; pero no tenemos ninguna influencia sobre esas comarcas salvajes, y especialmente sobre ese territorio del Bundelkund. Toda la falda septentrional de los Vindhias es el teatro de muertes y saqueos incessantes.

—¿Desgraciada!—decía Picaporte,—¿quemada viva!

—Sí,—repuso el brigadier general,—quemada; y si no lo fuera, no podeis figuraros á qué miserable condicion se vería reducida por sus mismos deudos. La afeitarían la cabeza, la darían por alimento algunos puñados de arroz, la rechazarian, sería considerada como una criatura inmunda, y moriría en algun rin-

con como un perro sarnoso. Por eso la perspectiva de esta horrible existencia impele con frecuencia á esas desgraciadas al suplicio mucho mas que el amor ó el fanatismo religioso. Algunas veces, sin embargo, el sacrificio es realmente voluntario, y se necesita la intervencion enérgica del gobierno para impedirlo. Así es que, hace algunos años, yo residia en Bombay, cuando una joven viuda pidió al gobierno autorizacion para quemarse con el cuerpo del marido. Como podeis pensar, el gobierno la negó. Entonces la viuda fué á refugiarse al territorio de un rajah independiente, don le consumió su sacrificio.

Durante la relacion del brigadier general, el guía movía la cabeza, y cuando aquel concluyó de hablar, este último dijo:

—El sacrificio que ha de verificarse mañana al amanecer no es voluntario.

—¿Cómo lo sabeis?

—Es una historia que todo el mundo conoce en el Bundelkund,—respo dió el guía.

—Sin embargo, esa desventurada no parecia oponer resistencia,—observó sir Francis Cromarty.

—Es porque la han embriagado con zumo de cáñamo y de opio.

—¿Pero á dónde la llevan?

—A la pagoda de Pillaji, á dos millas de aquí. Allí pasará la noche aguardando la hora del sacrificio.

—¿Y este sacrificio se verificará?

—Mañana, con los primeros albores del día.

Después de esta respuesta, el guía hizo salir el elefante de la espesura y montó sobre su cuello. Pero en el momento en que iba á escitarle con un silbido particular, mister Fogg lo detuvo, y dirigiéndose á sir Francis Cromarty, le dijo:

—¿Y si salvásemos á esa mujer?

—¿Salvar á esa mujer, señor Fogg!—esclamó el brigadier general.

—Tengo todavía doce horas de adelanto y puedo dedicarlas á esto.

—¿Sois entonces hombre de corazon!—dijo sir Francis Cromarty.

—Algunas veces,—respondió sencillamente Phileas Fogg,—cuando me sobra tiempo.

### XIII.

EN EL CUAL PICAPORTE DEMUESTRA UNA VEZ MAS QUE LA FORTUNA AYUDA Á LOS AUDACES.

El intento era atrevido, lleno de dificultades, impracticable quizás. Mister Fogg iba á arriesgar su vida ó al menos su libertad, y por consiguiente el éxito de sus proyectos, pero no vaciló. Tenia además en sir Francis Cromarty un auxiliar decidido.

En cuanto á Picaporte, estaba preparado y se podía disponer de él. La idea de su amo le exaltaba. Le sentía con alma y corazon bajo aquella corteza de hielo, y le iba concibiendo cariño.

Quedaba el guía. ¿Qué partido tomaría en el asunto? ¿No estaría inclinado á favor de los indios?

A falta de concurso, era menester cuando menos asegurar la neutralidad.

Sir Francis Cromarty le planteó la cuestion con franqueza.

—Mi oficial,—respondió el guía,—soy parsi, y esa mujer es parsi; disponed de mí.

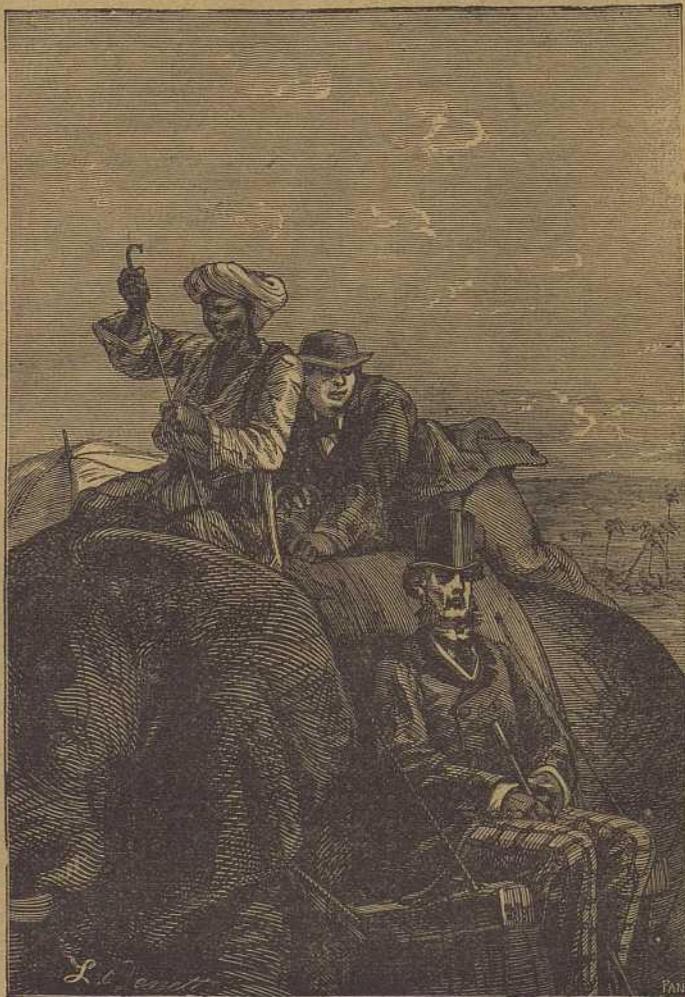
—Bien, guía,—respondió mister Fogg.

—Sin embargo, sabedlo bien,—repuso el parsi;—no tan solo arriesgamos nuestra vida, sino suplicios horribles si nos cogen. Miradlo, pues.

—Mirado está,—respondió mister Fogg.—Creo que debemos aguardar la noche para obrar.

—Así lo creo tambien,—respondió el guía.

Este valiente indio espuso entonces algunos por-



Picaporte daba volteretas como un clown sobre el trampolín.

menores sobre la víctima. Era una indiana de célebre belleza y de raza parsi, hija de ricos comerciantes de Bombay. Había recibido en esta ciudad una educación absolutamente inglesa, y por sus modales y su instrucción hubiera pasado por europea. Se llamaba Aouda.

Huérfana, fue casada á pesar suyo con ese viejo rajah de Bundelkund. Tres meses después enviudó, y sabiendo la suerte que le esperaba se escapó, fue cogida en su fuga, y los parientes del rajah, que tenían interés en su muerte, la condenaron á este suplicio, del cual es difícil que escape.

Esta relación tenía que arraigar en mister Fogg y sus compañeros su generosa resolución. Se decidió que el guía conduciría el elefante hacia la pagoda de Pillaji, á la cual debía acercarse todo lo posible.

Media hora después se hizo alto en un bosque á quinientos pasos de la pagoda, que no podía percibirse, pero los alaridos de los fanáticos se oían con toda claridad.

Los medios de llegar hasta la víctima fueron entonces discutidos. El guía conocía apenas esa pagoda

de Pillaji, en la cual afirmaba que la joven estaba encarcelada. ¿Podía penetrarse por una de las puertas cuando toda la banda estuviese sumida en el sueño de la embriaguez, ó sería necesario practicar un boquete en la pared? Esto no podía decidirse sino en el momento y en el lugar mismo; pero lo indudable era que el rapto debía verificarse aquella misma noche, y no cuando la víctima fuese conducida al suplicio, porque entonces ninguna intervención humana la salvaría.

Mister Fogg y sus compañeros aguardaron la noche, y tan luego como llegó la oscuridad, hacia las seis de la tarde, resolvieron verificar un reconocimiento alrededor de la pagoda. Los últimos gritos de los fakires se extinguían entonces. Según su costumbre, aquellos indios debían hallarse entregados á la pesada embriaguez del *hang*, opio líquido, mezclado con infusión de cáñamo, y tal vez sería posible deslizarse entre ellos hasta el templo.

El parsi, guiando á mister Fogg, á sir Francis Cromarty y á Picaporte, se adelantó sin hacer ruido á través del bosque. Después de arrastrarse durante



Esta mujer era joven y blanca como una europea.

diez minutos por las matas llegaron al borde de un riachuelo, y allí, á la luz de las antorchas de hierro impregnadas de resina, apercibieron un monton de leña apinada. Era la hoguera formada con sándalo precioso y bañada ya con aceite perfumado. En su

parte posterior descansaba el cuerpo embalsamado del rajah, que debía arder al mismo tiempo que la viuda. A cien pasos de esta hoguera se elevaba la pagoda, cuyos minaretes penetraban en la sombra por encima de los árboles.

—Venid,—dijo el guía en voz baja.

Y redoblando las precauciones, seguido de sus compañeros, se deslizó silenciosamente á través de las yerbas a'tas.

El silencio solo estaba interrumpido por el murmullo del viento en las ramas.

Muy luego el guía se detuvo en la estremidad de un claro alumbrado por algunas antorchas. El suelo estaba cubierto de grupos de durmientes entorpecidos por la embriaguez. Parecía un campo de batalla sembrado de muertos. Hombres, mujeres, niños, todo allí estaba confundido. Algunos habia aquí y acullá que dejaban oír el ronquido de la embriaguez.

En el fondo, entre la masa de árboles, se alzaba confusamente el templo de Pillaji; pero con gran despecho de parte del guía, los guardias del rajah, alumbrados por antorchas fuliginosas, vigilaban la puerta paseándose sable en mano. Podia suponerse que en el interior los sacerdotes estarían velando también.

El parsi no se adelantó mas porque habia reconocido la imposibilidad de forzar la entrada del templo, é hizo retroceder á sus compañeros.

Phileas Fogg y sir Francis Cromarty habian comprendido como él que no podian intentar nada por aquella parte.

Se detuvieron y hablaron en voz baja.

—Aguardemos, dijo el brigadier general,—no son mas que las ocho todavía, y es posible que esos guardias sucumban también al sueño.

—Posible es en efecto, respondió el parsi.

Phileas Fogg y sus compañeros se recostaron, pues, al pie de un árbol y esperaron.

El tiempo les pareció largo. De vez en cuando el guía los dejaba é iba á observar. Los guardias del rajah seguían siempre vigilando á la luz de las antorchas, y una luz vaga se filtraba por las ventanas de la pagoda.

Esperaron hasta media noche. La situación no cambió. Habia fuera la misma vigilancia, y era evidente que no podia contarse con el sueño de los guardias. La embriaguez del *hang* les habia sido probablemente aborradada. Era menester, pues, obrar de otro modo y penetrar por una abertura practicada en las murallas de la pagoda. Restaba la cuestion de saber si los sacerdotes vigilaban cerca de su víctima con tanto cuidado como los soldados en la puerta del templo.

Después de otra conversacion, el guía estuvo dispuesto á marchar. Mister Fogg, sir Francis y Picaporte le siguieron. Dieron una vuelta bastante larga á fin de alcanzar la pagoda por atrás.

A las doce y media de la noche llegaron al pie de los muros sin haber hallado á nadie. Ninguna vigilancia existía por este lado, pero ni habia puertas ni ventanas.

La noche estaba sombría. La luna, entonces en su último cuarto, desaparecia apenas del horizonte, encapotado con algunos nubarrones. La altura de los árboles aumentaba aun la oscuridad.

Pero no bastaba haber llegado al pie de las murallas, sino que era preciso practicar un boquete, y para esta operación Phileas Fogg y sus compañeros no tenían otra cosa mas que navajas. Por fortuna las paredes del templo se componían de una mezcla de ladrillos y de madera que no era difícil de perforar. Una vez quitado el primer ladrillo, los otros seguirían con facilidad.

Se pusieron á trabajar haciendo el menor ruido posible. El parsi por un lado y Picaporte por otro trabajaban en arrancar los ladrillos, de modo que pudiera obtenerse un boquete de dos pies de anchura.

El trabajo adelantaba, cuando se oyó un grito dentro del templo, y casi al punto le respondieron desde fuera otros gritos.

Picaporte y el guía interrumpieron su trabajo. ¿Les habian sorprendido? ¿Se habian dado el alerta? La prudencia mas vulgar les recomendaba que se fueran, lo cual hicieron al propio tiempo que Phileas Fogg y sir Francis Cromarty. Se oultaron de nuevo bajo la espesura del bosque, aguardando que la alarma, si la habia, se desvaneciese, y dispuestos á proseguir la operación.

Pero, ¡contratiempo funesto! aparecieron unos guardias al otro lado de la pagoda, instalándose allí para impedir la aproximación.

Difícil seria describir el despecho de aquellos cuatro hombres interrumpidos en su tarea. Ahora que no podian llegar hasta la víctima, ¿cómo la salvarían? Sir Francis Cromarty se roía los puños. Picaporte estaba fuera de sí y apenas podia el guía contenerle. El impasible Fogg aguardaba sin espresar sus sentimientos.

—¿Ya no nos resta mas que echar á andar?—preguntó el brigadier general en voz baja.

—No tenemos otro remedio,—respondió el guía.

—Aguardad,—dijo Fogg.—Me basta llegar á Allahabad antes de medio dia.

—¿Pero qué esperais?—respondió sir Francis Cromarty.—Dentro de algunas horas será de dia, y.....

—La probabilidad que se nos va puede aparecer en el supremo momento.

El brigadier general hubiera querido leer en los ojos de Phileas Fogg.

¿Con qué pensaba contar aquel inglés frio y calmoso? ¿Quería precipitarse sobre la jóven en el momento del suplicio y arrebatlarla á sus verdugos abiertamente?

Locura hubiera sido, y no podia admitirse que aquel hombre estuviera loco hasta ese punto. Sin embargo, sir Francis consintió en aguardar hasta el desenlace de tan terrible escena; pero el guía no dejó á sus compañeros en el paraje donde se habian refugiado, sino que los llevó al sitio que precedía á la plazoleta donde dormían los indios. Abrigados nuestros viajeros por un grupo de árboles, podian observar lo que habia de pasar sin ser vistos.

Entre tanto, Picaporte, sentado sobre las primeras ramas de un árbol, estaba rumiando una idea que primeramente habia cruzado por su mente como un relámpago, y acabó por incrustarse en su cerebro.

Habia comenzado por decir para sí: ¿Qué locural y ahora repetía: ¿Y por qué no? ¿Es una probabilidad, tal vez la única, y con semejantes brutos!.....

En todo caso, Picaporte no formuló de otro modo su pensamiento; pero no tardó en deslizarse con una flexibilidad de serpiente bajo las ramas inferiores del árbol cuya extremidad se inclinaba hácia el suelo.

Pasaban las horas, y bien pronto algunos matices menos sombríos anunciaron la proximidad del dia. La oscuridad era profunda sin embargo.

Aquel era el momento preciso. Hubo como una resurrección en la multitud adormecida. Los grupos se animaron. Resonaron los golpes de tam-tam, y estallaron de nuevo los gritos y los cánticos. Habia llegado para la desdichada víctima la hora de la muerte.

En efecto, las puertas de la pagoda se abrieron. Una luz mas viva se escapó del interior. Mister Fogg y sir Francis Cromarty pudieron percibir la víctima vivamente alumbrada, que dos sacerdotes sacaban fuera. Hasta les pareció que sacudiendo el entorpecimiento de la embriaguez por un supremo instinto de conservación, la desgraciada intentaba escaparse de entre sus verdugos. El corazon de sir Francis Cromarty palpitó, y por un movimiento convulsivo, asiendo la mano de Phileas Fogg, sintió que esta mano llevaba una navaja abierta.

En este momento la multitud se puso en movimiento. La joven había caído en aquel entorpecimiento provocado por el humo del cáñamo. Pasó por entre los fakires que le escoltaban con sus vociferaciones religiosas.

Phileas Fogg y sus compañeros le siguieron, mezclándose entre las últimas filas de la multitud.

Dos minutos después llegaban al borde del río y se detenían á menos de cincuenta pasos de la hoguera, sobre la cual estaba el cuerpo del rajah. Entre la semioscuridad vieron á la víctima absolutamente inerte, tendida junto al cadáver de su esposo.

Después acercaron una tea, y la leña impregnada de aceite se inflamó inmediatamente.

Entonces sir Francis y el guía retuvieron á Phileas Fogg, que en un momento de generosa demencia quiso arrojarse sobre la hoguera.....

Pero Phileas Fogg los había ya repelido, cuando la escena cambió de repente. Hubo un grito de terror, y toda aquella muchedumbre se arrojó á tierra amedrentada.

Creyeron que el viejo rajah no había muerto, puesto que le vieron de repente levantarse, tomar á la joven mujer en sus brazos y bajar de la hoguera en medio de torbellinos de humo que le daban una apariencia de espectro.

Los fakires, los guardias, los sacerdotes, acometidos de súbito terror, estaban tendidos boca abajo sin atreverse á levantar la vista ni mirar semejante prodigio.

La víctima inanimada pasó á los vigorosos brazos que la llevaban sin que les pareciese pesada. Fogg y Francis habían permanecido de pie; el parsi había inclinado la cabeza, y es probable que Picaporte no estuviese menos estupefacto.

El resucitado llegó adonde estaban mister Fogg y sir Francis Cromarty, y con voz breve dijo:

—¡Huyamos!

¡Era Picaporte mismo, quien se había deslizado hasta la hoguera en medio del denso humo! ¡Era Picaporte, quien, aprovechando la oscuridad que reinaba todavía, había libertado á la joven de la muerte! ¡Era Picaporte, quien, haciendo su papel con atrevida audacia, pasaba por en medio del espanto general!

Un instante después, los cuatro desaparecieron por la selva llevándolos el elefante con trote rápido. Pero entonces, los gritos, los clamores y una bala que atravesó el sombrero de Phileas Fogg les anunciaron que el ardid estaba descubierto.

En efecto, sobre la inflamada hoguera se destacaba entonces el cuerpo del viejo rajah. Los sacerdotes, repuestos de su espanto, habían comprendido que acababa de efectuarse un rapto.

Al punto se precipitaron al bosque, siguiéndoles los guardias, que hicieron una descarga general; pero los raptos huían rápidamente, y en pocos momentos se hallaban fuera del alcance de las balas y de las flechas.

#### XIV.

DONDE PHILEAS FOGG DESCENDE TODO EL ADMIRABLE VALLE DEL GANGES SIN SIQUIERA PENSAR EN VERLE.

Había tenido buen éxito el atrevido rapto de Aouda, y una hora después Picaporte se estaba riendo todavía de su triunfo. Sir Francis Cromarty había estrechado la mano del intrépido muchacho. Su amo le había dicho: «Bien,» lo cual en boca de este gentleman equivalía á una honrosa aprobación. A esto había respondido Picaporte que todo el honor de la hazaña correspondía á su amo. Para él no había habido mas que una chistosa ocurrencia, y se reía al pensar que durante algunos instantes, él, Picaporte,

antiguo gumnasta, ex-sargento de bomberos, había sido el viudo de una linda dama, un viejo rajah embalsamado.

En cuanto á la joven india, no había tenido conciencia de lo sucedido. Envuelta en mantas de viaje, se hallaba descansando en uno de los cuévanos.

Entre tanto, el elefante, guiado con mucha seguridad por el parsi, corría con rapidez por la selva todavía oscura. Una hora después de haber dejado la pagoda de Pillaji, se lanzaba al través de una inmensa llanura. A las siete se hizo alto. La joven seguía en una postración completa. El guía le hizo beber algunos tragos de agua y de brandy, pero la influencia embriagante que pesaba sobre ella debía prolongarse todavía por algun tiempo.

Sir Francis Cromarty, que conocía los efectos de la embriaguez, producida por la inhalación de los vapores de cáñamo, no abrigaba inquietud alguna.

Pero si el restablecimiento de la joven india no inquietaba el ánimo del brigadier general, no tenía igual tranquilidad al pensar en el porvenir. No vaciló, pues, en decir á Phileas Fogg que si Aouda se quedaba en la India, volvería á caer inevitablemente en manos de sus verdugos. Estos energúmenos se estendían por toda la península, y ciertamente que, á pesar de la policía inglesa, recobrarían su víctima, fuese en Madras, Bombay ó Calcutta. Y sir Francis Cromarty citaba en apoyo de su dicho un hecho de igual naturaleza que había ocurrido recientemente. A su modo de pensar, la joven no estaría segura sino marchándose del Indostan.

Phileas Fogg respondió que tendría presentes estas observaciones y resolvería.

Hacia las diez, el guía anunciaba la estación de Allahabad. Allí arrancaba de nuevo la interrumpida vía, cuyos trenes recorren en menos de un día y una noche la distancia que separa Allahabad de Calcutta.

Phileas Fogg debía, pues, llegar á tiempo para tomar el vapor que partía al día siguiente, 25 de octubre á medio día, en dirección de Hong-Kong.

La joven fue depositada en un cuarto de la estación. Se encargó á Picaporte que fuese á comprar para ella algunos objetos de tocador, vestido, chal, abrigos, etc., lo que encontrase. Su amo le abría ilimitado crédito.

Picaporte partió al punto y corrió las calles de la población. Allahabad es la ciudad de Dios, una de las mas veneradas de la India, en razón de estar construida sobre la confluencia de los dos rios sagrados, el Ganges y el Jumna, cuyas aguas atraen á los peregrinos de todo el Indostan. Sabido es, por otra parte, que segun la leyenda del Ramayana, el Ganges nace en el cielo, desde donde, gracias á Brahma, baja hasta la tierra.

Mientras hacia sus compras, Picaporte vió la ciudad, antes defendida por un fuerte magnífico, que se ha convertido en prision de Estado. Ya no hay comercio ni industria en esta población, antes industrial y mercantil. Picaporte, que buscaba en vano una tienda de novedades, como si hubiera estado en Regent-street, á algunos pasos de Farmer y Co., no halló mas que á un revendedor, viejo judío dificultoso, que le diese los objetos que necesitaba, un vestido de tela escocesa, un ancho manton y un magnífico abrigo de pieles de nutria, por todo lo cual no vaciló en dar setenta y cinco libras (1,875 pesetas). Y luego se volvió triunfante á la estación.

Aouda empezaba á volver en sí. La influencia á que la habían sometido los sacerdotes de Pillaji se iba disipando poco á poco, y sus hermosos ojos recobraban toda su dulzura indiana.

Cuando el rey poeta, Uzaf Uddaul, celebra los encantos de la reina de Almehnagra, se expresa así:

«Su brillante cabellera, regularmente dividida en



Los guardias del rajah, sable en mano, vigilaban la puerta de.

dos partes, sirve de cerco á los contornos armoniosos de sus mejillas delicadas y blancas, brillantes de lustre y de frescura. Sus cejas de ébano tienen la forma y la fuerza del arco de Kama, Dios del amor, y bajo sus pestañas sedosas, en la pupila negra de sus grandes ojos límpidos, nadan como en los lagos sagrados del Himalaya los mas puros reflejos de la celeste luz. Finos, iguales y blancos, sus dientes resplandecen entre la sonrisa de sus lábios, como gotas de rocío en el seno medio cerrado de una flor de granado. Sus lindas orlas de curvas simétricas, sus manos sonrosadas, sus piecitos arqueados y tiernos como las yemas del lotus, brillan con el resplandor de las mas bellas perlas de Ceylan, de los mas bellos diamantes de Golconda. Su delgada y flexible cintura que puede abarcarse con una sola mano, realza la elegante configuración de sus redondeadas caderas y la riqueza de su busto, en que la juventud en flor ostenta sus mas perfectos tesoros; y bajo los pliegues sedosos de su túnica, parece haber sido modelada en plata por la mano divina de Vicvacarina, el escultor eterno.»

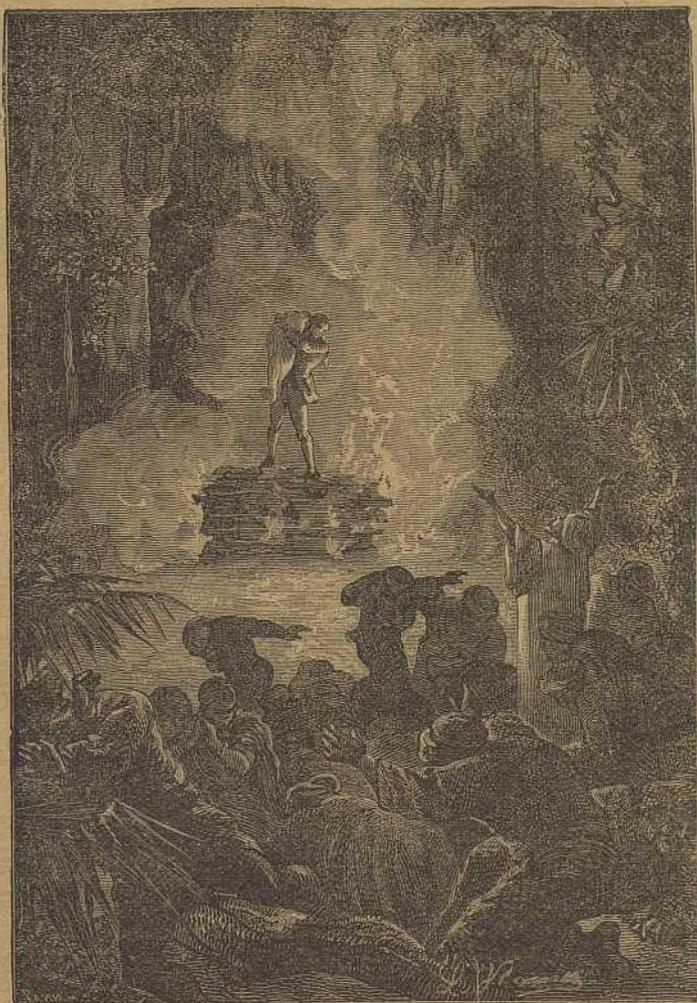
Pero sin toda esa amplificacion poética basta decir que Aouda, la viuda del rajah del Bundelkund, era una hermosa mujer en toda la acepcion europea de la palabra. Hablaba inglés con suma pureza, y el guia no habia exagerado al afirmar que esa jóven parsi habia sido transformada por la educacion.

Entre tanto, el tren iba á dejar la estacion de Allahabad. El parsi estaba esperando. Mister Fogg le pagó lo convenido, sin darle un farthing mas. Esto asombró algo á Picaporte, que sabia todo lo que debia su amo á la adhesion del guia. El parsi habia en efecto arriesgado voluntariamente la vida en el lance de Pillaji, y si mas tarde los indios llegasen á saberlo, con dificultad se libraria de su venganza.

Quedaba tambien por ventilar la cuestion de Kiouni. ¿Qué harian de un elefante que tan caro habia costado?

Pero Phileas Fogg habia adoptado ya una resolucion.

—Parsi,—dijo al guia,—has sido servicial y adicto. He pagado tu servicio, pero no tu adhesion. ¿Quieres ese elefante? Es tuvo.



Era Picaporte quien había librado á la joven de la muerte.

Los ojos del guía brillaron.

—¡Es una fortuna lo que Vuestro Honor me dá!—  
esclamó.

—Acéptala,—respondió mister Fogg;—y aun ser  
deudor tuyo.

—Enrohabuena,—esclamó Picaporte.—Toma ami-  
go mio, Kiouni es animal animoso y valiente.

Y yendo hácia el elefante le ofreció algunos ter-  
rones de azúcar, diciendo:

—¡Toma, Kiouni, toma, toma!

El elefante exhaló algunos gruñidos de satisfac-  
cion, y luego cogió á Picaporte por la cintura y lo  
levantó hasta la altura de su cabeza. Picaporte, sin  
asustarse, hizo una caricia al animal que lo volvió á  
dejar suavemente en tierra, y al apretón de trompa  
del honrado Kiouni respondió un apretón de manos  
del honrado mozo.

Algunos instantes despues, Phileas Fogg, sir  
Francis Cromarty y Picaporte, instalados en un con-  
fortable wagon, cuyo mejor asiento iba ocupado por  
Aouda, corrían á todo vapor hácia Benares.

Ochenta millas lo mas separan á esta ciudad de

Allahabad, las cuales se recorrieron en dos horas.

Durante el trayecto, la joven recobró por entero  
los sentidos, quedando disipados los vapores embria-  
gadores del hang.

¡Cuál fue su asombro al encontrarse en el ferro-  
carril en aquel comportamiento, vestida á la europea  
y en medio de viajeros que le eran completamente  
desconocidos!

Principiaron sus compañeros prodigándole cuida-  
dos y reanimándola con algunas gotas de licor; y  
despues el brigadier general le refirió lo ocurrido.  
Insistió sobre la decision de Phileas Fogg que no ha-  
bia vacilado en comprometer su vida para salvarla, y  
sobre el desenlace de la aventura debido á la audaz  
imaginacion de Picaporte.

Mister Fogg dejó hablar sin decir una palabra. Pi-  
caporte, avergonzado, repetía que la cosa no mere-  
cia tanto.

Aouda dió gracias á sus libertadores con una efu-  
sion espresada con las lágrimas mas que por sus  
palabras. Sus hermosos ojos, mejor que sus labios,  
fueron los intérpretes de su reconocimiento. Y des-

pues, llevándola su pensamiento á las escenas del *sutty*, y viendo sus miradas esa tierra indiana donde tantos peligros la amenazaban, fue acometida de un estremecimiento de terror.

Phileas Fogg comprendió lo que pasaba en el ánimo de Aouda, y para tranquilizarla le ofreció con mucha frialdad conducirla á Hong-Kong, donde vivía hasta que este asunto se olvidase.

Aouda aceptó la oferta con reconocimiento. Precisamente residía en Hong-Kong uno de sus parientes, parsi como ella, y uno de los principales comerciantes de la ciudad, que es completamente inglesa, aun cuando se halla en las costas de China.

A las doce y media el tren se detenía en la estación de Benares. Las leyendas brahmánicas afirman que esta ciudad ocupa el sitio de la vetusta Casi, que estaba antiguamente suspendida en el espacio entre el zénit y el nadir, como la tumba de Mahoma. Pero en la época actual, mas positiva, Benares, la Atenas de la India, según los orientistas, descansaba prosáicamente sobre el suelo, y Picaporte pudo por un momento entrever sus casas de ladrillo y sus chozas de cañizos que le dan un aspecto absolutamente desairado sin color local ninguno.

Allí debía detenerse sir Francis Cromarty. Las tropas con las cuales tenía que reunirse estaban acampadas á algunas millas al Norte. El brigadier general se despidió de Phileas Fogg, deseándole todo el éxito posible y expresando el voto de que repitiese el viaje de un modo menos original y mas provechoso. Mister Fogg estrechó ligeramente los dedos de su compañero. Los cumplidos de Aouda fueron mas afectuosos. Nunca olvidaría ella lo que debía á sir Francis Cromarty. En cuanto á Picaporte, fue honrado con un buen apretón de manos de parte del brigadier general. Conmovidó, le preguntó cuándo podría prestarle algun servicio. Despues se separaron.

Desde Benares, la via férrea seguía en parte el valle del Ganges. Al través de los cristales del wagon, y con un tiempo sereno, aparecían el paisaje variado de Behar, montañas cubiertas de verdor, campos de cebada, maiz y trigo, rios y estanques poblados de aligatores verdosos, aldeas bien acondicionadas y selvas que aun conservaban la hoja. Algunos elefantes y cebus de protuberancia iban á bañarse á las aguas del rio Sagrado; y tambien á pesar de la estación adelantada y de la temperatura, ya fría, se veían cuadrillas de indios de ambos sexos que cumplían piadosamente sus santas abluciones. Esos fieles, enemigos encarnizados del budismo, son sectarios fervientes de la religion brahmánica que se encarna en tres personas: Whisnou, la divinidad solar; Shiva, la personificación divina de las fuerzas naturales; y Brahma, el jefe supremo de los sacerdotes y legisladores. ¡Pero con qué ojo Brahma, Shiva y Whisnou debían considerar á esa India, ahora britanizada, cuando algun barco de vapor pasaba silbando y turbaba las aguas consagradas del Ganges, espantando á las gaviotas que revoloteaban en la superficie, á las tortugas que pululaban en sus orillas y á los devotos tendidos á lo largo de sus márgenes!

Todo este panorama desfiló como un relámpago, y con frecuencia una nube de vapor blanco ocultó sus pormenores. Apenas pudieron los viajeros entrever el fuerte de Chunar, á veinte millas al Sur de Benazepur y sus importantes fábricas de agua de rosa; el sepulcro de lord Cornwallis, que se eleva sobre la orilla izquierda del Ganges; la ciudad fortificada de Buxar, Patna, gran población industrial y mercantil, donde existe el principal mercado del opio de la India; Mongh r, ciudad, mas que europea, inglesa como Manchester ó Birmingham, nombrada por sus fundiciones de hierro, sus fábricas de armas blan-

cas, y cuyas altas chimeneas parecían tiznar con su negro humo el cielo de Brahma,—verdadera mancha en el país de los ensueños!

Despues llegó la noche, y en medio de los alaridos de los tigres, osos y lobos que huían ante la locomotiva, el tren pasó á toda velocidad y no se vió nada ya de las maravillas del Bengala, ni Golconda, ni las ruinas de Gour, ni Moursshedabad, que antes fue capital, ni Burdwan, ni Hougly, ni Chandernagor, ese punto francés del territorio indio, donde se hubiera engreído Picaporte al ver ondear la bandera de su patria.

Por último, á las siete de la mañana llegaron á Calcutta. El vapor que salía para Hong-Kong no llevaba el áncora hasta medio día; Phileas Fogg tenía, pues, á su disposición cinco horas.

Segun su itinerario, debía llegar á la capital de las Indias el 25 de octubre, veintitres días despues de haber salido de Lóndres, y llegaba el día fijado. No tenía, pues, ni adelantado ni atrasado. Desgraciadamente, los días ganados entre Lóndres y Bombay quedaban perdidos, del modo que se sabe, en la travesía de la península indostánica,—pero es de suponer que Phileas Fogg no lo sentía.

## XV.

DONDE EL SA CO DE BILLETES DE BANCO SE ALIGERA DE ALGUNOS MILLARES DE LIBRAS MAS.

El tren se detuvo en la estación. Picaporte se apeó el primero, y fue, seguido de mister Fogg, quien ayudó á su jóven compañero á descender del anden. Phileas Fogg pensaba ir directamente al vapor de Hong-Kong, á fin de instalar allí convenientemente á mistress Aouda, de quien no quería separarse mientras estuviese en aquel país tan peligroso para ella.

Cuando mister Fogg iba á salir de la estación, se acercó á él un agente de policía diciéndole:

—¿El señor Phileas Fogg?

—Yo soy.

—¿Es ese hombre vuestro criado?—añadió el agente designando á Picaporte.

—Sí.

—Tened ambos la bondad de seguirme.

Mister Fogg no hizo movimiento alguno que demostrase la menor sospecha. El agente era un representante de la ley, y para todo inglés, la ley es sagrada. Picaporte, con sus hábitos franceses, quiso hacer observaciones, pero el agente le tocó con su varilla, y Phileas Fogg le hizo seña de obedecer.

—¿Puede acompañarnos esta jóven dama?—preguntó mister Fogg.

—Puede hacerlo,—respondió el agente.

Mister Fogg, Aouda y Picaporte fueron conducidos á un *palki-ghari*, especie de carruaje de cuatro ruedas y cuatro asientos, tirado por dos caballos. Partieron sin que nadie hablase durante el trayecto, que duró unos veinte minutos.

El carruaje atravesó primeramente la *ciudad negra*, de calles estrechas formadas por unos casuchos donde pululaba una población cosmopolita, súcia y andrajosa, y luego pasó por la ciudad europea, embellecida con casas de ladrillo, adornada de palmeras, erizada de arboladuras, y que á pesar de hora tan temprana estaba ya recorrida por elegantes ginetes y magníficos trenes.

El *palki-gari* se paró delante de una habitación de apariencia sencilla, pero que no parecía apropiada para usos domésticos. El agente hizo bajar á sus presos,—pues bien podía dárseles ese nombre,—y los llevó á un aposento con rejas diciéndoles:

—A las ocho y media compareceréis ante el juez Obadiah.

Y luego se retiró cerrando la puerta.

—¡Vamos, nos han cogido!—esclamó Picaporte dejándose caer sobre una silla.

Aouda, procurando en vano disfrazar su emoción, dijo á mister Fogg:

—¡Es necesario que me abandoneis! ¡Os veis perseguido por mí! ¡Es por haberme salvado!

Phileas Fogg se contentó con responder que eso no era posible. ¡Perseguido por ese asunto del sutty! ¡Inadmisibile! ¡Cómo se habian de atrever á presentarse los que se querellasen? Habia sin duda alguna equivocacion. Mister Fogg añadió que en todo caso no abandonaria á la jóven y la conduciria á Hong-Kong.

—¡Pero el buque se marcha á las tres!—dijo Picaporte.

—Antes de las tres estaremos á bordo,—respondió sencillamente el imasible gentleman.

Quedó esto afirmado tan terminantemente que Picaporte no pudo menos de decir para sí:

—¡Diantre, cierto será! Antes de las dos estaremos á bordo.—Pero esto no le tranquilizaba del todo.

A las ocho y media la puerta del cuarto se abrió. El agente de policía volvió á presentarse é introdujo á los presos en la pieza vecina. Era una sala de audiencia, y habia un público bastante numeroso compuesto de europeos y de indigenas, que ocupaba el pretorio.

Mister Fogg, mistress Aouda y Picaporte se sentaron en un banco en frente de los asientos reservados para el juez y el escribano.

Ese juez, el juez Obadiah, no tardó en llegar cogido del escribano. Era un señor con bigote. Descolgó una peluca colgada de un clavo y se la puso con presteza.

—La primera causa,—dijo; pero llevando la mano á su cabeza esclamó:

—¡Ehl! ¡Si no es mi peluca!

—En efecto, señor Obadiah, es la mía,—repuso el escribano.

—Querido señor Oysterpuf, ¿cómo quereis que un juez pueda dictar una buena sentencia con la peluca de un escribano?

Se verificó el cambio de pelucas. Durante estos preliminares, Picaporte hervia de impaciencia porque la aguja le parecia andar terriblemente aprisa en la muestra grande del pretorio.

—La primera causa,—repuso entonces el juez Obadiah.

—¿Phileas Fogg?—dijo el escribano Oysterpuf.

—Héme aquí,—respondió mister Fogg.

—¿Picaporte?

—¡Presente!—respondió Picaporte.

—¡Bien!—dijo el juez Obadiah.—Hace dos dias, acusados, que os están espiando en todos los trenes de Bombay.

—¿Pero de qué nos acusan?—exclamó Picaporte impaciente.

—Vais á saberlo,—respondió el juez.

—Caballero,—dijo entonces mister Fogg,—soy ciudadano inglés y tengo derecho...

—¿Os han faltado á los miramientos?—preguntó mister Obadiah.

—De ningún modo.

—¡Bien! haced entrar á los querellantes.

Por órden del juez se abrió una puerta, y tres sacerdotes indios fueron introducidos por un alguacil.

—¿No lo decia yo?—dijo Picaporte,—esos bribones son los que querian quemar á esa jóven señora!

Los sacerdotes se mantuvieron de pie delante del juez, y el escribano leyó en alta voz una querrela de sacrilegio formulada contra el señor Phileas Fogg y su criado, acusados de haber profanado un lugar consagrado por la religion brahmánica.

—¿Habeis oido?—preguntó el juez á Phileas Fogg.

—Sí señor,—respondió mister Fogg mirando el reloj,—y lo confieso.

—¡Ah! ¿conque lo confesais?

—Lo confieso, y estoy aguardando que esos tres sacerdotes declaren á su vez lo que querian hacer en la pagoda de Pillaji.

Los sacerdotes se miraron. No comprendian al parecer nada en las palabras del acusado.

—¡Sin duda!—esclamó impetuosamente Picaporte,—¡en esa pagoda de Pallaji, ante la cual iban á quemar á su victima!

Los sacerdotes volvieron á quedar estupefactos, asombrándose profundamente el juez Obadiah.

—¿Qué victima?—preguntó,—¿Quemar á quién? ¿En medio de la ciudad de Bombay?

—¿Bombay?—esclamó Picaporte.

—Sin duda. No se trata de la pagoda de Pillaji, sino de la pagoda de Malebar-Hill, en Bombay.

—Y como pieza de conviccion, hé aquí los zapatos del profanador,—añadió el escribano colocando un par de ellos encima de la mesa.

—¡Mis zapatos!—exclamó Picaporte,—quien altamente sorprendido no pudo contener esa involuntaria exclamacion.

Fácil es comprender lo confundidos que quedarian amo y criado. Se habian olvidado del incidente de Bombay, y éste era precisamente el que los traia ante el magistrado de Calcutta.

En efecto, el agente Fix habia comprendido todo el partido que podia sacar de ese desgraciado asunto. Atrasando su marcha doce horas habia ido á aconsejar lo que debian hacer los sacerdotes de Malebar-Hill. Les habia prometido resarcimiento de perjuicios, sabiendo muy bien que el gobierno inglés se mostraba muy severo con esos delitos, y despues por el tren siguiente los habia hecho ir en seguimiento de los culpables. Pero á causa del tiempo empleado en dar libertad á la jóven viuda, Fix y los indios llegaron á Calcutta antes que Phileas Fogg y su criado, á quienes los magistrados, prevenidos por despacho telegráfico, debian prender al apearse del tren.

Júzguese del despacho de Fix cuando supo que Phileas Fogg no habia llegado á la capital del Indostan. Debió creer que el ladrón, deteniéndose en una de las estaciones, se habia refugiado en una de las provincias septentrionales. Durante las vinticuatro horas, Fix estuvo de acecho en la estacion entregado á mortales inquietudes. ¡Cuál fue despues su alegría al verle aquella misma mañana bajar del wagon en compañía, es cierto, de una jóven cuya presencia no podia explicar! Al punto envió contra él un agente de policía, y de esa manera Fogg, Picaporte y la viuda del rajah de Bundelkund fueron conducidos ante el juez Obadiah.

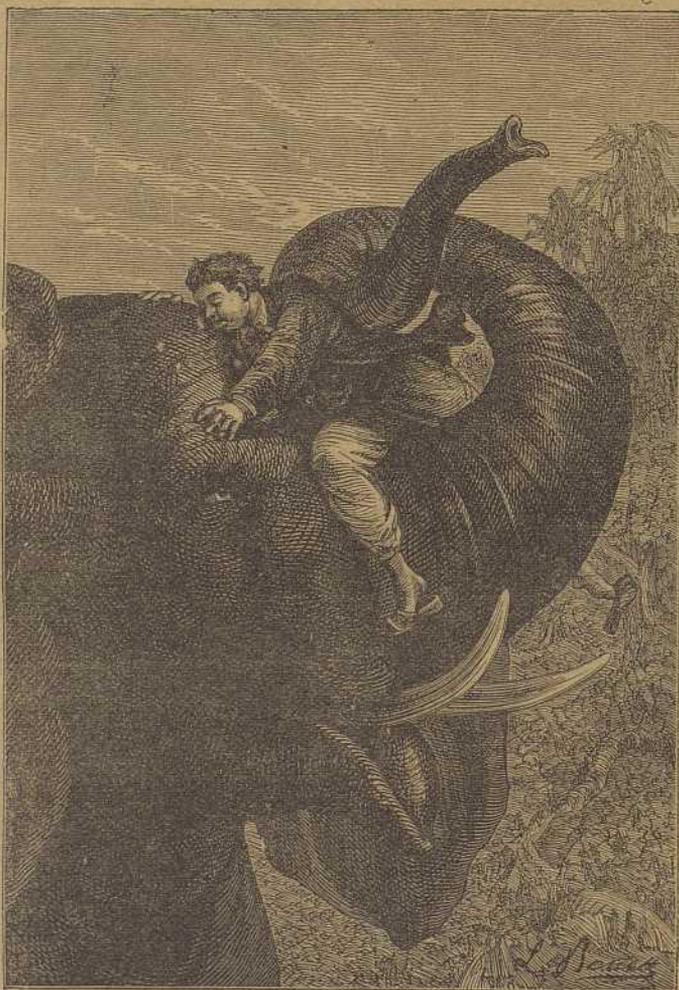
Y no estando Picaporte tan preocupado, hubiera visto en un rincon del pretorio al *detective*, que asistia al juicio con interés fácil de comprender, porque en Calcutta como en Bombay y como en Suez, no tenia aun el mandamiento de prision.

Entre tanto, el juez Obadiah habia tomado acta de la confesion que se le habia escapado á Picaporte, quien hubiera dado todo lo que poseia por poder retirar sus imprudentes palabras.

—¿Los hechos se confiesan?—dijo el juez.

—Confesados,—respondió mister Fogg.

—Visto,—repuso el juez,—que la ley inglesa entiende proteger igual y rigurosamente todas las religiones de las poblaciones indias; estando el delito confesado por el señor Picaporte; convencido de haber profanado con sacrilegio por el pavimento de la pagoda de Malebar-Hill, en Bombay, el dia 20 de octubre, condena al susodicho Picaporte á quince dias de prision y una multa de trescientas libras (7,500 pesetas).



El elefante cogió á Picaporte por la cintura, y lo levantó.

—¿Trescientas libras?—esclamó Picaporte, que solo se manifestó impresionado por la multa.

—¡Silencio!—dijo el alguacil con áspera voz.

—Y,—añadió el juez Obadiah:—Considerando que no está materialmente probado que haya dejado de haber convivencia entre el criado y el amo, y que en todo caso éste es responsable de los hechos y gestiones de los que tiene á su servicio, condena al señor Phileas Fogg á ocho dias de prision y ciento cincuenta libras de multa. Escribano, llamad á otros.

Fix, en su rincon, experimentaba una satisfaccion indecible. Phileas Fogg, detenido ocho dias en Calcutta, era mas de lo que se necesitaba para dar tiempo á que el mandamiento llegase.

Picaporte estaba atolondrado. Esta sentencia aruinaba á su amo. Una apuesta de veinte mil libras perdida, y todo por haber tenido la curiosidad de entrar en aquella maldita pagoda.

Phileas Fogg, tan dueño de sí, como si la sentencia no le hubiese alcanzado, no habia movido tan siquiera las cejas. Pero en el momento en que el escribano llamaba otro juicio, se levantó y dijo:

—Ofrezco caucion.

—Teneis el derecho de hacerlo,—respondió el juez.

Fix sintió frio en sus fibras, pero recobró su tranquilidad cuando oyó que el juez, atendida la cualidad de extranjeros de Phileas Fogg y su criado, fijaba la caucion para cada uno de ellos en la enorme suma de mil libras (25,000 pesetas).

Eran dos mil libras mas de gasto para mister Fogg si no cumplia la condena.

—¡Pagó!—esclamó el gentleman.

Y retiró del saco que llevaba Picaporte un paquete de billetes de banco que dejó sobre la mesa del escribano.

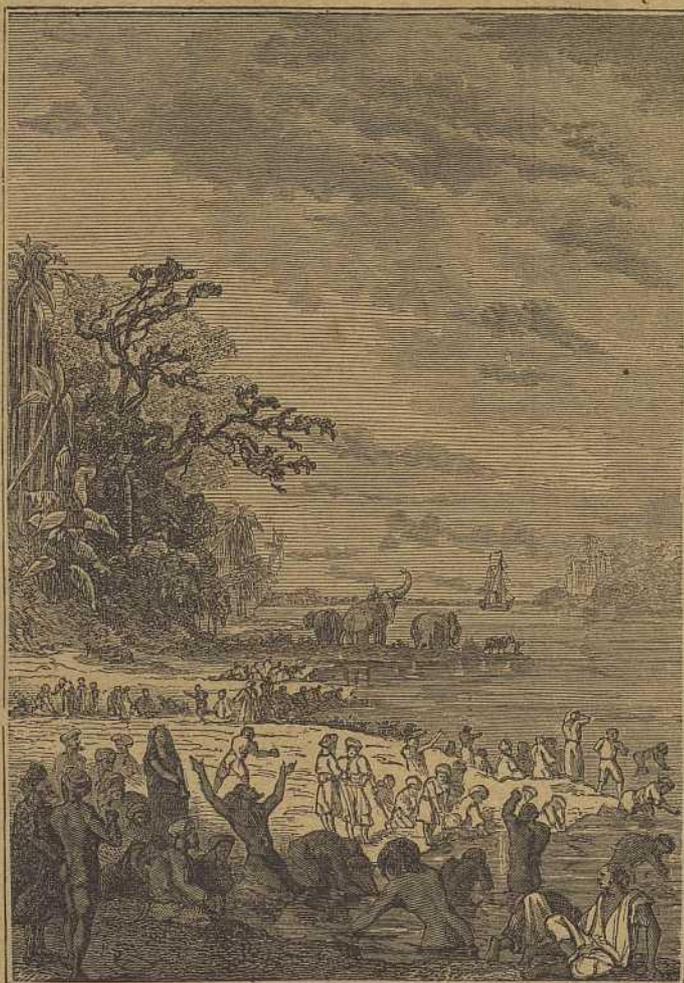
—Esta suma os será devuelta al salir de la cárcel,—dijo el juez.—Entre tanto estais libres.

—Venid,—dijo Phileas Fogg á su criado.

—¡Pero al menos que me devuelvan mis zapatos!—esclamó Picaporte con un movimiento de rabia.

Le devolvieron sus zapatos.

—¡Bien caros cuestan!—dijo entre dientes.—



Los indios de ambos sexos cumplan piadosamente sus santas abluciones.

¡Mas de mil libras cada uno! ¡Sin contar que me hacen daño!

Picaporte siguió con actitud compungida á mister Fogg, que habia ofrecido su brazo á la jóven. Fix esperaba todavía que el ladron no se decidiera á perder la suma de dos mil libras y que cumpliria sus ocho dias de cárcel. Echó, pues, á andar tras de mister Fogg. Tomó éste un coche, en el cual Aouda, Picaporte y él subieron en seguida. Fix corrió detrás del coche, que se detuvo en uno de los muelles.

A media milla en rada, el *Rangoon* estaba aparejando con su pabellon de marcha izado sobre el mástil. Daban las once. Mister Fogg llegaba, pues, con una hora de adelanto. Fix le vió apearse y entrar en un bote con Aouda y su criado. El agente dió con el pie en el suelo.

—¡Bribon!—esclamó,—¡se marcha! ¡Dos mil libras sacrificadas! ¡Pródigo como un ladron! ¡Ah! ¡Le seguiré hasta el fin del mundo si es menester; pero al paso que va, todo el dinero del robo se habrá ido!

El inspector de policía tenia sus fundamentos para

hacer esta reflexion. En efecto; desde que se habia marchado de Lóndres, entre gastos de viaje, primas, compra de elefante, cauciones y multas, Phileas Fogg habia sembrado ya mas de cinco mil libras (ciento veinticinco mil pesetas) por el camino, y el tanto por ciento que se concede á los individuos de policia sobre lo recobrado iban siempre bajando.

#### XVI.

DONDE FIX APARENTA NO COMPRENDER NADA ABSOLUTAMENTE DE LAS COSAS DE QUE HABLAN.

El *Rangoon*, uno de los buques que la Compañia Peninsular y Oriental emplea para el servicio del mar de China y del Japon, era un vapor de hierro, de hélice, con el aforo en bruto de mil setecientas setenta toneladas, y la fuerza nominal de cuatrocientos caballos. Igualaba al *Mongolia* en velocidad, pero no en comodidades. Por eso mistress Aouda no estuvo tan bien instalada como lo hubiera deseado Phileas Fogg. Por lo demás, tratándose solo de una tra-

vesía de tres mil quinientas millas, sea de once á doce dias, la jóven no fue viajera de difícil acomodamiento.

Durante los primeros dias de la travesía, mistress Aouda contrajo mayor intimidad con Phileas Fogg. En todas ocasiones le manifestaba el mas vivo reconocimiento. El flemático gentleman la escuchaba, en apariencia al menos, con la mayor frialdad, sin que una entonacion ni un ademán revelasen la mas ligera emocion. Cuidaba que nada faltase á la jóven. A ciertas horas acudia regularmente, si no á hablar, al menos á escucharla. Cumplia con ella los deberes de la urbanidad mas estricta, pero con la gracia y la imprevisión de un autómatas cuyos movimientos se hubiesen dispuesto para ese fin. Mistress Aouda no sabia qué pensar de ello, pero Picaporte le habia explicado algo la escéntrica personalidad de su amo. Le habia instruido de la apuesta que le hacia dar la vuelta al mundo. Mistress Aouda se habia sonreido; pero al fin le debia la vida, y su salvador no podia salir perdiendo en que ella le viese al través de su reconocimiento.

Mistress Aouda confirmó la noticia que el guía indio habia hecho de su interesante historia. Pertenece ella en efecto á esa raza que ocupa el primer lugar entre los indígenas. Varios negociantes persis han hecho grandes fortunas en las Indias en el comercio de algodones. Uno de ellos, sir James Jejeebloy, ha sido ennoblecido por el gobierno inglés, y mistress Aouda era parienta de este rico personaje que habitaba en Bombay. Contaba ella con encontrar en Hong-Kong al honorable Jejeeh, primo de sir Jejeebloy. ¿Haría allí refugio y proteccion? No podia asegurarlo, y á esto respondia mister Fogg que no se inquietase, porque todo se arreglaría matemáticamente. Esta fue su palabra.

¿Comprendia la jóven viuda la significacion de tan horrible adverbio? No se sabe; pero sus hermosos ojos;—límpidos como los sagrados lagos del Himalaya,—se fijaban sobre los de Fogg, quien tan intratable y tan abotonado como siempre, no parecia dispuesto á arrojarse en el referido lago.

Esta primera parte de la travesía del *Rangoon* se efectuó con excelentes condiciones. El tiempo era bonancible, y toda la porcion de la inmensa bahía que los marineros llaman los *braxos del Bengala* se mostró favorable á la marcha del vapor. El *Rangoon* no tardó en cruzar por delante del Gran Andaman, que era la principal isla de un grupo que los navegantes divisan desde lejos, por su pintoresca montaña de Saddle-Peack, de dos mil cuatrocientos pies de altura.

Se fue siguiendo la costa de bastante cerca. Los salvajes papúas de la isla no se mostraron. Son unos seres colocados en el último grado de la escala humana, pero que han sido infundadamente considerados como antropófagos.

El desarrollo panorámico de las islas era soberbio. Inmensos bosques de palmeras asiáticas, arecas, bambúes, moscadas, tecks, mimosas gigantes, helechos arboroscentes cubrian el primer plano del pais perfilándose atrás los elegantes contornos de las montañas. Sobre la costa pululaban á millares esas preciosas salanganas, cuyos nidos comestibles son un manjar muy apetecido en el celeste imperio. Pero todo este espectáculo variado, ofrecido á las miradas por el grupo de Andaman, pasó pronto, y el *Rangoon* se dirigió con rapidez hácia el estrecho de Malacca, que debia darle acceso á los mares de la China.

¿Qué hacia durante la travesía el inspector Fix, tan desgraciadamente arrastrado en aquel viaje de circunnavegacion? Al salir de Calcutta, despues de haber dejado instrucciones para que si le llegase el mandamiento le fuese remitido á Hong-Kong, habia podido embarcarse á bordo del *Rangoon* sin haber sido

visto de Picaporte, y confiaba en disimular su presencia hasta la llegada del vapor. En efecto, difícil le hubiera sido explicar por qué se hallaba á bordo sin escitar las sospechas de Picaporte, que debia creerle en Bombay. Pero la lógica misma de las circunstancias reanudó sus relaciones con el honrado mozo. ¿De qué modo? Vamos á verlo.

Todas las esperanzas, todos los deseos del inspector de policia se concentraban ahora en un solo punto del mundo, Hong-Kong, porque el vapor se detenía muy poco tiempo en Singapore para poder obrar en esta ciudad. La prision debia verificarse por consiguiente en Hong-Kon, porque si no, se le escaparía el ladron sin remedio.

En efecto, Hong Kong era todavía tierra inglesa, pero la última. Mas allá, la China, el Japon, la América ofrecian un refugio casi seguro á mister Fogg. En Hong-Kon, si llegaba por fin el mandamiento de prision, Fix prendería á Fogg y lo entregaría á la policia local. No habia dificultad; pero mas allá de Hong Kong no bastaria ya un simple mandamiento de prision, sino que seria necesaria una acta de estradicion. De aquí resultarían tardanzas, lentitudes y obstáculos de toda naturaleza, que el ladron aprovecharia para escaparse definitivamente. Si la operacion no se podia verificar en Hong-Kong, seria, sino imposible, mucho mas difícil poder efectuar con alguna probabilidad de éxito.

Por consiguiente,—decia Fix para sí durante las dilatadas horas que pasaba en el camarote,—ó el mandamiento estará en Hong-Kong y prendo á mi hombre, ó no estará y será necesario retrasar su viaje á toda costa. ¿Salido mal en Bombay, y en Calcutta, si no doy el golpe en Hong-Kong pierdo mi reputacion! Cueste lo que cueste, es necesario triunfar. ¿Pero qué medio emplearé para retardar, si fuese necesario, la partida de ese maldito Fogg?

En último resultado, Fix estaba decidido á revelárselo todo á Picaporte, dándole á conocer el amo á quien servia y del cual no era ciertamente cómplice. Picaporte con esta revelacion deberia creerse comprometido, y entonces se pondria de parte de Fix. Pero este era un medio aventurado que solo podia emplearse á falta de otro. Una sola palabra dicha por Picaporte á su amo hubiera bastado para comprometer irrevocablemente el negocio.

El inspector de policia se hallaba, pues, muy apurado, cuando la presencia de Aouda á bordo del *Rangoon*, en compañía de Phileas Fogg, le abrió nuevas perspectivas.

¿Quién era aquella mujer? ¿Qué concurso de circunstancias la habian traído á ser compañera de Fogg? El encuentro habia tenido lugar evidentemente entre Bombay y Calcutta. ¿Pero en qué punto de la península? ¿Era él acaso quien habia reunido á Phileas Fogg con la jóven viajera? Ese viaje al través de la India, por el contrario, ¿habia sido emprendido con el fin de reunirse con tan linda persona? ¡porque era lindísima! Bien lo habia reparado Fix en la sala de audiencia del tribunal de Calcutta.

Fácil es comprender cuán caviloso debia estar el agente. Ocurrióle la idea de algun rapto criminal. ¡Sí! Eso debia ser! Este pensamiento se incrustó en el cerebro de Fix, reconociendo todo el partido que de esta circunstancia podia sacar. Fuese ó no casada la jóven, habia rapto, y era posible suscitar en Hong-Kong tales dificultades al raptor, que no pudiera salir de ellas ni aun á fuerza de dinero.

Pero no habia que aguardar la llegada del *Rangoon* á Hong-Kong. Ese Fogg tenia la detestable costumbre de saltar de un buque á otro, y antes que la denuncia se entablase podia estar lejos.

Lo que importaba era prevenir á las autoridades inglesas y señalar el paso del *Rangoon* antes del desembarque. Nada era mas fácil puesto que el vapor

hacia escala en Singapore, y esta ciudad se hallaba enlazada con la costa de China por un alambre telegráfico.

Sin embargo, antes de obrar, y con el fin de poder con mas seguridad, Fix resolvió interrogar á Picaporte. Sabia que no era muy difícil hacerle hablar, y se decidió á romper el disimulo que hasta entonces habia guardado. Pero no habia tiempo que perder, porque era el 31 de octubre, y al día siguiente debia el *Rangoon* hacer escala en Singapore.

Saliendo, pues, aquel día de su camarote, Fix salió al puente con intento de salir al encuentro de Picaporte con señales de la mayor sorpresa. Picaporte se estaba paseando á proa cuando el inspector corrió hacia él exclamando:

—¡Vos aquí en el *Rangoon*!

—¡El señor Fix á bo dol!—respondió Picaporte, absolutamente sorprendido al reconocer á su compañero de travesía del *Mongolia*.—¡Cómo! ¡Os dejo en Bombay y os encuentro en camino de Hong-Kong! ¿Entonces tambien estais dando la vuelta al mundo?

—No,—respondió Fix,—y pienso detenerme en Hong Kong, al menos durante a gunos días.

—¡Ah!—dijo Picaporte, que tuvo un momento de asombro.—¿Y cómo no os he visto desde la salida de Calcuta?

—Cierto malestar.... un poco de mareo.... He guardado cama en mi camarote.... El golfo de Bengala no me prueba tan bien como el Océano de las Indias. ¡Y vuestro amo mister Phileas Fogg?

—Con cabal salud y tan puntual como su itinerario. ¡Ni un día de atraso! ¡Ah! señor Fix, no lo sabeis; pero tambien está con nosotros una señora jóven.

—¿Una señora jóven?—respondió el agente, que aparentaba perfectamente no comprender lo que su interlocutor queria decir.

Pero Picaporte le puso pronto al corriente de la historia. Refirió el incidente de la pagoda de Bombay, la adquisición del elefante al precio de dos mil libras, el suceso del *sully*, el rapto de Aouda, la sentencia del tribunal de Calcuta, la libertad bajo caucion. Fix, que conocia la última parte de estos incidentes, fingia ignorarlos todos, y Picaporte se dejaba llevar por el encanto de contar sus aventuras á un oyente que tanto interés demostraba en escucharlas.

—Pero en suma,—preguntó Fix,—¿es que vuestro amo intenta llevarse á esa jóven á Europa?

—No, señor Fix, no. Vamos á entregarla á uno de sus parientes; rico comerciante de Hong-Kong.

—¡Nada por hacer!—dijo entre sí el detective disimulando su despecho.—¿Quereis una copa de gin, señor Picaporte?

—Con mucho gusto, señor Fix. ¡Nuestro encuentro á bordo del *Rangoon* bien merece que bebamos!

## XVII.

DONDE SE TRATA DE UNAS Y OTRAS COSAS DURANTE LA TRAVESÍA DE SINGAPORE Á HONG-KONG.

Desde aquel día, Picaporte y el agente se encontraron con frecuencia; pero Fix estuvo muy reservado con su compañero y no trató de hacerle hablar. Solo vió una ó dos veces á mister Fogg que permanecia en el salon del *Rangoon*; ora haciendo compañía á Aouda, ora jugando al whist, segun su invariable costumbre.

En cuanto á Picaporte, se puso á pensar formalmente sobre la estraña casualidad que traía otra vez á Fix al mismo camino que su amo. Y en efecto, con menos habia para asombrarse. Ese caballero, muy amable y á la verdad muy complaciente, que aparece primero en Suez, que se embarca en el *Mongolia*,

que desembarca en Bombay, donde dice que debe quedarse; que se encuentra luego en el *Rangoon* en direccion de Hong-Kong; en una palabra, siguiendo paso á paso el itinerario de mister Fogg, todo esto merecia un poco de meditacion. Habia aquí estrañas coincidencias. ¿Tras de quien iba Fix? Picaporte estaba dispuesto á apostar sus babuchas,—las habia preciosamente conservado,—que Fix saldría de Hong-Kong al mismo tiempo que ellos, y probablemente sobre el mismo vapor.

Aun cuando hubiera estado Picaporte descurriendo durante un siglo, nunca hubiera acertado con la mision de que estaba encargado el agente. Jamás se hubiera imaginado que Phileas Fogg fuera seguido á la manera de un ladrón alrededor del globo terrestre. Pero como la condicion humana quiere espiarlo todo, hé aquí cómo Picaporte, por una repentina inspiracion, interpretó la presencia permanente de Fix, y ciertamente que no dejaba de ser plausible su ocurrencia. En efecto, segun él Fix no era ni podia ser mas que un agente enviado en seguimiento de Phileas Fogg por sus compañeros de Reform-Club, á fin de reconocer si el viaje se hacia efectivamente alrededor del mundo segun el itinerario convenido.

—¡Es evidente, es evidente!—decia entre sí el honrado mozo, ufano de su perspicacia.—¡Es un espía que esos caballeros han enviado tras de nosotros! ¡Eso no es digno! ¡Mister Fogg, tan probado, tan hombre de bien! ¡Hacerle espiar por un agente! ¡Ah! ¡Señores del Reform-Club, caro os costará!

Encantado Picaporte de su descubrimiento, resolvió, sin embargo, no decir nada á su amo por temor de que éste no se resintiese con razon ante la desconfianza que manifestaban sus adversarios. Pero se propuso bromear á Fix con este motivo, por medio de palabras embozadas y sin comprometerse.

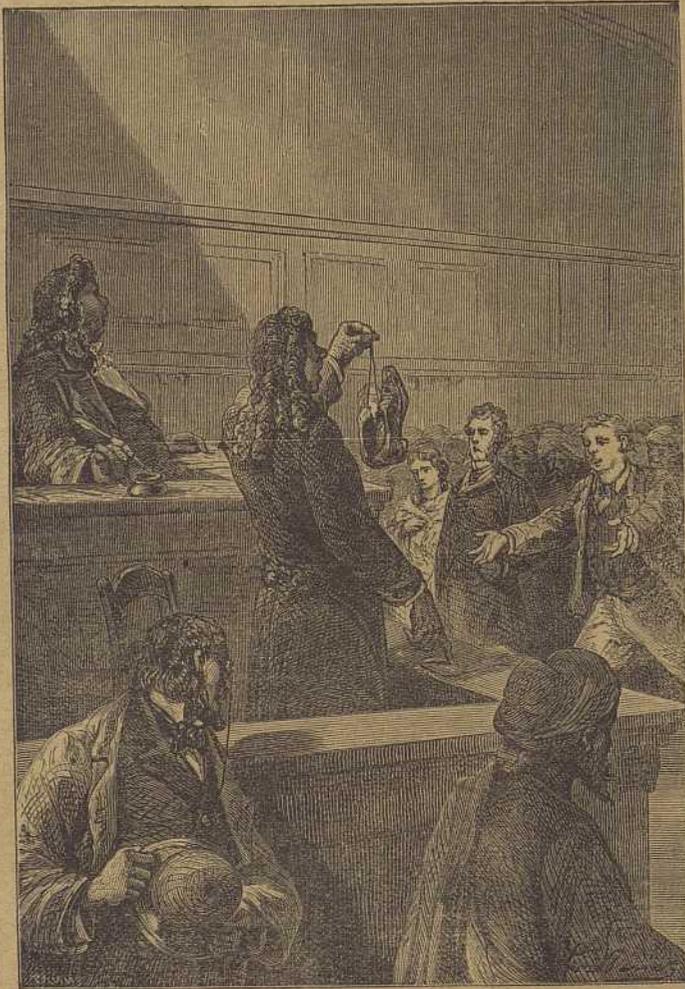
El miércoles, 30 de octubre por la tarde, el *Rangoon* entraba en el estrecho de Malaca, que separa la península de ese nombre de las tierras de Sumatra. Unos islotes montuosos muy escarpados y pintorescos ocultaban á los pasajeros la vista de la gran isla.

Al siguiente día, á las cuatro de la mañana, habiendo el *Rangoon* ganado media jornada sobre la travesía reglamentaria, anclaba en Singapore á fin de renovar su provision de carbonos.

Phileas Fogg inscribió este adelanto en la columna de beneficios, y esta vez bajó á tierra, acompañando á Aouda, que habia manifestado deseos de pasearse durante a gunas horas.

Fix, á quien parecia sospechosa toda accion de Fogg, lo siguió con disimulo. En cuanto á Picaporte, que se reia *in petto* al ver la maniobra de Fix, fué á hacer sus ordinarias compras.

La isla de Singapore no es grande ni de imponente aspecto. Carece de montañas y por consiguiente de perfiles, pero en su pequeñez es encantadora. Es un parque cortado por hermosas carreteras. Un bonito tren, tirado por esos elegantes caballos importados de Nueva-Holanda, trasportó á mistress Aouda y á Phileas Fogg al centro de unos grupos de palmeras de brillante Hoja y de esos árboles que producen el clavo de especia formado con el capullo mismo de la flor entreabierta. Allí, los setos de arbustos de pimienta reemplazaban las cambronas de las campiñas europeas; los saguteros, los grandes helechos con su soberbio follaje, variaban el aspecto de aquella region tropical; los árboles de moscada con sus barnizadas hojas saturaban el aire con penetrantes perfumes. Los monos en tropeles, que ostentaban su viveza y sus muecas, no faltaban en los bosques, ni los tigres en los juncales. A quien se asombrase de que en tan pequeña isla no hayan sido destruidos tan terribles carnívoros, los respondera-



mos que vienen de Malacca atravesando el estrecho á nado.

Después de haber recorrido la campiña durante dos horas, mistress Aouda y su compañero,—que miraban un poco sin ver,—volvieron á la ciudad, estensa aglomeración de casas pesadas y bajas, rodeadas de lindos jardines donde se encuentran mangustos, piñas y las mejores frutas del mundo.

A las diez volvían al vapor, después de haber sido seguidos sin sospecharlo por el inspector, que también había tenido que hacer gasto de coche.

Picaporte los aguardaba en el puente del *Rangoon*. El buen muchacho había comprado algunas docenas de mangustos, gruesos como manzanas medianas, de color pardo oscuro por fuera, rojo subido por dentro, y cuya fruta blanca, al fundirse entre los labios, procura á los verdaderamente golosos un goce sin igual. Picaporte tuvo una gran satisfacción en ofrecerlos á mistress Aouda que se lo agradeció con suma gracia.

A las once, el *Rangoon*, después de haberse abastecido de carbon, largaba sus amarras; y algunas ho-

ras más tarde los pasajeros perdían de vista las altas montañas de Malacca, cuyas selvas abrigan los más hermosos tigres de la tierra.

Singapore dista mil trescientas millas de la isla de Hong-Kong, pequeño territorio inglés desprendido de la costa de China. Phileas Fogg tenía interés en recorrerlas lo más en seis días, á fin de tomar en Hong-Kong el vapor que partía el 6 de noviembre para Yokohama, uno de los principales puertos del Japon.

El *Rangoon* iba muy cargado. Se habían embarcado en Singapore numerosos pasajeros, indios, ceilaneses, chinos, maleses, portugueses, la mayor parte de los cuales iban en las clases inferiores.

El tiempo, bastante bello hasta entonces, cambió con el último cuarto de luna. La mar se puso gruesa. El viento arreció, pero felizmente por el Sureste, lo cual favorecía la marcha del vapor. Cuando era manejable, el capitán hacía desplegar velas. El *Rangoon*, aparejado en bergantín, navegó á menudo con sus dos gavia y trinquete aumentando su velocidad bajo la doble acción del vapor y del vien-



Mistress Aouda contrajo mayor intimidad con Phileas Fogg.

to. Así se recorrieron sobre una zona estrecha y á veces muy penosa las costas de Anam y Cochinchina.

Fero la culpa la tenia mas bien el *Rangoon* que el mar; y los pasajeros, que se sintieron la mayor parte malos, debieron achacar su malestar al buque.

En efecto, los vapores de la Compañía peninsular que hacen el servicio de los mares de China tienen un defecto de construcción muy grave. La relación del calado en carga con la cabida ha sido mal calculado, y por consiguiente ofrecen al mar muy débil resistencia. Su volumen cerrado, impenetrable al agua, es insuficiente. Están anegados, y á consecuencia de esta disposición bastaban algunos bultos echados á bordo para modificar su marcha. Son, por consiguiente, esos buques muy inferiores,—si no por el motor y el aparato evaporatorio,—á los tipos de las mensajerías francesas, tales como la *Empératrice* y el *Cambodge*. Mientras que, según los cálculos de los ingenieros, estos buques pueden embarcar una cantidad de agua igual á su propio peso antes de sumergirse, los de la Compañía peninsular, el *Col-*

*conda*, el *Corea* y el *Rangoon* no podrian recibir el sesto de su peso sin irse á pique.

Convenia, pues, tomar grandes precauciones durante el mal tiempo. Era menester algunas veces estar á la capa con poco vapor, lo cual era una pérdida de tiempo que no parecia afectar á Phileas Fogg de modo alguno, pero que irritaba mucho á Picaporte. Acusaba entonces al capitán, al maquinista, á la Compañía, y enviaba al diantre á todos los que se ocupan de trasportar viajeros. Tal vez tambien la idea de aquel mechero de gas que seguia ardiendo por su cuenta en la casa de Saville-row entraba por mucho en su impaciencia.

—¿Parece que teneis mucha prisa en llegar á Hong-Kong?—le dijo un dia el detective.

—¡Mucha prisa! respondió Picaporte.

—¿Pensais que mister Fogg tenia tambien mucha prisa en tomar el vapor de Yokohama?

—¡Una prisa espantosa!

—¿Luego ahora creeis en ese extraño viaje alrededor del mundo?

—Absolutamente. ¿Y vos, señor Fix?

—¿Yo? No creo en él.

—¡Truhan!—respondió Picaporte guiñando el ojo.

Esa palabra dejó pensativo al agente. El calificativo le inquietó mucho sin saber por qué. ¿Le había adivinado el francés? No sabía qué pensar. ¿Cómo podía Picaporte haber descubierto su condición de *detective*, cuyo secreto de nadie podía ser sabido? Y sin embargo, al hablar así, Picaporte lo había hecho con segunda intención.

Aconteció también que el buen muchacho se propasó aun más otro día, sin poder contener su lengua.

—¿Vamos, señor Fix,—preguntó á su compañero con malicia,—acaso una vez ilegados á Hong-Kong tendremos el sentimiento de dejaros allí?

—¡Pero,—respondió Fix bastante desconcertado,—no lo sé!... ¡Tal vez!...

—¡Ah!—dijo Picaporte,—si nos acompañáseis sería una dicha para mí! ¡Vamos! ¡Un agente de la Compañía peninsular no debe quedarse en el camino! ¡No íbais más que á Bombay y ya pronto estareis en China! ¡La América no está lejos, y de América á Europa solo hay un paso!

Fix miraba con atención á su interlocutor, que le mostraba el semblante más amable del mundo, y adoptó el partido de reirse con él. Pero éste, que estaba de gracia, le preguntó si su oficio le producía mucho.

—Sí y no,—respondió Fix sin pestañear.—Hay negocios buenos y malos. ¡Pero bien comprendereis que no viajo á mis expensas!

—¡Oh! ¡en cuanto á eso, estoy seguro de ello!—esclamó Picaporte riéndose más y mejor.

Terminada la conversacion, Fix entró en su camarote y se entregó á la meditacion. Estaba á todas luces descubierto. De un modo ó de otro, el francés había reconocido su cualidad de agente de policia. ¿Pero se lo habria dicho al amo! ¿Qué papel hacia en todo esto? ¿Era cómplice ó no? ¿El negocio estaba descubierto y por consiguiente fallido? El agente pasó algunas horas angustiosas, creyéndolo unas veces todo perdido, esperando otras que Fogg ignoraba la situacion, y por último, no sabiendo qué partido tomar.

Entre tanto, se estableció la calma en su cerebro y resolvió obrar francamente con Picaporte. Si no se encontraba en las condiciones apetecidas para prender á Fogg en Hong-Kong, y si Fogg se preparaba para salir definitivamente del territorio inglés, él, Fix, se lo diria todo á Picaporte. O el criado era cómplice del amo y éste lo sabia todo, en cuyo caso el negocio estaba definitivamente comprometido, ó el criado no tenia parte alguna en el robo, y entonces su interés estaba en separarse del ladron.

Tal era, pues, la situacion respectiva de aquellos dos hombres, mientras que Phileas Fogg se distinguia por su magnificaindiferencia. Cumplia racionalmente su órbita alrededor del mundo, sin inquietarse de los asteriódos que giraban en su derredor.

Y sin embargo, habia en las cercanias,—segun espresion de los astrónomos,—un astro perturbador que hubiera debido producir algunas alteraciones en el corazon de ese caballero. ¡Pero no! El encanto de mistress Aouda no tenia accion alguna, con gran sorpresa de Picaporte, y las perturbaciones, si existian, hubieran sido más difíciles de calcular que las de Urano, que han ocasionado el descubrimiento de Neptuno.

¡Sí! ¡era un asombro diario para Picaporte, que leia tanto agradecimiento hácia su amo en los ojos de la hermosa jóven! ¡Decididamente Phileas Fogg solo tenia corazon bastante para conducirse con heroismo, pero no con amor, no! En cuanto á las preocupaciones que los azares del viaje podian causarle, no daba indicio ninguno de ellas. Pero Picaporte vivia

en continua angustia. Apoyado un dia en el pasamanos de la máquina, estaba mirando cómo de vez en cuando precipitaba ésta su movimiento, cuando lo la hélice salió de punto fuera de las olas por un violento cabeceo, escapándose el vapor por las válvulas, lo cual provocó las iras de tan digno mozo.

—¡No están bastante cargadas esas válvulas,—esclamó—¡Eso no es andar! ¡Al fin ingleses! ¡Ah! si fuese un buque americano, quizá saltariamos, pero iriamos más de prisa.

### XVIII.

DONDE PHILEAS FOGG, PICAPORTE Y FIX, CADA CUAL POR SU LADO VA Á SU NECOCIO.

Durante los primeros dias de la travesia, el tiempo fue bastante malo. El viento arreció mucho. Fijándose en el Noroeste, contrarió la marcha del vapor, y el *Rangoon*, demasiado instable, cabeceó considerablemente, adquiriendo los pasajeros el derecho de guardar rencor á esas anchurosas oleadas que el viento levantaba sobre la superficie del mar.

Durante los dias 3 y 4 de noviembre fue aquello una especie de tempestad. La borrasca batió el mar con vehemencia. El *Rangoon* debió estarse á la capa durante media jornada, manteniéndose con diez vueltas de hélice nada más, y tomando el sesgo á las olas. Todas las velas estaban arriadas, y aun sobraban todos los aparejos que silbaban en medio de las ráfagas.

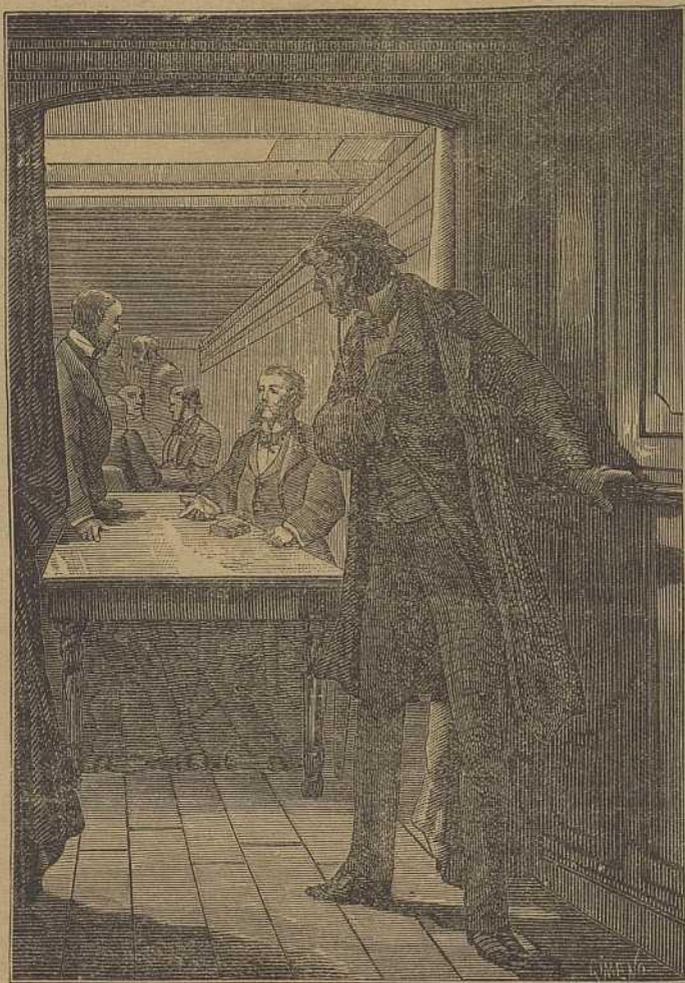
La velocidad del vapor, como es fácil concebirlo, quedó notablemente rebajada, y se pudo calcular que la llegada á Hong-Kong llevaria veinte horas de atraso y quizá más si la tempestad no cesaba.

Phileas Fogg asistia á ese espectáculo de un mar furioso que parecia luchar directamente contra él, sin perder su habitual impassibilidad. Su frente no se anubló ni un instante, y sin embargo, una tardanza de veinte horas podia comprometer su viaje haciéndole perder la salida del vapor de Yokohama. Pero ese hombre sin nervios no experimentaba ni impaciencia ni aburrimiento. Hasta parecia que la tempestad estaba en su programa y estaba prevista. Mistress Aouda, que habló de este contratiempo con su compañero, lo encontró tan sereno como antes.

Fix no veia las cosas del mismo modo. Antes al contrario. La tempestad le agradaba. Su satisfaccion no hubiera tenido limites si el *Rangoon* se llegase á ver obligado á huir ante la tormenta. Todas estas tardanzas le cuadraban bien, porque pondrian á mister Fogg en la precision de permanecer algunos dias en Hong-Kong. Por último, el cielo, con sus ráfagas y borrascas estaba á su favor. Se encontraba algo indispuesto; ¡pero qué importa! No hacia caso de sus náuseas, y cuando su cuerpo se reforcia por el mareo, su ánimo se ensanchaba con satisfaccion inmensa.

En cuanto á Picaporte, bien se puede presumir á qué cólera se entregaria durante ese tiempo de prueba. ¡Hasta entonces todo habia marchado bien! La tierra y el agua parecian haber estado á disposicion de su amo. Vapores y ferro-carriles, todo le obedecia. El viento y el vapor se habian concertado para favorecer su viaje. ¿Habia llegado la hora de los desengaños? Picaporte, como si las veinte mil libras de la apuesta debieran salir de su bolsillo, no vivia ya. Aquella tempestad le exasperaba, la ráfaga le enfiurecia, y de buen grado hubiera azotado á aquel mar tan desobediente. ¡Pobre mozo! Fix le ocultó cuidadosamente su satisfaccion personal, é hizo bien, porque si Picaporte hubiera adivinado la alegría secreta de Fix, éste lo hubiera pasado mal.

Picaporte, durante toda la duracion de la borrasca, permaneció sobre el puente del *Rangoon*. No hubiera podido estarse abajo. Se encaramaba á la arbo-

Fix espiaba los movimientos de Fogg en el salon del *Rangoon*.

ladura y ayudaba las maniobras con la ligereza de un mono, asombrando á todos. Dirigia preguntas al capitán, á los oficiales, á los marineros, que no podían menos de reirse al verle tan desconcertado. Picaporte quería á toda costa saber cuánto duraría la tempestad, y le designaban el barómetro que no se decidía á subir. Picaporte sacudía el barómetro, pero nada obtenía, ni aun con las injurias que prodigaba al irresponsable instrumento.

Por fin la tempestad se apaciguó; el estado del mar se modificó en la jornada del 4 de noviembre. El viento volvió dos cuartos al Sur y se tornó favorable.

Picaporte se serenó juntamente con el tiempo. Las gaviotas y focas pudieron desplegarse, y el *Rangoon* prosiguió su rumbo con maravillosa velocidad.

Pero no era posible recobrar todo el tiempo perdido. Era necesario resignarse, y la tierra no se divisó hasta el día 6 á las cinco de la mañana. El itinerario de Phileas Fogg señalaba la llegada para el 5. Había, pues, una pérdida de veinticuatro horas, y necesariamente se perdía la salida para Yokohama.

A las seis, el Piloto montó á bordo del *Rangoon* y se colocó en el puente que cubre la escotilla de la máquina para dirigir el buque por los pasos hasta el puerto de Hong-Kong.

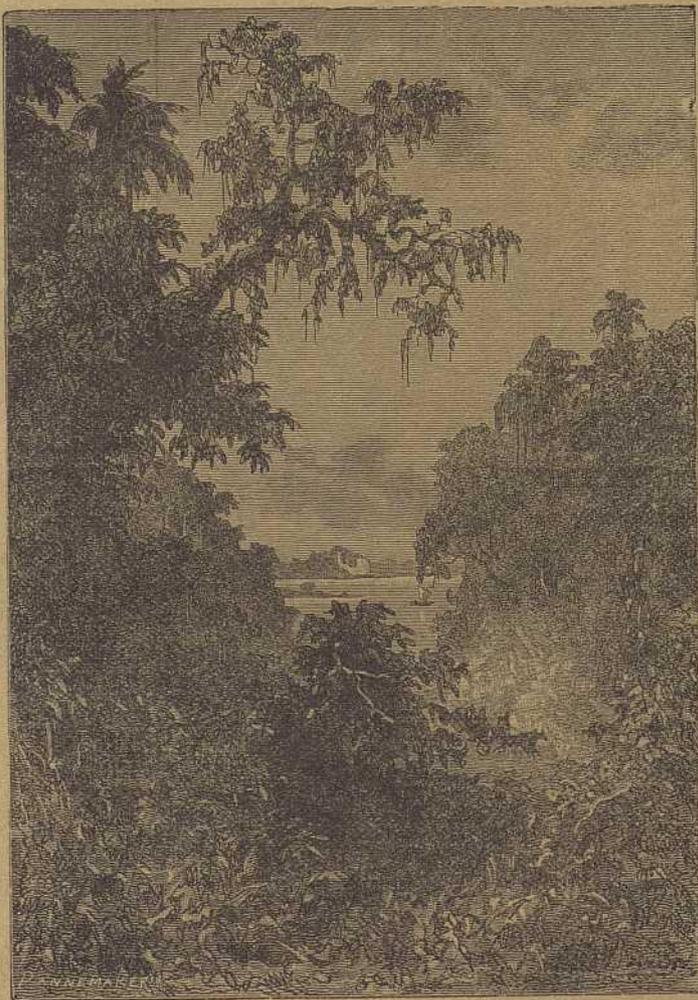
Picaporte ardía en deseos de preguntar á ese hombre si el vapor de Yocohama había partido; pero no se atrevía por no perder la esperanza hasta el último momento. Había confiado sus inquietudes á Fix, quien trataba, el zorro, de consolarlo, diciéndole que mister Fogg lo arreglaría tomando el vapor próximo, lo cual daba inmensa rabia á Picaporte.

Pero si Picaporte no se aventuraba á hacer preguntas al piloto, mister Fogg, después de haber consultado su *Bradshaw*, le preguntó con calma si sabía cuándo saldría un buque de Hong-Kong para Yokohama.

—Mañana á ~~la~~ primera marea,—respondió el piloto.

—¡Ah!—esclamó mister Fogg sin manifestar ningún asombro.

Picaporte, que estaba presente, hubiera abrazado de buen grado al piloto, á quien Fix retorcería con gusto el cuello.



Un bonito tren condujo á mistress Aouda y á Phileas Fogg al centro de unos grupos de palmeras.

—¿Cuál es el nombre de ese vapor?—preguntó mister Fogg.

—El *Carnatic*,—respondió el piloto.

—¿No debía marchar ayer?

—Sí señor, pero tenía que hacer reparaciones en su caldera y se aplazó la salida para mañana.

—Os doy gracias,—respondió mister Fogg, que con paso automático bajó al salón del *Rangoon*.

En cuanto á Picaporte, tomó la mano del piloto y la estrechó vigorosamente diciendo:

—¡Vos, piloto, sois un hombre digno!

El piloto nunca habrá llegado á saber probablemente por qué sus respuestas le valieron tan amistosa expansión. Después de un silbido de la máquina, dirigió el vapor entre aquella flotilla de juncos, tanques, barcos de pesca y buques de todo género que obstruían los pasos de Hong-Kong.

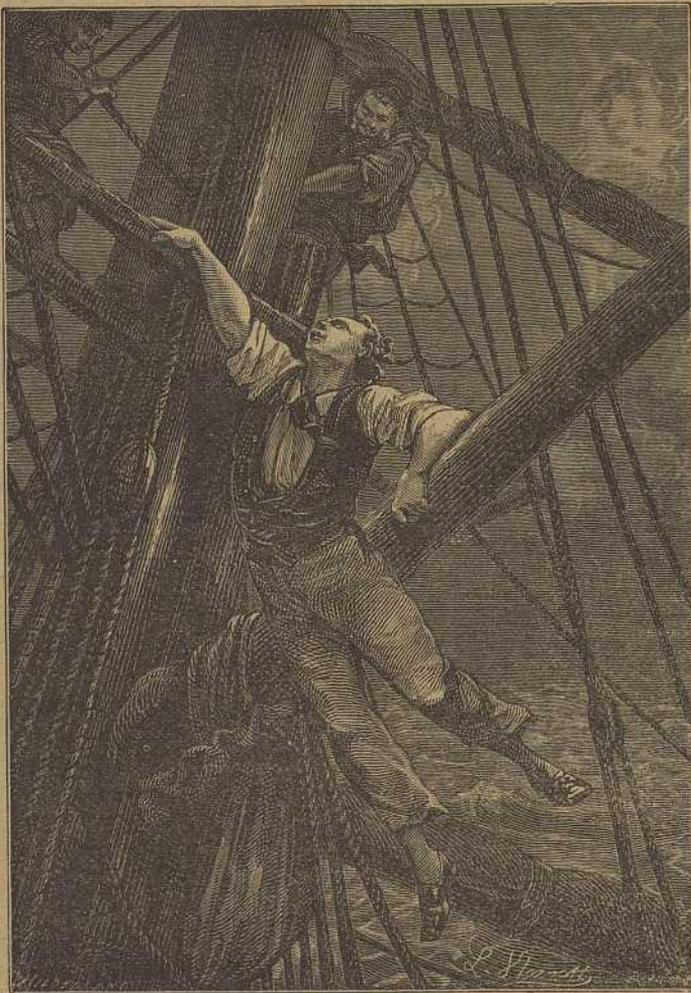
A la una, el *Rangoon* estaba en el muelle y los pasajeros desembarcaban.

En esta circunstancia debemos convenir en que el azar había singularmente favorecido á Phileas Fogg. Sin la necesidad de reparar sus calderas, el *Carnatic*

se hubiera marchado el 5 de noviembre, y los viajeros para el Japon hubieran tenido que aguardar durante ocho días la salida del vapor siguiente. Es cierto que mister Fogg estaba veinticuatro horas atrasado, pero este atraso no podía tener para él consecuencias sensibles.

En efecto, el vapor que hace la travesía del Pacífico desde Yokohama á San Francisco estaba en correspondencia directa con el de Hong-Kong y no podía salir antes de la llegada de éste. Abria evidentemente veinticuatro horas de atraso en Yokohama, pero durante los veintidos días que dura la travesía del Pacífico seria fácil recobrarlas. Phileas Fogg se hallaba, pues, con veinticuatro horas de diferencia en las condiciones de su programa, treinta y cinco días después de su salida de Londres.

El *Carnatic* no debía salir hasta el día siguiente á las cinco, y por consiguiente podía mister Fogg disponer de diez y seis horas para sus asuntos, es decir, para los de mistress Aouda. Al desembarcar ofreció su brazo á la joven y la condujo á una litera pidiendo á los porteadores que le indicasen una



Picasporte se subía á la arboladura y ayudaba en todas las maniobras.

fonda. Le designaron el *Hotel del Club*, á donde llegó el palanquin veinte minutos despues seguido de Picasorte.

Se tomó un cuarto para la jóven, y Phileas Fogg cuidó que nada le faltase. Despues le dijo que iba inmediatamente á ponerse en busca de los parientes, en poder de quienes debía dejarla. Al mismo tiempo dió á Picasorte la órden de permanecer en la fonda hasta su regreso para que la jóven no estuviere sola.

El gentleman se hizo conducir á la Bolsa. Allí conocerian probablemente á un personaje tal como el honorable Jejeeh, que era uno de los mas ricos comerciantes de la ciudad.

El corredor á quien se dirigió mister Fogg conocia en efecto al negociante parsi: pero hacia dos años que éste, despues de haber hecho fortuna, habia ido á establecerse á Europa,—en Holanda, segun se creia,—lo cual se explica por las numerosas relaciones que habia tenido con este país durante su existencia comercial.

Phileas Fogg volvió al *Hotel del Club*, y al punto se presentó ante mistress Aouda, á quien sin mas preámbulo manifestó que el honorable Jejeeh no residia ya en Hong-Kong, habitando probablemente en Holanda.

Mistress Aouda no respondió nada de pronto. Se pasó la mano por la frente y estuvo meditando durante algunos instantes. Despues dijo con suave voz:

—¿Qué debo hacer, mister Fogg?

—Muy sencillo,—respondió el gentleman.—Venir á Europa.

—Pero yo no puedo abusar...

—No abusais, y vuestra presencia no entorpece mi programa. ¿Picasorte?

—Señor—respondió Picasorte.

Id al *Carnatic* y tomad tres camarotes.

Picasorte, gozoso de seguir el viaje en compañía de la jóven que le trataba con mucho agrado, dejó al punto el *Hotel del Club*.

**HONG-KONG SE TOMA DEMASIADO INTERÉS  
POR SU AMO, Y LO QUE SE SIGUE.**

HONG-KONG no es más que un islote cuya posesión quedó asegurada para la Inglaterra por el tratado de Pekin después de la guerra de 1842. En algunos años, el genio colonizador de la Gran Bretaña había fundado allí una ciudad importante y creado un puerto, el puerto Victoria. La isla se halla situada en la embocadura del río de Canton, habiendo solamente sesenta millas hasta la ciudad portuguesa de Macao construida en la ribera opuesta. Hong-Kong media por necesidad vencer á Macao en la lucha mercantil, y ahora la mayor parte del tránsito chino se efectúa por la ciudad inglesa. Los docks, los hospitales, los wharfs (1), los depósitos, una catedral gótica, la casa del gobernador, calles macadamizadas, todo haría creer que una de las ciudades de los condados de Kent ó de Surrey, atravesando el esféróide terrestre, se ha trasladado á ese punto de la China, casi en las antípodas.

Picaporte se dirigió con las manos metidas en los bolsillos hácia el puerto Victoria, mirando los palanquines, las carrerillas de vela, todavía usadas en el celeste imperio, y toda aquella muchedumbre de chinos, japoneses y europeos que se apiñaban en las calles. Con poca diferencia, aquello era todavía muy parecido á Bombay, Calcuta ó Singapore. Hay como un rastro de ciudades inglesas así alrededor del mundo.

Picaporte llegó al puerto Victoria. Allí, en la embocadura del río de Canton, había un hormiguero de buques de todas las naciones; ingleses, franceses, americanos, holandeses, navíos de guerra y mercantes, embarcaciones japonesas y chinas, juncos, sampas, tankas y aun barcos-flores que formaban jardines flotantes sobre las aguas. Paseándose, Picaporte observó cierto número de indígenas vestidos de amarillo, muy avanzados en edad. Habiendo entrado en una barbería china para hacerse afeitar á lo chino, supo por el barbero, que hablaba bastante bien el inglés, que aquellos ancianos pasaban todos de ochenta años, porque al llegar á esta edad tenían el privilegio de vestir de amarillo, que es el color imperial. A Picaporte le pareció esto muy chistoso sin saber por qué.

Después de afeitarse se fué al muelle de embarque del *Carnatic*, y allí vió á Fix que se paseaba de arriba abajo y viceversa, de lo cual no se extrañó. Pero el inspector de policía dejaba ver en su semblante muestras de un despecho vivísimo.

—¡Bueno!—dijo entre sí Picaporte.—¡esto va mal para los gentleman del Reform-Club!

Y salió al encuentro de Fix con su alegre sonrisa, sin aparentar que notaba la inquietud de su compañero.

Ahora bien, el agente tenía buenas razones para echar póstes contra el infernal azar que le perseguía. ¡No había mandamiento! Era evidente que éste corría tras de él y no podía alcanzarle sino permaneciendo algunos días en la ciudad. Y como Hong-Kong era la última tierra inglesa del trayecto, mister Fogg se le iba á escapar definitivamente si no lograba detenerle.

—¡Y bien, señor Fix, estais decidido á venir con nosotros á América?—preguntó Picaporte.

—Sí,—respondió Fix apretando los dientes.

—¡Enhorabuena!—esclamó Picaporte soltando una ruidosa carcajada.—Bien sabia yo que no podríais separaros de nosotros. ¡Venid á tomar vuestro pasaje. venid!

(1) Muelles.

Y ambos entraron en el despacho de los transportes marítimos, tomando camarotes para cuatro personas; pero el empleado les advirtió que estando concluidas las reparaciones del *Carnatic* se marcharía este aquella misma noche á las ocho, y no al siguiente día como se había anunciado.

—Muy bien,—esclamó Picaporte,—ésto no vendrá mal á mi amo. Voy á avisarle.

En aquel momento, Fix tomó una resolución extrema. Resolvió decirselo todo á Picaporte. Era este el único medio de retener á Phileas Fogg durante algunos días en Hong Kong.

Al salir del despacho, Fix ofreció á su compañero convidarle en una taberna. Picaporte tenía tiempo, y aceptó el convite.

Había en el muelle una taberna de atractivo aspecto, donde ambos entraron. Era una estensa sala bien adornada, en el fondo de la cual había una tarima de campaña, guarnecida de almohadas, y sobre la cual se hallaba cierto número de durmientes.

Unos treinta consumidores ocupaban en la gran sala unas mesetas de junco tejido. Los unos vaciaban pintas de cerveza inglesa, ale ó porter; los otros copas de licores alcohólicos, gin ó brandy. Además, la mayor parte de ellos fumaban en largas pipas de barro colorado, llenas de bolitas de opio mezclado con esencia de rosa. Después, de vez en cuando, algún fumador enervado caía bajo la mesa; y los mozos, cogiéndolo por los pies y la cabeza, lo llevaban al tinglado para que allí durmiera tranquilamente. Estaban allí colocados como treinta de éstos, embriagados, unos junto á otros, en el último grado de embrutecimiento.

Fix y Picaporte comprendieron que habían entrado en un fumadero frecuentado por esos miserables, alelados, enflaquecidos, idiotas, á quienes la mercantil Inglaterra vende anualmente doscientos sesenta millones de pesetas de esa funesta droga llamada opio. ¡Tristes millones cobrados sobre uno de los vicios mas funestos de la naturaleza humana!

Bien ha procurado el gobierno chino remediar este abuso por medio de leyes severas, pero en vano. De la clase rica, á la cual estaba al principio formalmente reservado el uso del opio, descendió el vicio hasta las clases inferiores, y ya no fue posible contener sus estragos. Se fama el opio en todas partes, entregándose á esta pasión deplorable hombres y mujeres, que después de acostumbrarse á esa inhalación no pueden pasar sin ella porque experimentan horribles contracciones en el estómago. Un buen fumador puede aspirar ocho pipas al día, pero se muere en cinco años.

Fix y Picaporte habían entrado, por consiguiente, en uno de esos fumaderos que pululan hasta en Hong-Kong. Picaporte no tenía dinero, pero aceptó gustoso la fineza de su compañero, reservándose pagársela en su tiempo y lugar.

Se pidieron dos botellas de Oporto, á las cuales hizo el francés mucho honor; mientras que Fix, mas reservado, observaba á su compañero con suma atención. Se habló de diferentes cosas, y sobre todo de la excelente idea que había tenido Fix al tomar pasaje en el *Carnatic*. Y á propósito de este vapor cuya salida se anticipaba, Picaporte, después de vaciadas las botellas, se levantó para advertir á su amo.

Fix lo detuvo.

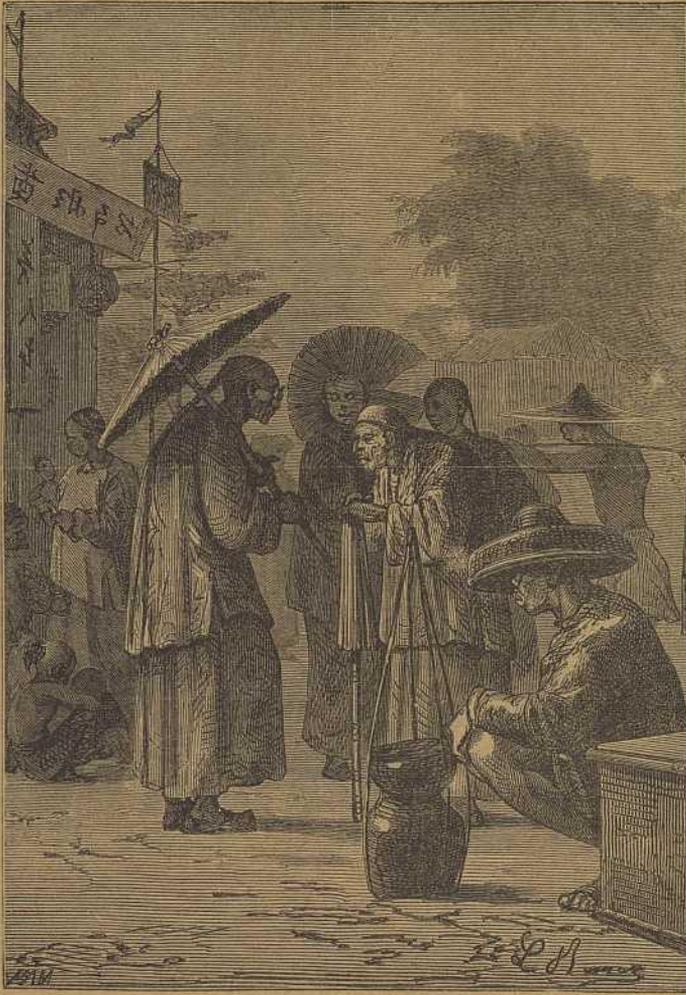
—Un momento,—le dijo.

—¿Qué queréis, señor Fix?

—Tengo que hablaros de cosas serias.

—¡De cosas serias!—esclamó Picaporte vaciando algunas gotas de vino que se habían quedado en el fondo de su vaso.—Pues bien, mañana hablaremos. No tengo tiempo hoy.

—Quedaos,—dijo Fix.—¡Se trata de vuestro amo!



Picaporte observó cierto número de indígenas vestidos de amarillo.

Picaporte, al oír esto, miró con fijeza á su interlocutor.

La espresion del semblante de Fix le pareció singular, y se sentó.

—¿Qué teneis, pues, que decirme?—preguntó.

Fix apoyó la mano en el brazo de su compañero, y bajando la voz, dijo:

—¿Habeis adivinado quién soy?

—¿Pardiez!—dijo Picaporte sonriendo.

—Entonces voy á confesarlo todo...

—¡Ahora que lo sé todo, compadre! ¡Ah! ¡Eso no tiene chiste! ¡Pero, en fin, seguid; mas antes dejadme deciros que esos caballeros hacen gastos bien inútiles!

—¡Inútiles!—dijo Fix.—¿Hablais como quereis! ¡Ya se ve que no conoceis la importancia de la suma!

—Pero sí que la conozco perfectamente,—respondió Picaporte.—¿Se trata de veinte mil libras!

—¡Cincuenta y cinco mil!—repuso Fix estrechando la mano del francés.

—¿Cómo!—esclamó Picaporte,—mister Fogg se habrá atrevido... ¡Cincuenta y cinco mil libras!...

Pues bien, razon de mas para no perder momento —añadió levantándose otra vez.

—¡Cincuenta y cinco mil libras!—repuso Fix, que hizo sentar de nuevo á Picaporte, despues de haber hecho traer un frasco de brandy,—y si salgo bien, gano una prima de dos mil libras. ¿Quereis quinientas con la condicion de ayudarme?

—¿Ayudaros?—esclamó Picaporte, cuyos ojos se abrian desmesuradamente.

—¡Sí, ayudarme á detener á mister Fogg durante algunos dias en Hong-Kong!

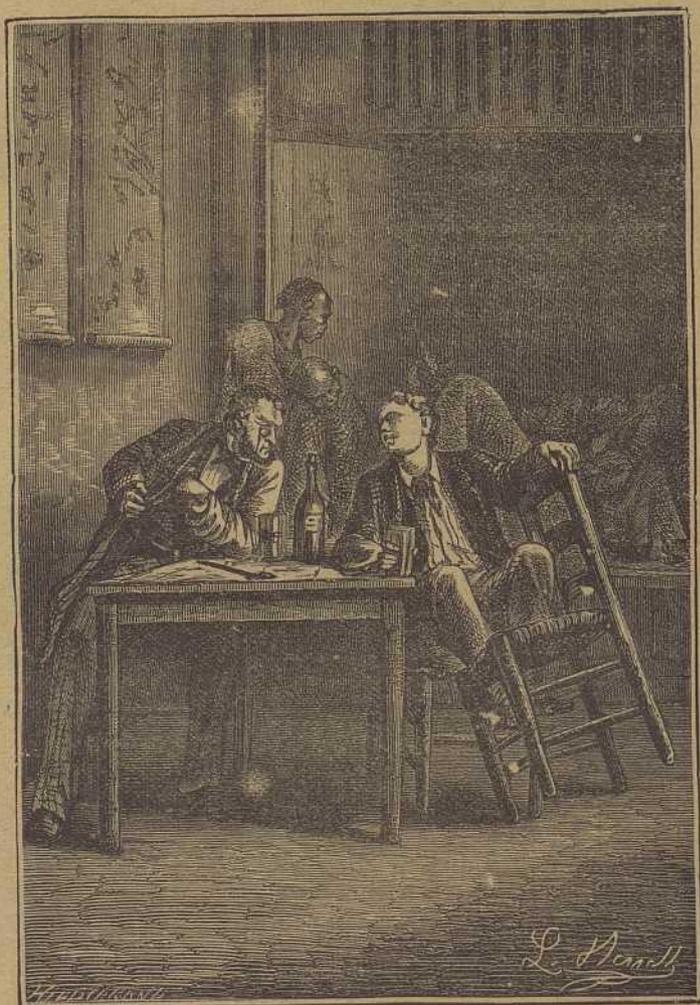
—¿Eh?—dijo Picaporte,—¿qué estais ahí diciendo? ¡Cómo! ¡No contentos con hacer seguir á mi amo y sospechar su lealtad, esos caballeros quieren ademas promover obstáculos! ¡Me avergüenzo por ellos!

—¿Qué es eso? ¿qué quereis decir?—preguntó Fix.

—Quiero decir que eso es puramente muy poco delicado. Eso equivale á despojar á mister Fogg y cogerle el dinero del bolsillo.

—¿De eso precisamente se trata!

—¡Pero es una asechanza,—esclamó Picaporte animándose por la influencia del brandy que le ser-



¡Bah! dijo Picaporte mirándole con aire burlon.

via Fix y que bebia sin advertirlo,—una verdadera asechanza! ¡Unos caballeros! ¡Unos colegas!

Fix empezaba á no comprender.

—¡Unos colegas!—esclamó Picaporte,—¡miembros del Reform-Club! Sabed, señor Fix, que mi amo es hombre honrado, y que cuando hace una apuesta trata de ganarla lealmente.

—¿Pero quién creéis que soy?—preguntó Fix clavando su mirada en Picaporte.

—¡Pardiez! Un agente de los individuos del Reform-Club, con la mision de vigilar el itinerario de mi amo, lo cual es altamente humillante! Asi es que si bien hace algun tiempo que he adivinado vuestro oficio, me he guardado muy bien de revelárselo á mister Fogg.

—¿No sabe nada?—preguntó con viveza Fix.

—Nada, respondió Picaporte vaciando otra vez su vaso.

El inspector de policia se puso la mano por la frente y vacilaba antes de tomar la palabra. ¿Qué debía hacer? El error de Picaporte parecia sincero, pero dificultaba todavia mas su proyecto. Era evi-

dente que el muchacho hablaba con absoluta buena fe y que no era el cómplice de su amo,—lo cual hubiera podido recelar Fix.»

—Pues bien;—dijo,—puesto que no es cómplice suyo, me ayudará.

El agente se habia afirmado en su resolucion, y por otra parte no habia tiempo que perder? A toda costa era necesario prender á Fogg en Hong-Kong.

—Escuchad,—dijo Fix con presteza,—escuchadme bien. Yo no soy lo que pensais, es decir, un agente de los miembros del Reform-Club.....

—¡Bah!—dijo Picaporte mirándole con aire burlon.

—Soy un iuspector de policia encargado de una mision metropolitana.....

—¡Vos. ... iuspector de policia!....

—Sí, y lo pruebo,—repuso Fix.—Hé aqui mi título.

Y el agente, sacando un papel de la cartera, enseñó á su compañero un nombramiento firmado por el director de la policia central. Picaporte miraba atónito á Fix, sin poder articular una sola palabra.

—La apuesta de mister Fogg,—prosiguió Fix.—

no es mas que un pretexto de que sois juguete vos y sus compañeros del Reform-Club, porque tenia interés en asegurarse vuestra inconsciente complicidad.

—¿Y por qué?—esclamó Picaparte.

—Escuchad. El día 28 de setiembre último se hizo en el banco de Inglaterra un robo de cincuenta y cinco mil libras por un individuo cuyas señas pudieron recogerse. Hé aquí esas señas, que son una por una las de mister Fogg.

—¡Quita allá!—esclamó Picaparte hiriendo la mesa con su robusto puño.—Mi amo es el hombre mas honrado del mundo!

—¿Qué sabeis, puesto que ni siquiera le conocéis? ¡Habeis entrado á servirle el día de su partida, y se marchó precipitadamente con ese pretexto insensato, sin equipaje y llevándose una gruesa suma de billetes de banco! ¿Y os atreveis á sostener que es hombre de bien?

—¡Sí! ¡sí!—repetia maquinalmente el pobre mozo.

—¿Quereis, pues, que os prendan cómo cómplice suyo?

Picaporte se habia asido la cabeza con ambas manos. No parecia el mismo. No se atrevia á mirar al inspector de policia. ¡Phileas Fogg ladron, el salvador de Aouda, el hombre generoso y valiente! ¡Y sin embargo, cuantas presunciones contra él! Picaporte trataba de rechazar las sospechas que invadian su entendimiento. No queria creer en la culpabilidad de su amo.

—En fin, ¿qué quereis de mí?—preguntó al agente de policia, conteniéndose por un supremo esfuerzo.

—Esto,—respondió Fix.—He seguido ó mister Fogg hasta aquí, pero no he recibido todavía el man-

damiento de prision que he pedido á Lóndres. Es necesario que me ayudeis á detenerle en Hong-Kong.....

—¡Yo! que ayude á.....

—¡Y partiremos la prima de dos mil libras prometida por el Banco de Inglaterra!

—¡Jamás!—respondió Picaporte, que se quiso levantar y volvió á caer sintiendo que su razon y sus fuerzas le faltaban á un tiempo.

—Señor Fix,—dijo tartamudeando,—aun cuando fuese verdad todo lo que me habeis dicho..... aun cuando mi amo fuese el ladron que buscáis..... lo cual niego..... he estado..... estoy á su servicio..... le conozco como bueno y generoso..... Venderlo..... jamás... no, por todo el oro del mundo..... ¡Soy de un lugar donde no se come pan de esa especie!...

—¿Os negais?

—Me niego.

—Supongamos que nada he dicho,—respondió Fix,—y bebamos.

—Sí, bebamos.

Picaporte se sentia cada vez mas invadido por la embriaguez. Comprendiendo Fix que era necesario á toda costa separarlo de su amo, quiso rematarle. Habia sobre la mesa algunas pipas cargadas de opio. Fix puso una en manos de Picaporte, quien la tomó, la llevó á los labios, la encendió, respiró algunas bocanadas, y cayó con la cabeza aturdida bajo la influencia del narcótico.

—En fin,—dijo Fix al ver á Picaporte anonadado.—mister Fogg no recibirá á tiempo el aviso de la salida del *Carnatic*, y si parte, al menos se irá sin ese maldito francés.

Y luego salió despues de haber pagado el gasto.



# INDICE.

---

<b>Capitulo I.</b>	— De cómo Phileas Fogg y Picaporte se reciben mutuamente, en calidad de amo el uno, y en calidad de criado el otro. . . . . Pág.	5
II.	— De cómo Picaporte se convence que al fin ha encontrado su ideal. . . . .	7
III.	— De cómo se empeñó una conversacion que podria costar cara á Phileas Fogg. . . . .	9
IV.	— Donde Phileas Fogg deja estupefacto á su criado Picaporte. . . . .	11
V.	— Donde aparece un valor nuevo en la plaza de Lóndres. . . . .	14
VI.	— Donde el agente Fix demuestra una impaciencia bien legítima. . . . .	15
VII.	— Donde se demuestra una vez mas la inutilidad de los pasaportes en materia de policia. . . . .	18
VIII.	— Donde Picaporte habla tal vez algo mas de lo que convendria. . . . .	19
IX.	— Donde el mar Rojo y el mar de las Indias se muestran propicios á los deseos de Phileas Fogg. . . . .	20
X.	— Donde Picaporte tiene la fortuna de salir bien, perdiendo su calzado. . . . .	23
XI.	— Donde Phileas Fogg compra una cabalgadura por un precio fabuloso. . . . .	25
XII.	— Donde Phileas Fogg y sus compañeros se aventuran por las selvas de la India, y lo que de esto se sigue. . . . .	29
XIII.	— En el cual Picaporte demuestra una vez mas que la fortuna ayuda á los audaces. . . . .	31
XIV.	— Donde Phileas Fogg descende todo el admirable valle del Ganges sin siquiera pensar en verle. . . . .	35
XV.	— Donde el saco de billetes de Banco se aligera de algunos millares de libras mas. . . . .	38
XVI.	— Donde Fix aparenta no comprender nada absolutamente de las cosas de que hablan. . . . .	41
XVII.	— Donde se trata de unas y otras cosas durante la travesia de Singapore á Hong-Kong. . . . .	43
XVIII.	— Donde Phileas Fogg, Picaporte y Fix, cada cual por su lado va á su negocio. . . . .	46
XIX.	— Donde Picaporte se toma demasiado interés por su amo, y lo que se sigue. . . . .	50

INDEX

1	Introduction	1
2	Chapter I	10
3	Chapter II	25
4	Chapter III	40
5	Chapter IV	55
6	Chapter V	70
7	Chapter VI	85
8	Chapter VII	100
9	Chapter VIII	115
10	Chapter IX	130
11	Chapter X	145
12	Chapter XI	160
13	Chapter XII	175
14	Chapter XIII	190
15	Chapter XIV	205
16	Chapter XV	220
17	Chapter XVI	235
18	Chapter XVII	250
19	Chapter XVIII	265
20	Chapter XIX	280
21	Chapter XX	295
22	Chapter XXI	310
23	Chapter XXII	325
24	Chapter XXIII	340
25	Chapter XXIV	355
26	Chapter XXV	370
27	Chapter XXVI	385
28	Chapter XXVII	400
29	Chapter XXVIII	415
30	Chapter XXIX	430
31	Chapter XXX	445

# OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

## ILUSTRADAS CON GRABADOS

	Ptas. Cts.		Ptas. Cts.
Los Ingleses en el Polo Norte.....	75	La Jangada (1.ª parte).....	1
El Desierto de Hielo.....	1	La Jangada (2.ª parte).....	1
Cinco Semanas en Globo (1.ª parte).....	1	La Jangada (3.ª parte).....	1
Cinco Semanas en Globo (2.ª parte).....	1	La Jangada (4.ª parte).....	75
Viaje al Centro de la Tierra.....	1	Diez Horas de Caza.....	75
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur.....	75	El Rayo Verde (1.ª parte).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia.....	1	El Rayo Verde (2.ª parte).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico.....	1	Escuela de los Robinsones (1.ª parte).....	1
De la Tierra a la Luna.....	75	Escuela de los Robinsones (2.ª parte).....	1
Alrededor de la Luna (2.ª parte de la Tierra & la Luna).....	1	Kerabán el Testarudo (1.ª parte).....	1
Un Descubrimiento Prodigioso.....	50	Kerabán el Testarudo (2.ª parte).....	1
Veinte mil leguas de Viaje Submarino (1.ª parte: Del Atlántico al Pacífico).....	1	Kerabán el Testarudo (3.ª parte).....	1
Veinte mil leguas de Viaje Submarino (2.ª parte: Del Pacífico al Atlántico).....	1	Kerabán el Testarudo (4.ª parte).....	1
Una Ciudad Flotante.....	75	El Archipiélago de Fuego (1.ª parte).....	1
De Glasgow a Charleston.....	50	El Archipiélago de Fuego (2.ª parte).....	1
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el África Austral.....	1	La Estrella del Sur (1.ª parte).....	1
Un Capricho del Doctor Ox.....	75	La Estrella del Sur (2.ª parte).....	1
La Vuelta al Mundo en ochenta días (1.ª parte).....	1	Matias Sandori (1.ª parte).....	1
La Vuelta al Mundo en ochenta días (2.ª parte).....	1	Matias Sandori (2.ª parte).....	1
Una Invernada entre los Hielos (El Capitán Corbette).....	50	Matias Sandori (3.ª parte).....	1
Maese Zacarias.—Un Drama en los Aires.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta.....	50	Matias Sandori (4.ª parte).....	1
La Isla Misteriosa (1.ª parte: Los Naufragos del Aire).....	1	Matias Sandori (5.ª parte).....	1
La Isla Misteriosa (2.ª parte: El Abandonado).....	1	Robur el Conquistador (1.ª parte).....	1
La Isla Misteriosa (3.ª parte: El Secreto de la Isla).....	1	Robur el Conquistador (2.ª parte).....	1
El Chanceller.....	1	Un Billeto de Lotería (1.ª parte).....	1
Martin Paz.....	50	Un Billeto de Lotería (2.ª parte).....	1
El País de las Pielas (1.ª parte).....	1	Norte contra Sur (cuaderno 1.º).....	1
El País de las Pielas (2.ª parte).....	1	Norte contra Sur (cuaderno 2.º).....	1
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros.....	1	Norte contra Sur (cuaderno 3.º).....	1
Miguel Strogoff (1.ª parte).....	1	Norte contra Sur (cuaderno 4.º).....	1
Miguel Strogoff (2.ª parte).....	1	El Naufrago del Cynthia (cuaderno 1.º).....	1
Las Indias Negras.....	1	El Naufrago del Cynthia (cuaderno 2.º).....	1
Héctor Servadae (1.ª parte).....	1	El camino de Francia (cuaderno 1.º).....	1
Héctor Servadae (2.ª parte).....	1	El camino de Francia (cuaderno 2.º).....	1
Un Capitán de Quince años (1.ª parte).....	1	Dos años de vacaciones (cuaderno 1.º).....	1
Un Capitán de Quince años (2.ª parte).....	1	Dos años de vacaciones (cuaderno 2.º).....	1
Los Descubrimientos del Globo (1.ª parte).....	1	Dos años de vacaciones (cuaderno 3.º).....	1
Los Descubrimientos del Globo (2.ª parte).....	1	Dos años de vacaciones (cuaderno 4.º).....	1
Los Descubrimientos del Globo (3.ª parte).....	1	Familia sin nombre (cuaderno 1.º).....	1
Los Descubrimientos del Globo (4.ª parte).....	1	Familia sin nombre (cuaderno 2.º).....	1
Los quinientos Millones de la Princesa.....	1	Familia sin nombre (cuaderno 3.º).....	1
Los Amotinados de la Bounty.—Un Drama en México.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo cubierta.....	50	Familia sin nombre (cuaderno 4.º).....	1
Las Tribulaciones de un chino en China.....	1	El Secreto de Maston (cuaderno 1.º).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (1.ª parte).....	1	El Secreto de Maston (cuaderno 2.º).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (2.ª parte).....	1	César Cascabel (cuaderno 1.º).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (3.ª parte).....	1	César Cascabel (cuaderno 2.º).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII (4.ª parte).....	1	César Cascabel (cuaderno 3.º).....	1
La Casa de Vapor (1.ª parte).....	1	César Cascabel (cuaderno 4.º).....	1
La Casa de Vapor (2.ª parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 1.º).....	1
La Casa de Vapor (3.ª parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 2.º).....	1
La Casa de Vapor (4.ª parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 3.º).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (1.ª parte).....	1	Mistress Branican (cuaderno 4.º).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (2.ª parte).....	1	El Castillo de los Cárpatos (cuaderno 1.º).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (3.ª parte).....	1	El Castillo de los Cárpatos (cuaderno 2.º).....	1
Los Grandes Exploradores del siglo XIX (4.ª parte).....	1	Claudio Bombarnac (cuaderno 1.º).....	1
		Claudio Bombarnac (cuaderno 2.º).....	1
		Aventuras de un niño irlandés. (Cuaderno 1.º).....	1
		Aventuras de un niño irlandés. (Cuaderno 2.º).....	1
		Aventuras de un niño irlandés. (Cuaderno 3.º).....	1
		Maravillosas aventuras de Antifer. (Cuaderno 1.º).....	1
		Maravillosas aventuras de Antifer. (Cuaderno 2.º).....	1
		Maravillosas aventuras de Antifer. (Cuaderno 3.º).....	1
		La Isla de Hélice. (Cuaderno 1.º).....	1
		La Isla de Hélice. (Cuaderno 2.º).....	1
		La Isla de Hélice. (Cuaderno 3.º).....	1
		Ante la Bandera. (Un cuaderno).....	1
		Clovis Dardentor. (Un cuaderno).....	1
		El Esfinge de los Hielos. (Cuaderno 1.º).....	1
		El Esfinge de los Hielos. (Cuaderno 2.º).....	1
		El Esfinge de los Hielos. (Cuaderno 3.º).....	1
		El Soberbio Orinoco. (Cuaderno 1.º).....	1
		El Soberbio Orinoco. (Cuaderno 2.º).....	1
		El Soberbio Orinoco. (Cuaderno 3.º).....	1

Los Editores han adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne. — Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

Para la encuadernación de las obras de Verne hemos hecho unas preciosas tapas, que se venden sueltas al precio de DOS PESETAS cada una.

# SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, Editores.

CAMPOMANES, 10, MADRID

Se remite gratis el Catálogo de esta casa á cuantos lo soliciten.

	Ptas. Cts.		Ptas. Cts.
<b>Amicis (Edmundo).</b>		<b>Feuillet (Octavio).</b>	
Amor y Gimnástica. Un volumen.....	4	Historia de una parisién. Un volumen.....	2
Dos dramas de escuela. Un vol.....	4	El Diario de una dama. Un vol.....	1 50
España. Un vol.....	3 50	Honor de artista. Un volumen.....	3
En el Océano. Un vol.....	4	La muerta. Un vol.....	3
Ideas sobre el rostro y el lenguaje. Un vol.	3	Los amores de Felipe. Un vol.....	2 50
Impresiones de América. Un vol.....	3	Un matrimonio de la aristocracia. Un vo-	
Turín, Londres y París. Un vol.....	2 50	lumen.....	2 50
Para el 1.º de Mayo. Un vol.....	3	El conde Luis de Camors. Un vol.....	2 50
Poetas. Un vol.....	3 50	La novela de un joven pobre.....	2
Recuerdos (1870-71). Un vol.....	3	El viajero. Un vol.....	2 50
Vida militar (Primera serie). Un vol.....	3	El divorcio de Julieta.....	1 50
Socialismo y Educación. Un vol.....	3		
<b>Ansorena (Luis).</b>		<b>Gullón (P.).</b>	
María Cruz (Novela). Un volumen.....	3	El vapor y su siglo. Un volumen.....	2 50
Tratado de propiedad intelectual. Un vol.....	3		
Versos. Un vol.....	1	<b>Laurie (T.).</b>	
Cosas de ayer (Poema). Un vol.....	1	Los desterrados de la Tierra. Cuatro volú-	
El buen Jeromo (Poema). Un vol.....	1	menes.....	4
La Fea (Novela). Un vol.....	2 50	De New-York á Brest en siete horas.....	2
		Memorias de un colegial ruso. Dos vol.....	2
<b>Belot (A.).</b>		<b>Mary (Julio).</b>	
La boca de la señora X. Un volumen.....	2	Un casamiento á viva fuerza. Un volumen..	2
Las fugitivas de Viena. Un vol.....	2	Los amores en París. Un vol.....	2
Reina de hermosura. Un vol.....	3	El beso. Un vol.....	2
La sultana parisién. Un vol.....	2	Un casamiento extraño. Un vol.....	2
Fiebre de lo desconocido. Un vol.....	2	La charca de las corzas. Un vol.....	2
La Venus negra. Un vol.....	1 50	La prórroga. Un vol.....	2
Los misterios mundanos. Un vol.....	1 50	Honor por honor. Un vol.....	2
Las bañistas de Trouville. Un vol.....	2	Roger Laroque. Un vol.....	2
La señora Vitel y la señorita Leliebre. Un		Madre culpable. Un vol.....	2
volumen.....	2	¡A pesar de todo! Un vol.....	2
La cárcel de Clermont. Un vol.....	2	El secreto de Rouquin. Un vol.....	2
Flor de crimen. Dos vol.....	6	¡Yo te amo! Un vol.....	2
Elena y Matilde. Un vol.....	1 50	El crimen de una madre. Un vol.....	2
Dos mujeres. Un vol.....	1 50	El pasado. Un vol.....	2
Locuras juveniles. Un vol.....	1 50	Premio y castigo. Un vol.....	2
Los estranguladores. Un vol.....	2	En pos de la dicha. Un vol.....	2
La gran Florina. Un vol.....	2		
El drama de la calle de la Paz. Un vol.....	1 50	<b>Ohnet (Jorge).</b>	
El rey de los griegos. Un vol.....	2	La hija del Diputado. Un volumen.....	3 50
La jorobada. Un vol.....	1 50	El Cura de Faviers. Un vol.....	3 50
El artículo 47. Un vol.....	2	La dama vestida de gris. Un vol.....	3 50
La mujer de hielo. Un vol.....	2	Lise Fleuron. Un vol.....	2 50
La mujer de fuego. Un vol.....	2	El gran Margal. Un vol.....	3
		Las señoras de Croix-Mort. Un vol.....	3
<b>Bourget (Paúl).</b>		Negro y Rosa. Un vol.....	3
Cosmopolis. Un volumen.....	4	Último amor. Un vol.....	3 50
Tierra prometida. Un vol.....	3	Inútil riqueza. Un vol.....	3 50
Cruel enigma. Un vol.....	2 50	Antiguo rencor. Un vol.....	3 50
Mentiras. Un vol.....	2 50		
Crimen de amor. Un vol.....	2 50	<b>Selgas (José).</b>	
El discípulo. Un vol.....	3	Flores y espinas. Un volumen.....	3
Un corazón de mujer. Un vol.....	2	Hojas sueltas. Un vol.....	2
Fisiología del amor moderno. Un vol.....	3	Mas hojas sueltas. Un vol.....	2
Un idilio trágico. Un vol.....	3 50	Libro de Memorias. Un vol.....	2
		Nuevas páginas. Un vol.....	2
<b>Campoamor (E.) y Valera (J.).</b>		Delicias del Nuevo Paraíso. Un vol.....	2
La Metafísica y la Poesía. Un volumen.....	3	Cosas del día. Un vol.....	2
<b>Daudet (Alfonso).</b>			
La Capilla del Perdón. Un volumen.....	3 50	<b>Theuriot (Andrés).</b>	
Jack. Un vol.....	5	Amor de otoño. Un volumen.....	2 50
La lucha por la existencia. Un vol.....	4	Boda de Gerardo. Un vol.....	2 50
La bella Nivernesa. Un vol.....	3 50	Bravía. Un vol.....	2 50
Tartarin de Tarascón.....	3 50	Diario de Tristán. Un vol.....	2 50
Roberto Helmont.....	4	Elena. Un vol.....	2 50
Treinta años de París.....	3 50	Gertrudis y Verónica. Un vol.....	2 50
Recuerdos de un hombre de letras.....	3 50	Pecado mortal. Un vol.....	2 50
Mujeres de artistas.....	3 50	Profesor de Tours. Un vol.....	2 50
Cuentos escogidos para la juventud.....	3	¡Siempre sola! Un vol.....	2 50
Cabeza de familia.....	4	El ahijado de un Marqués. Un vol.....	2 50
		<b>Tolstoi (Conde L. L.)</b>	
		El Preludio de Chopin (Novela). Un vol....	2